This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 878,644

PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS

CUENTOS Y CHASCARRÍLLOS ANDALUCES

LIBRO MIO ANTES QUE PRESTADO QUISIERA
VERTE QUEMADO
EX-LIBRIS
PETIRO MARTOS AGUIRRE
NUMERO

CUENTOS

Y

CHASCARRILLOS ANDALUCES

TOMADOS DE LA BOCA DEL VULGO

Coleccionados y precedidos de una

INTRODUCCIÓN

ERUDITA Y ALGO FILOSÓFICA

por

FULANO, ZUTANO, MENGANO Y PERENGANO

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
C. San Jerónimo, 2

1898

860.8
C968
1898

Es propiedad de los autores.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

Est. tip. de Ricardo Fé, calle del Olmo, núm. 4.—Teléf. 1.114.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

DE ESTA SEGUNDA EDICION

TODO *lo que pudiéramos decir en defensa de esta Colección de cuentos y chascarrillos está dicho ya en la Introducción que hemos publicado en la edición primera y que reproducimos ahora. Nada tenemos pues que añadir ni nada que alegar contra los ataques más ó menos duros de la crítica. Diremos, sin embargo, que el público nos ha tratado benévolamente, ya que ha leído y comprado nuestro libro, moviéndonos á imprimirle de nuevo, por todo lo cual nos complacemos en darle las gracias más encarecidas.*

INTRODUCCIÓN

La afición al *folk-lore* va cundiendo por todas partes. Se coleccionan los romances, baladas y leyendas, los raptos líricos del pueblo, los refranes, los enigmas y acertijos, y los cuentos, anécdotas y dichos agudos que por tradición se han conservado.

Como esta afición es muy contagiosa, nadie debe extrañar que se haya apoderado de nuestro espíritu.

De romances ó dígase de poesía épica popular en verso, se ha coleccionado ya mucho en España, y nada ó casi nada hay que añadir. D. Agustín Durán formó la más hermosa, rica y completa colección de romances castellanos, elevando con ella un monumento triunfal á

nuestra literatura. Acaso no haya pueblo en el mundo que, en esta clase de poesía, presente nada que aventaje ó que al menos compita con nuestro Romancero. Para colmo en este género de la riqueza de nuestra península y para hacer mayor ostentación de ella, Garret ha reunido y publicado los romances portugueses, y D. Manuel Milá y Fontanals y D. Mariano Aguiló han reunido los catalanes.

De seguidillas y coplas de fandango tenemos también excelentes colecciones, siendo sin duda la más importante de todas la de D. Emilio Lafuente Alcántara.

Sobre refranes se ha escrito y coleccionado mucho, señalándose recientemente en este género de trabajo don J. M. Sbarbi.

Infatigables, atinados y diligentes en reunir y publicar producciones de toda clase de la musa vulgar y anónima, han sido y son aún el Sr. D. Francisco Rodríguez Marín, residente en Sevilla y el Sr. Machado, conocido por el seudónimo de Demófilo.

En lo tocante á cuentos vulgares ha habido, no obstante, descuido. En Es-

paña nada tenemos, en nuestro siglo, que equivalga á las colecciones de los hermanos Grimm y de Musäus en Alemania, de Andersen en Dinamarca, de Perrault y de la Sra. d' Aulnoy en Francia, y de muchos otros literatos en las mismas ó en otras naciones.

En España, sin embargo, se han publicado ya no pocos cuentos vulgares. No tenemos nosotros la pretensión de ser los primeros. Nuestra pretensión es más modesta. Sólo aspiramos á que se aumente, por virtud de nuestra diligencia, el tesoro escrito de los cuentos que el vulgo refiere y que pueden perderse cuando no se escriben.

Los cuentos vulgares son de varias clases, por más que sea difícil marcar los límites que separan unas clases de otras.

Nosotros los dividiremos todos en tres clases distintas. A la primera pertenecen los cuentos de hadas ó de encantamentos, los cuales son sin duda los más bonitos de todos, pero son también los menos castizos. Los tales cuentos, desfiguradas reliquias de antiguas y exóticas mitologías, y fragmentos tal vez de pri-

mitivas epopeyas, han venido emigrando desde la India, desde la Persia ó desde otros países del remoto Oriente; han pasado por todas las naciones de Europa y en casi todas ellas se han naturalizado. De aquí que apenas hay cuento de Perrault que no se contase en España antes de que Perrault le escribiera, y que, en cambio, apenas hay cuento de esta clase, que en España pueda escribirse ó se escriba ahora, que no esté ya escrito por un autor extranjero como propio de su tierra, donde le ha recogido de la boca del vulgo.

Otra clase de cuentos, si cuentos pueden llamarse, son hechos, lances, anécdotas ó dichos conservados por la tradición en determinados lugares y tal vez desfigurados ó enriquecidos con adornos por la imaginación del vulgo. De esta clase de cuentos, que nosotros titularíamos leyendas y tradiciones locales, no sabemos que haya en España una extensa colección. Muy de desear sería que esta colección se formara y se publicara.

Hay, por último, cuentos de otra clase, que son los que nosotros nos hemos

decidido á reunir, y cuyo principal carácter distintivo es el de ser cómicos, jocosos ó chuscos. No hay nación que no posea rico caudal de tales cuentos, inspirados por el buen humor, ó sea por lo que llaman los ingleses *humour*, poniendo de moda la palabra, así en las naciones donde la han importado, como en aquellas en cuyo idioma la palabra existía ya, casi con la misma significación y sentido. En castellano, sin duda, no hemos tenido que dar á la palabra humor el sentido que *humour* tiene en inglés. Creemos que desde antiguo, aun sin llevar el calificativo de *bueno*, humor equivalía entre nosotros á *humour* entre los ingleses. Hombre de humor, era como decir hombre gracioso, chistoso, agudo y alegre. Los vocablos que nos faltaban eran los derivados de humor, que se han introducido recientemente en nuestra lengua. Son estos vocablos *humorismo* y *humorístico, a.*

Grande es la estimación que siempre y en todas partes se ha concedido á la literatura humorística. Hoy, que vivimos en una época triste, en una socie-

dad revuelta y algo desquiciada y con los espíritus llenos de melancolía á causa, en gran parte, del alimento malsano que nos propinan los pensadores y filósofos pesimistas, lo jovial y alegre es más de desear que nunca para remedio de aquel mal, para triaca de aquel veneno y para clara demostración de que el vulgo no está, por dicha, tan aburrido y desesperado como se supone, y aún se deleita en inventar ó en guardar en la memoria y en referir cosas de burlas y de risa.

Los críticos han fijado su atención, ahora más que nunca, en las producciones del humor alegre en los diferentes pueblos de la tierra.

En Londres, por ejemplo, se está publicando una serie de volúmenes elegantemente impresos é ilustrados con preciosas láminas y viñetas, que se titula *Library of humour*. En esta colección, donde cada tomo vendrá á tener 400 páginas, van ya publicados el humor de Francia, el de Alemania, el de Italia, el de América, el de Holanda, el de Irlanda, el de Rusia, el del Japón y el de España.

En el de España se insertan, por orden cronológico y muy bien traducidos, fragmentos ó pasajes de las obras de nuestros singulares autores, desde el poema del Cid, hasta las novelas y versos de los autores que hoy viven, como Pérez Galdós, Emilia Pardo Bazán, Palacio Valdés, Campoamor y Leopoldo Alas. Contiene, además, el tomo de *El humor de España* no pocas producciones anónimas, como son proverbios, cantares del pueblo, anécdotas, chistes de los periódicos, y cuentos y chascarrillos vulgares.

En la colección que nosotros vamos á ofrecer al público, nos limitaremos á un solo género, pero en extremo abundante; á los cuentos y chascarrillos, y no á los que se cuentan por todas partes, sino á los que hemos oído contar en Andalucía, distinguiéndose casi todos ellos por cierto color y cierta traza propios de aquella tierra. No es esto afirmar que todos nuestros cuentos sean de invención andaluza. Difícil, casi imposible, sería averiguar el origen de cada uno. Sólo afirmamos que los cuentos y chascarri-

llos que insertamos en este volumen, se cuentan todos en Andalucía. Acaso pasen de setenta los que vamos á coleccionar aquí; pero como hay centenares y centenares, es evidente que se nos quedan muchos en el tintero. Otros colectores ó nosotros mismos, si este tomo no desagrada al público, podrán ó podremos aumentar la colección con nuevos volúmenes.

En el presente hemos procurado exponer con fidelidad cada una de las historias, tales como el vulgo las refiere, y hasta imitar, en lo posible, la natural sencillez del estilo del vulgo. Nada, absolutamente nada, es invención nuestra.

No faltan cándidos autores que califiquen á la musa popular de casta. Y, ¿quién sabe? Acaso lo sea en el fondo. Acaso no peque sino por lo franca y desprovista de aquellos disimulos, pleguerías y circunloquios que encubren la desnudez, y constituyen, ó si no constituyen, contrahacen la decencia.

De todos modos, nosotros damos por seguro que hasta los cuentos más verdes del vulgo, son en el fondo menos con-

trarios á la moral que muchas atildadísimas novelas, donde no hay frase, suceso ni lance escabroso que no esté envuelto en un velo tupido de perífrasis poéticas y elegantes. En suma, los cuentos y chascarrillos vulgares, más que por inmoralidad, pecan á veces por rudeza y grosería. A fin de no escandalizar ó disgustar con dicho defecto, hemos suprimido no pocos cuentos que ya teníamos redactados y que nos parecían graciosos. No hemos podido, sin embargo, resistir á la tentación de incluir en este tomo algunos de aquellos cuentos en que se nota con mayor ó menor intensidad el defecto ya mencionado. De esperar es que nos lo perdone el benigno lector, á quien humildemente nos encomendamos. Entiéndase, á fin de que se logre este perdón, que no componemos un libro para lectura, instrucción y recreo de señoritas y de niños. Y entiéndase además que en este libro no tenemos la única pretensión de entretener y divertir, sino que también tenemos la pretensión de fijar y de guardar por escrito algo de lo que pudiéramos llamar la poesía épico-

cómica vulgar y difusa, prestándole adecuada forma literaria para que se salve del olvido.

Nos importa advertir, por último, que el pueblo español, por lo mismo que es muy creyente y fervoroso católico, trata á veces con pasmosa confianza las cosas divinas, sin que en esta familiaridad haya irreverencia ni mucho menos malicia. Cuento hay que, interpretado por un espíritu pervertido y avieso, podría creerse compuesto por Voltaire, pero que en realidad es invención de nuestro pueblo, el cual le inventó con candor y no tuvo ni remotamente al inventarle el propósito de ofender á Dios, ni á los santos, ni á los ángeles, ni de contradecir ó impugnar en lo más mínimo los dogmas y creencias de nuestros mayores.

Es casi seguro que muchos de los cuentos del vulgo andaluz que parecen más volterianos, fueron compuestos en los claustros y en las sacristías, por gente de sotana y cuando había Inquisición en nuestro país, y fueron oídos y celebrados con risa por clérigos, frailes y fa-

miliares del Santo Oficio. Juzgaban éstos, y en nuestro sentir importa conservar el mismo criterio, que la verdad católica y la pureza de la fe que la acepta y la conserva sin menoscabo, están tan altas, que no hay chiste que las hiera ó lastime. Y están tan arraigadas en la mente y en el corazón de los españoles que ni en lo antiguo se concebía ni se debe concebir ahora que haya chuscada que prevalezca contra ellas, ni chusco, narrador ó inventor de cuentecillo que al componerle ó referirle haya tenido la menor intención antireligiosa.

Todavía en abono de nuestro propósito de coleccionar cuentos vulgares, nos incumbe decir que los que coleccionamos y publicamos ahora están inmediatamente tomados de la boca del vulgo, pero que sería muy curioso é interesante reunir y coleccionar también otros cuentos vulgares de España, no de los que han recibido ya forma literaria y están en colección como la del Conde Lucanor, del Infante D. Juan Manuel, la del Patrañuelo y la del Alivio de caminantes, de Juan de Timoneda, y como la

hecha recientemente de cuentos mallorquines por el Archiduque de Austria Luis Salvador. Estas colecciones existen ya y lo curioso sería coleccionar la multitud de cuentos que han recibido también forma literaria y se hallan esparcidos en las obras, en verso y prosa, de nuestros más ilustres autores clásicos.

Los lacayos graciosos de las antiguas comedias españolas, y especialmente los de Calderón y de Tirso, refieren amenudo cuentos y chascarrillos, como por ejemplo, el tan celebrado y sabido de memoria por todo el mundo, del vidriero que recibió de Tetuán centenares de monas.

No tienen, por lo general, estos cuentos más propósito que el de mover á risa; pero ocurren á veces casos á los que dichos chascarrillos vienen á aplicarse, resultando ó del mismo chascarrillo ó de su aplicación una terrible moraleja. Valga para muestra el chascarrillo que refiere, si no lo recordamos mal, un gracioso de Tirso, acerca del hombre que tenía un tumor, y que se gastaba su dinero en médicos y en cirujanos, los cuales

no acertaban á curarle. Cada día iba él empeorándose é iba el tumor creciendo hasta que un día el enfermo acertó á estar cerca de la mula del Doctor que le asistía. La mula era muy maliciosa y sacudió con tanto tino una coz al enfermo que le reventó el tumor y al fin le dejó sano. Ahora aplican por ahí este cuento á los asuntos de Cuba: los médicos que no aciertan con la curación son nuestros adalides y nuestros políticos y se supone que la mula maliciosa será á la postre la Gran República de los Estados Unidos, si bien contradice la exactitud de la aplicación, entre otras cosas, que en la aplicación la mula no sólo acaba por reventar el tumor de una coz, sino que á fuerza de darnos coces, le produce antes, y luego le fomenta y casi le gangrena, pudriéndonos la sangre.

Como quiera que ello sea, el estro vulgar, que ha dado origen á muchos chascarrillos, ha sido siempre estimado y aprovechado por nuestros más gloriosos ingenios. Sólo de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra se podrían entresacar no pocos de los mencionados chasca-

rrillos, que él oyó contar y á los que dió forma imperecedera. Así, pongamos por caso, la historia del deudor que escondió en un bastón hueco la cantidad que debía, á fin de burlar al acreedor; lance que da ocasión á una discreta sentencia de Sancho Pancha; que ya estaba escrito, en tiempo del Emperador Augusto, por el sofista griego Conon, y que fué reproducido más tarde, en la Edad Media, como milagro de San Nicolás, en versos latinos. Y así también el chascarrillo, que el mismo D. Quijoto refiere, de la dama que, teniendo como pretendientes á sabios teólogos y jurisconsultos, eligió y concedió sus favores á un lego motilón, diciendo á quien por esto la motejaba que para lo que ella le quería sabía él más filosofía que Aristóteles.

Sirva todo lo dicho como prueba del valer poetico que tienen los chascarrillos y del aprecio con que han sido mirados por nuestros clásicos, á pesar de la rudeza y de la grosería licenciosa que en dichos chascarrillos suele haber con frecuencia.

Y si Tirso, Calderón y Cervantes, gus-

taron de los chascarrillos y se complacieron en darles forma literaria sin que nadie por ello los condene, bien se nos debe tolerar á nosotros, sin incurrir en censura, ya que no merezcamos aplauso, que imitemos, aunque desmañadamente, sin la menor intención de ofender á Dios ni al prójimo, á los autores ya nombrados, flor y nata de los ingenios españoles.

Antes de concluir, no nos parece inútil prevenirnos contra dos acusaciones que se nos pueden dirigir.

Es una de ellas la de que tal vez haya en nuestra colección cuentos escritos ya y coleccionados por otros autores. Contra esto decimos y afirmamos que nosotros los hemos tomado de boca del vulgo y que no hemos querido cansarnos en buscar si alguien antes de nosotros ha escrito los mismos cuentos. De esperar es que los escritos por nosotros tengan siempre alguna novedad en la escritura.

La otra acusación que presentimos y de la que queremos defendernos, es de la abundancia de historias y lances que hay en nuestro libro, cuyo fundamento

es cierto vaporoso producto del ser humano. A fin de hacer sobre este punto nuestra apología, diremos que desde las edades más remotas dicho producto ha sido mirado ó más bien oído como fuente de chistes y de gracias, concediéndosele á veces hasta cierta virtud adivinatoria y agorera, así como al estornudo.

El mismo venerable poeta Homero no cree rebajarse escribiendo sobre el caso y contándonos que el hijo de Júpiter y de Maya, dios de la elocuencia é inventor de la lira, no se limitó á estornudar, sino que lanzó otro agüero para escapar de entre las manos de Apolo, que, por ladrón de sus bueyes, le retenía cautivo.

Lo diremos en griego para mayor claridad, y como documento fehaciente de que el numen de comerciantes y banqueros se valía de tretas y hacía emisiones algo sucias:

οἰωνὸν προέηκεν,.....
τλήμονα γαστρὸς ἔριθον, ἀτάσθαλον ἀγγελιώτην.

Y dicho ya cuanto teníamos que decir para que se comprenda el objeto de este libro y para que no se nos culpe sin fun-

damento de pecaminosas desenvolturas, ponemos punto á la Introducción y rogamos al público que reciba con indulgencia y lea estos cuentos y chascarrillos, donde en nosotros sólo tendrá que aplaudir ó que reprobar la forma, pues el fondo es suyo.

LAS GAFAS

Como se acercaba el día de San Isidro, multitud de gente rústica había acudido á Madrid desde las pequeñas poblaciones y aldeas de ambas Castillas, y aun de provincias lejanas.

Llenos de curiosidad circulaban los forasteros por calles y plazas é invadían las tiendas y los almacenes para enterarse de todo, contemplarlo y admirarlo.

Uno de estos rústicos entró por acaso en la tienda de un óptico en el punto de hallarse allí una señora anciana que quería comprar unas gafas. Tenía muchas docenas extendidas sobre el mostrador; se las iba poniendo sucesivamente, miraba luego en un periódico, y decía:

—Con éstas no leo.

Siete ú ocho veces repitió la operación, hasta que al cabo, después de ponerse otras gafas, miró en el periódico, y dijo muy contenta:

—Con éstas leo perfectamente.

Luego las pagó y se las llevó.

Al ver el rústico lo que había hecho la señora, quiso imitarla y empezó á ponerse gafas y á mirar en el mismo periódico; pero siempre decía:

—Con éstas no leo.

Así se pasó más de media hora; el rústico ensayó tres ó cuatro docenas de gafas, y como no lograba leer con ninguna, las desechaba todas, repitiendo siempre:

—No leo con éstas.

El tendero entonces le dijo:

—¿Pero usted sabe leer?

—Pues si yo supiera leer, ¿para qué habia de mercar las gafas?

*

ELOCUENCIA VIZCAÍNA

El obispo de Málaga, más de cien años há, era un varón lleno de saber y virtudes y predicador elocuentísimo. Tenía además tan alegre y suave condición y tanta afabilidad y llaneza en su trato, que, lejos de enojarse, gustaba de que sus familiares discutiesen con él y hasta le embromasen.

Era el obispo vizcaíno, y sus familiares, al poner por las nubes su elocuencia, la calificaban de extraña y única entre los hijos de las Provincias Vascongadas, donde, según ellos, no hubo jamás hombre que no fuese premioso de palabra ni clérigo que no pasase por un porro y que en el púlpito, no se hiciese un lío.

Movido el bondadoso Prelado de su cristiana modestia y de su ferviente patriotismo,

sostenía lo contrario, y llegaba á asegurar que lo menos había entre los presbíteros vizcaínos, sus contemporáneos, tres docenas que valían más que él por la ciencia, el arte y la inspiración con que enjaretaban sermones.

Como pasaba el tiempo y no parecía por aquella diócesis ningún clérigo vizcaíno, la disputa se hacía interminable. El obispo no probaba su afirmación de un modo experimental y práctico, y los familiares seguían erre que erre, negando á todos los vizcaínos, menos á Su Señoría Ilustrísima, la capacidad para la oratoria sagrada.

Acertó al cabo á venir á Málaga, en busca de amparo y protección, un clérigo guipuzcoano, que había estudiado con el obispo en el mismo Seminario y había sido allí grande amigo suyo. El obispo le recibió muy bien y le hospedó en su palacio. No tardó, cuando estuvo á solas con él, en hablarle de las discusiones sin término que con sus familiares tenía, y luego le dijo:

—Muy apropósito has venido por aquí para que, valiéndome de tí, demuestre yo la verdad de mi tesis. De hoy en ocho días habrá una gran función en la catedral y es me-

nester que tú prediques y que el sermón sea tan hermoso y edificante que eclipse, obscurezca y deje tamañitos cuantos yo he compuesto hasta ahora.

—¿Pero cómo ha de ser eso—interrumpió el clérigo muy azorado,—cuando yo, bien lo sabes, sé tan poco de todo, y tengo tan corta habilidad que no me he atrevido jamás á subir al púlpito?

—Dios es Todopoderoso y bueno—contestó el obispo.—Pon en Dios tu esperanza, y no dudes de que por tí y por mí hará en esta ocasión un gran milagro.

Confiando en la bondad divina y más inspirado que nunca el obispo, recatándose de todos y muy sigilosamente, escribió aquella misma noche una verdadera obra maestra, un dechado de perfección; lo mejor acaso que había escrito en su vida.

A la mañana siguiente entregó el sermón al clérigo su amigo, y le excitó para que se le aprendiese muy bien de memoria.

Con extraordinaria repugnancia y miedo, por recelar que no podría aprender el sermón ó que le olvidaría después de aprendido, nuestro clérigo (¡tal era el afán con que aspiraba á complacer á su protector!) tomó

en la memoria en dos días el sermón entero y sin titubear ni pararse, le recitó como un papagayo delante del obispo. Empleó éste otros dos días en enseñar al flamante predicador la entonación, el gesto y el manoteo correspondientes á cuanto tenía que decir.

El obispo quedó complacidísimo: calificó de admirable aquella oración pronunciada por su amigo, y se prometió y le prometió un triunfo estrepitoso.

En seguida anunció que el predicador iba á ser su paisano, y lleno de orgullo patriótico dijo á sus familiares:

—Ya verán ustedes lo que es bueno. Ya tendrán ustedes que confesar que este humilde sacerdote de mi tierra y de mi gente predica mejor que yo; es un nuevo Juan Crisóstomo, un raudal de elocuencia y un pozo de sabiduría. En adelante no me embromarán ustedes afirmando que, exceptuándome á mí, no hay vizcaíno que predique.

Llenos de impaciencia estaban todos, ansiando oir predicar al vizcaíno.

Llegaron por fin el día y la hora de la función. La catedral estaba de bote en bote. El obispo y los canónigos asistían en el coro con todo el aparato y la pompa que requerían

las circunstancias. En el centro del templo y á no muy larga distancia de la cátedra del Espíritu Santo, se parecían las damas más devotas y elegantes de la ciudad, lindísimas muchas de ellas, todas con basquiña y mantillas de blondas y con rosas, claveles y otras flores en la cabeza. Hombres y mujeres del pueblo llenaban las naves. Era extraordinaria y muy general la curiosidad de oir al nuevo predicador, cuya buena reputación anticipada había cundido por todas partes.

Por fin, apareció en el púlpito nuestro vizcaino y empezó su sermón con tal habilidad y gracia que la admiración, el asombro y el santo deleite henchían los corazones y los espíritus de todo el auditorio.

Pero ¡oh terrible desgracia! cuando el sermón iba ya mediado, quiso la suerte, ó mejor dicho, quiso la divina providencia que al vizcaino, que se le sabía tan bien de carretilla, se le fuese el santo al cielo. Trasudaba, se retorcía, se angustiaba y se desesperaba, y todo en balde, por que no podía volver á coger el hilo. Sin duda, iba á tener que bajar del púlpito con el sermón á medio acabar. El descrédito y la caída iban á ser espantosos. Y era lo peor que el sermón quedaba interrum

pido en el momento de mayor interés y más lastimoso: cuando el predicador acababa de ponderar los infortunios que Dios había enviado sobre nuestra nación, ó para probarla, ó para castigar sus muchos pecados, por medio de sequías, epidemias, guerras y malos gobiernos.

El vizcaíno, viéndose en tamaño apuro, perdió por completo la cabeza, y dirigiéndose al obispo, que estaba en la silla episcopal, y hablándole con desenfado, con furia y con la intimidad archifamiliar del antiguo condiscípulo, aunque por fortuna en idioma vascuence, allí completamente ignorado, lanzó votos y reniegos, le denostó y le echó en cara que por culpa suya estaba pasando las penas derramadas, puesto en berlina y amenazado de tener que apelar á una retirada vergonzosa.

¿Quién sabe si fué milagro del Altísimo? Lo cierto es que de repente, cuando descargaba en su lengua nativa aquel diluvio de vituperios sobre el obispo, el vizcaíno, con iluminación súbita y dichosa, volvió á recordar todo lo que del sermón le quedaba por decir. Inspirado además no menos dichosamente, exclamó:

—Hasta aquí Jeremías, en sus Trenos ó Lamentaciones.

Y luego prosiguió recitando con fogosa vehemencia y con primor y acierto el resto del sermón hasta llegar á lo último.

Cuantos le oyeron quedaron edificados y maravillados. El obispo demostró que había vizcaínos que predicaban por lo menos tan bien como él. Y no hubo nadie que no calificase al clérigo de excelente predicador y además de tan erudito y versado en las Sagradas Escrituras que se las sabía de coro y las citaba en el texto original hebreo.

*

LOS SANTOS DE FRANCIA

En una de las mejores poblaciones de la Mancha vivía, no hace mucho tiempo, un rico labrador, muy chapado á la antigua, cristiano viejo, honrado y querido de todo el mundo. Su mujer, rolliza y saludable, fresca y lozana todavía, á pesar de sus cuarenta y pico de años, le habia dado un hijo único, que era muy lindo muchacho, avispado y travieso.

Como este muchacho estaba mimadísimo por su padre y por su madre, era harto difícil hacer carrera con él. A pesar de su mucha inteligencia, á la edad de diez años leía con dificultad y al escribir hacía unos garrapatos ininteligibles. Lo único que el chico sabia bien era la doctrina cristiana y querer y respetar al autor de sus días y á su

señora mamá. El niño era tan gracioso y ocurrente, que tenía embobado á todo el vecindario. Cuantos le conocían le reían los chistes y ponían su ingenio por las nubes, con lo cual al rico labrador se le caía la baba de gusto.

—¡Qué lástima, decía, que este chico se críe cerril en el pueblo, sin hacer más que jugar al hoyuelo, á las chapas, al toro y al salto de la comba con todos los pilletes! Si yo le enviase á un buen colegio, en una gran ciudad, sin duda que volvería hecho un pozo de ciencia, sería la gloria y el apoyo de mi vejez y serviría y honraría á su patria.

Tanto caviló en esto el labrador, que al fin, sobreponiéndose á la pena que le causaba el separarse de su hijo, le envió á que estudiase en París nada menos.

Seis años estuvo por allí estudiando en uno de los mejores colegios primero y después en la Sorbona.

Como él era, naturalmente, muy despejado, aprovechó mucho, y volvió á casa de sus padres sabiendo cuanto hay que saber, y además elegantísimo y atildadísimo: hecho un verdadero dije; lo que ahora llaman un *dandy*, un *gomoso*.

El padre y la madre estaban más encantados que nunca. Sólo no gustaban de cierto irreverente desenfado que el chico tenía y de que daba muestras á cada paso.

Iba á entrar ó á salir por una puerta, y exclamando:

—San Fason, San Compliman, San Ceremoní, pasaba antes que su padre.

Hablaba su padre y le interrumpía, y no le dejaba hablar, diciendo:

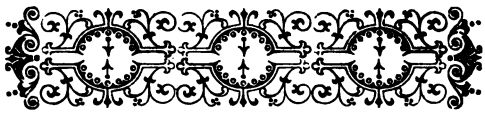
—San Fason, San Compliman, San Ceremoní.

Se ponían á la mesa y se servía antes que su padre y su madre, tomando lo mejor de cada plato y diciendo siempre:—San Fason, San Compliman, San Ceremoní.

El padre disimuló al principio, ya que por todo lo demás el muchacho le embelesaba; pero, al cabo, hubo de cargarse, perdió la paciencia, y dijo al chico con grande enojo:

—Mira, hijo mío, vete muy enhoramala y no me invoques ni me mientes más en tu vida á esos santos de Francia, que serán muy milagrosos, pero que están infamemente mal criados.

*



FECUNDIDAD DE LA MEMORIA

El señor no estaba en casa, y el negrito que le servía, abrió la puerta á un forastero muy pomposo.

—¿Está en casa su amo de usted?—preguntó el forastero.

—Ha salido,—contestó el negrito.

—¡Cuánto lo siento!—exclamó el forastero.—No traigo tarjetas.

—¿Qué importa eso? No se apure: diga su nombre; el neguito tiene buena memoria y no le olvidará.

—Pues bien: diga usted á su amo que ha estado aquí á visitarle Don Juan José María Diez de Venegas, Caballero Veinticuatro de la ciudad de Jerez. ¿Se acordará usted?

—¿Y cómo no?—dijo el negrito.

En efecto; cuando volvió su amo el negrito le dijo:

—Zeñó, aquí han estado á visitar á su merced D. Juan, D. José, doña Maria, diecinueve negas, veinticuatro caballeros y la ciudad de Jerez.

*

CONVERSIÓN DE UN HETERODOXO

Vivía en Sevilla, hará más de dos siglos, un clérigo tan sabio en Teología y tan gran predicador que era el pasmo y la gloria de la ciudad, y tan afable con sus iguales, tan modesto con los superiores y tan llano y caritativo con la gente menuda, que se había ganado la voluntad de todo el mundo.

El demonio, que es envidioso y que todo lo añasca, se ingenió de suerte que hizo que el tal clérigo, á fuerza de meditar y de cavilar en las cosas divinas, viniese á caer en uno de los más espantosos errores que pueden afligir á la pobre y limitada inteligencia humana y que pueden dar al traste con los merecimientos y excelencias de un buen cristiano.

Se empeñó nuestro clérigo en considerar absurdo que siendo Dios uno fuese también Trino. Y no sólo se empeñó en considerarlo, sino que se esforzó por demostrar su error y por difundirle y divulgarle con la misma maravillosa elocuencia que había empleado antes en sus piadosos sermones y homilías.

No acertaremos á ponderar la profunda pena y la consternación que se apoderaron del ánimo de los señores inquisidores, del arzobispo, de toda la clerecía y de cuantas personas honradas y devotas había en Sevilla, al enterarse de la tremenda caída de aquel eminente teólogo y de la insolencia infernal con que iba propagando por todas partes una herejía tan perversa como la de Arrio y la de Mahoma.

Mucho lamentaron y lloraron el extravío de nuestro clérigo los numerosos amigos con que contaba y muy singularmente los señores inquisidores; pero la obligación está por cima de todo, y más aún cuando se trata de la pureza de la fe. Una migajilla de levadura puede fermentar toda la masa. Un ligero asomo de corrupción, una pequeña llaguita puede inficionar y gangrenar el cuerpo sano de la república si no se acude pronto al remedio,

cauterizando la llaguita, ó digamos quemándola.

Como la llaguita era el clérigo susodicho, era indispensable, laudable é inevitable quemarle vivo, si no se arrepentía y retractaba. Le encerraron, pues, en un calabozo de la inquisición y empezaron con toda solemnidad á formar contra él el proceso.

Poco había que hacer, porque el clérigo, no sólo estaba convicto, sino que se jactaba de su abominable doctrina.

Deseosos, sin embargo, de salvarle, los teólogos más sutiles y dialécticos acudían al calabozo á discutir con el hereje, ya en forma silogística, ya *en materia*, ya valiéndose de la razón y elevándose á las más altas y metafísicas especulaciones, ya con argumentos de autoridad y citas de la Sagrada Escritura, de los Santos Padres y de los Concilios, para ver si lograban que se convenciese de su nefando error y que al fin se retractase. Así se evitaría la de otra suerte inevitable chamusquina, que deploraban todos, por el entrañable cariño que profesaban al obcecado y simpático delincuente.

Este, excitado sin duda por el espíritu de contradicción, y aun, á lo que se sospecha,

por el espíritu de las tinieblas, resultaba más terco, más contumaz y más aferrado en su opinión, después de cada disputa. Y como sabía más que Lepe, y también mucho más que todos los que con él iban disputando, y como asimismo estaba dotado de una facundia grandilocuente y ciceroniana, á todos los arrollaba y vencía, desbaratando y refutando cuantos argumentos aducían en contra y permaneciendo siempre en sus trece.

—¡Qué calamidad!—decía el arzobispo.

—¡Qué caso tan lastimoso!—exclamaban en coro los canónigos y los beneficiados,

—¡Horror, horror, horror!—decían por último los inquisidores, suspirando los unos, y gimiendo los otros. Pero en fin, añadían, no hay más recurso. No hay más esperanza: *coruptio optimi pèsima:* será menester quemar vivo á este prodigio de sabiduría.

Todo estaba dispuesto ya y sólo faltaban tres ó cuatro días para que con pompa solemne y edificante se verificara la quema, cuando cierto lego franciscano, que tenía fama de bruto y de zafio, pidió con decidido empeño licencia para ver al preso, afirmando y pronosticando, con la mayor seguridad, que él le convencería y lograría que se retractase.

Aunque no era ocasión de risas ni de burlas, porque los inquisidores estaban muy afligidos, todavia se rieron y se burlaron algo de la vanidosa y ridicula pretensión del lego. Tan extremada fué, no obstante, su pretensión, que al cabo cedieron los inquisidores y se verificó la entrevista.

—¿Cuántos Dioses hay?—preguntó el lego.

—Uno—contestó el clérigo.

—¿Y personas? — volvió á preguntar el lego.

—Una también—replicó el otro.

—Pues no, señor—dijo entonces el lego:—Las personas son tres, y sobre todo, como usted no tiene que mantenerlas lo mismo le importa que sean tres que trescientas.

A razonamiento tan atinado el clérigo no tuvo nada que contestar, quedó plenamente convencido y prometió retractarse.

Cuando por toda Sevilla se supo la victoria del lego, el pueblo entusiasmado le creyó un bendito siervo de Dios que, valiéndose de su gracia, había hecho aquel estupendo milagro. La plebe entusiasta paseó al lego en triunfo por calles y por plazas. Al clérigo hereje arrepentido le pusieron en libertad. Los inquisidores, con lágrimas de alegría le abra-

zaban conmovidos. Se habían quitado de encima del corazón el enorme peso de tener que achicharrarle.

El Sr. Arzobispo se holgó también lo que no es decible y mandó cantar en la catedral un solemne *Te Deum*. Hasta hay quien asegura que, para mayor regocijo, los seises bailaron en aquella ocasión y tocaron las castañuelas.

*

MANIFESTACIONES DE DUELO
DEL REY DE PORTUGAL

Un portugués contaba á un andaluz los extremos de doloroso sentimiento que hizo el Rey de Portugal por la muerte de la Señora Infanta, su linda hija.

Extraordinarias eran las cosas que el portugués referia; pero el andaluz, en vez de maravillarse, decía siempre:

—¿Y no hizo más que eso?

Algo enojado el portugués de que el andaluz no se maravillase, ponderaba cada vez más las manifestaciones de duelo de Su Majestad Fidelísima.

El andaluz, no obstante, permanecía indiferente y no se cansaba de repetir:

—¿Y no hizo más que eso?

El portugués perdió por último la paciencia, y dijo para terminar:

—*Ainda fiz mais: mandou que en todo o reino ninguem creese'en Deus en tres annos, para que Deus, nos tempos vendouros, saiva como se ten de conduzir con o Rei de Portugal.*

LA REINA MADRE

I

En un pequeño lugar de la provincia de Córdoba vivía un pobre labrador, joven y guapo, cuya mujer era la más linda muchacha que había en cuarenta ó cincuenta leguas á la redonda. Fresca y robusta, estaba rebosando salud. Y tenía tan apretadas carnes que, según afirmaba su marido, era difícil, cuando no imposible, pellizcarla. Su pelo era rubio como el oro, y sus mejillas parecían amasadas con leche y rosas.

Marido y mujer se idolatraban.

Hacía poco tiempo que estaban casados; siempre se estaban arrullando como dos tórtolos, pero aún no tenían hijos.

Ambos eran tan simpáticos, que contaban

con multitud de amigos en la vecindad y aun en todo el pueblo.

Llegó el día en que el marido cumplía treinta años, y la mujer, de acuerdo con él, quiso celebrar la fiesta, agasajando á los vecinos más íntimos con un opíparo gaudeamus.

Aunque ellos eran pobres, no carecían de recursos para satisfacer tan generoso deseo.

Iba á terminar el mes de Noviembre y acababan de hacer la matanza de un cerdo. Tenían, pues, exquisitas morcillas y lomo fresco en adobo. Habían criado y cebado además una magnífica pava. La mujer la preparó diestramente, le rellenó el buche con los menudillos, con castañas, alfónsigos, piñones y otros sabrosos condimentos y especias, y la asó, ó más bien la frió en una enorme cazuela. Ya todo preparado para la cena, que debía ser á las nueve de la noche, acudieron con puntualidad los convidados y fueron recibidos por los gallardos y amables esposos, en la amplia cocina de la casa, que estaba en el piso bajo y que era también comedor y estrado ó sala de recibimiento. La mesa se veía en el centro, cubierta de blancos y limpios manteles y aderezada con flores

y frutas. Un resplandeciente velón de Lucena, con los cuatro mecheros encendidos, daba luz á la mesa. Y dos candiles de hierro, colgados de sendas tomizas, iluminaban el resto de la estancia, cuyas paredes tenían por adorno cabezas disecadas de ciervos y de lobos, algunas escopetas de caza, dos jaulas de perdices, una tablita con palilo y cimbel, y varios peroles y cacerolas de azofar y cobre, colgados de alcayatas, y tan fregados y lustrosos que relucían más que venecianos espejos.

La chimenea era de campana, de suerte que el hogar avanzaba bastante, y en él estaba la comida ya pronta, sobre el rescoldo, para que no se enfriase ni se quemase.

El joven matrimonio no tenía criado ni criada. Ellos mismos se servían.

La mujer había dejado apagar el fuego. Solo había algunas brasas y cenizas, faltando el calor y la alegría de la llama.

Aquella noche hacía mucho frío y caía abundante nieve en la calle.

Los convidados habían llegado casi tiritando y con la ropa algo mojada.

Para mayor regalo y deleite, decidió entonces la mujer encender un buen fuego. Fué al corral y trajo algunos palos de olivo, sar-

mientos y pasta de orujo. Lo colocó todo en el hogar, muy bien dispuesto para que ardiese; pero todo estaba húmedo y no ardía.

La pobre mujer bregaba no poco, y en balde, para hacer arder la leña. Y como no tenía esportilla ni fuelle con que agitar el aire, se agachó y empezó á soplar furiosamente; pero nada, no conseguía que la llama se levantase.

Enojada entonces, sopló con triple furia, y aunque tenía buenos pulmones y salía de su boca como un vendabal, no lograba su objeto.

Apretó, por último, mucho más el soplo, y con el violento esfuerzo que hizo, se le extravió el aire, y tomó una dirección enteramente contraria. Por alguna parte había de salir, y el aire salió de súbito con tan tremenda sonoridad por muy distinto respiradero, que retumbó en la estancia como un cañonazo, aunque con acento tan claro, tan inimitable y tan propio, que con nada podía confundirse ni equivocarse.

Los tertulianos no pudieron menos de oir aquella música estrepitosa y de comprender el oculto instrumento que la producía. Así es que, sin acertar á contenerse, prorrumpieron en la más desaforada risa.

Fué entonces tan horrible la vergüenza de aquella excelente mujer, que exclamó desesperada: —¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

¡Oh estupendo prodigio! La tierra se abrió en efecto y se tragó á la mujer.

La risa de los tertulianos se convirtió en asombro y en lamento.

El marido desolado, nuevo Orfeo de aquella Euridice, buscaba á su mujer y no podía hallarla.

II

La mujer tragada por la tierra se encontró de repente á la puerta de una rica y populosa ciudad donde todo florecía, brillaba y era regocijado y ameno.

Los habitantes discurrian por calles y plazas, vestidos con suma elegancia y con trajes caprichosos y fantásticos. Suaves músicas sonaban por donde quiera. Era día claro, el sol brillaba casi en el cenit. Sus rayos doraban el aire, reverberando en las pintorescas fachadas, en los muros, en las esbeltas torres y en las graciosas cúpulas y gigantescos cimborrios de casas, alcázares y templos.

Se hallaba ya nuestra lugareña cordobesa

en el centro de la ciudad y en medio de una magnífica plaza, cuando la gente empezó á agruparse formando círculo en torno de ella, con muestras de profundo respeto y de entrañable cariño.

Echaron luego los sombreros por el aire y empezaron á gritar con entusiasmo:

—¡Viva la reina madre! ¡Viva la reina madre!

Aparecieron de pronto muchos caballeros principales, soldados y gente de gala, y ciertos ministros ó funcionarios, al parecer palaciegos, que venían con unas andas riquísimas y sobre las andas algo á manera de trono portátil ó silla gestatoria.

Los más autorizados y pomposos de aquellos personajes rodearon á nuestra heroína, haciéndole mil reverencias, genuflexiones y otras señales de acatamiento, la revistieron de una preciosa túnica rozagante y de un manto de tela de oro y colocaron una corona real sobre su cabeza. La levantaron después hasta las andas, y sentada en la silla gestatoria, la llevaron en procesión al más hermoso palacio que en la ciudad había, y donde, como es natural, el Rey habitaba.

Subieron todos la monumental y amplia

escalera, entre dos filas de coraceros de la guardia, recorrieron luego con gran prosopopeya larga serie de áureos salones, en los cuales resonaba agradable música de instrumentos de viento, y al fin se encontraron en el salón del trono, cuya disposición arquitectónica era inusitada y rarísima, porque la bóveda, que formaba el techo, no era una media naranja, sino dos, en medio de las cuales había una estrechura, y en medio de la estrechura, una hermosa claraboya redonda por donde entraba la luz cenital que todo lo iluminaba.

Imposible sería describir aquí el lujo y la gala de los señores de la Corte y de los altos dignatarios que rodeaban el Trono y de la deslumbradora riqueza del Trono mismo. Baste decir que en él estaba sentado, con corona y cetro, un joven Rey hermosísimo, rubio como las candelas, gracioso, robusto y alegre, el cual apenas vió entrar á nuestra heroína cordobesa cuando descendió del trono y casi con lágrimas de alegría, y con acento conmovido y sonoro, exclamó estrechándola entre sus brazos y cubriéndole el rostro de besos:

—¡Oh adorada madre mia, en buena hora

y en mejor sazón me concebiste en tus muy sanas y generosas entrañas y te dignaste lanzarme al mundo con tan poderoso aliento vital y con tamaña superioridad y excelencia entre todos los de mi casta que no han podido menos de reconocerme por amo y señor, de concederme el mero y el mixto imperio y de coronarme como Rey de toda esta dilatada, aérea y vaporosa Pordesarquía!

Después de este cariñoso desahogo de su majestad retumbante, la reina madre fué por él espléndidamente obsequiada con un regio banquete, donde se sirvieron palominos en abundancia, condimentados con diferentes salsas, y de postres deliciosos y ligeros suspiros de canela.

De sobremesa, y arrullada por una música dulce, la reina madre se quedó dormida.

Cuando se despertó se halló de nuevo en su casa, en su cama y al lado de su marido.

Cuanto había visto se le figuró entonces que era un sueño; pero pronto se convenció de que no había sido sueño, sino realidad.

Fué á la despensa á tomar habichuelas para guisarlas y almorzar aquel día. Más de dos fanegas de esta semilla tenía en grandes orzas, y había sido tan frecuente su alimenta-

ción de tan explosivo comestible que á él atribuía nuestra heroina el percance de la noche anterior. ¡Cuán grande no sería su sorpresa y cuán inesperado no sería su regocijo cuando al ir á tomar las habichuelas, que estaban en las orzas, se encontró con que eran todas de oro finísimo! Para mayor claridad, en cada orza había una planchita, de oro también y á modo de tarjeta, sobre la cual estaba escrito con letras de diamante: *El Rey de Pordesarquia, Emperador de la Eolia occidental, en prueba de agradecimiento á su querida reina madre.*

Inútil es encarecer el desahogo, el regalo y la opulencia con que de allí en adelante vivió el joven matrimonio de que trata esta historia.

III

Tenía la reina madre, ya que con este título la conocemos, una amiga de la infancia á quien amaba de corazón.

La amiga, sin embargo, era harto indigna de tan noble cariño. Eran no pocas sus faltas, despuntando entre ellas las de ser en extremo envidiosa y codiciosa.

Aunque la reina madre la hacía participar de su buena ventura regalándola y agasajándola, ella enflaquecía de envidia y se iba poniendo verdinegra y seca como un esparto.

Con villana astucia é infame disimulo logró al cabo que la reina madre le explicase el origen de su bienestar repentino.

No bien lo supo dijo para sus adentros:

—¡Pues yo no he de ser menos!

Y en efecto; convidó á la vecindad, preparó el festín, y cuando los convidados estuvieron reunidos, se agachó y se puso á soplar el fuego con no poco ímpetu; pero le sucedió al revés que á la reina madre. Levantó llama en el hogar, y aunque apretaba y se esforzaba no conseguía que el instrumento sonase.

Siguió apretando con violento y desesperado ahinco, y al cabo logró producir un sonido ténue, lánguido, atiplado y miserable.

Entonces dijo:

—¡Ojalá se abra la tierra y me trague!

¡Oh prodigio no menor que el realizado con la reina madre!

La tierra se abrió también y se tragó á su amiga.

Hasta aquí fué el suceso semejante; pero después, ¡cuán diferente!

La amiga envidiosa y codiciosa se encontró en la capital de Pordesarquía, pero se quedó extramuros. Los guardias que defendian la puerta de la ciudad la llamaron ruin, plebeya y haraposa y no le dieron entrada.

Un tropel de pordioseros, sucios y desharrapados, y de mendigos enfermos la cercaron, tratándola con furia y desprecio, y la llevaron á un inmundo muladar. Allí estaba postrada una criaturita feísima, encanijada, diminuta y enfermiza, que inspiraba compasión y asco. Este pequeño mónstruo, este abominable microbio se abalanzó á la amiga envidiosa, se le colgó al cuello y la besó con su boca sin dientes, cubriéndola de apestosas babas.

—¡Oh, ilusa madre mía!—le dijo—avergüénzate y humíllate al contemplar en mi el vil engendro de tu envidia y de tu codicia, por cuya virtud me has concebido en tus entrañas de víbora. Yo soy tu viborezno. Pronto tendrás lo que mereces.

Con la repugnancia y el susto la infeliz mujer cayó desmayada. Cuando volvió en sí se encontró en su casa de nuevo, pero se llenó de horror y tuvo ganas de huir de su casa. Mucha parte del muladar en que habia visto á su hijo se habia trasladado á su casa como

por encanto. Y en aquella basura bullían, hervían y se agitaban millares de sapos y culebras y un negro ejército de curianas y de escarabajos peloteros que fabricaban y arrastraban hediondas bolitas.

Y aquí termina este cuento, que es muy moral, ya que el Dios Eolo supo premiar y premió la virtud y la sencillez de la reina madre, y supo castigar y castigó como es justo los vicios vitandos de la envidia y de la codicia.

*

El Sr. NICHTVERSTEHEN

Con rico cargamento de vinos generosos, higos, pasas, almendras y limones, en la estación de la vendeja llegó á Hamburgo, procedente de Málaga, una goleta mercante española. El patrón, el piloto y el contramaestre sabían muy bien su oficio ó dígase el arte de navegar, pero de todas las demás cosas, menester es confesarlo, sabían poco ó nada: tenían muy gordas las letras, como vulgarmente suele decirse. Por dicha, remediaba este mal y aún le trocaba en bien, un malagueño muy listo que iba á bordo como secretario del patrón y que apenas había ciencia ni arte que no supiese ó en la que por lo menos no estuviese iniciado, ni

idioma que no entendiese, escribiese y hablase con corrección y soltura.

Había en el puerto gran multitud de buques de todas clases y tamaños, resplandeciendo entre ellos, llamando la atención y hasta excitando la admiración y la envidia de los españoles, un enorme y hermosísimo navío, construído con tal perfección, lujo y elegancia que era una maravilla.

Los españoles naturalmente tuvieron la curiosidad de saber quién era el dueño del navío y encargaron al secretario que, sirviendo de intérprete, se lo preguntase á algunos alemanes que habían venido á bordo.

Lo preguntó el secretario y dijo luego á sus paisanos y camaradas:

—El buque es propiedad de un poderoso comerciante y naviero de esta ciudad en que estamos, el cual se llama el Sr. Nichtverstehen.

—¡Cuán feliz y cuan acaudalado ha de ser ese caballero! — dijo el patrón envidiándole.

Saltaron luego en tierra y se dieron á pasear por las calles, contemplando y celebrando la grandeza y el esplendor de los edificios.

A través de una reja preciosa de bronce

dorado y en el centro de un parque lleno de corpulentos y frondosos árboles, y cubierto el suelo de verde césped y de lindas flores, vieron uno de los más suntuosos palacios que habían visto en su vida. Encomendaron al secretario que preguntase quién era el amo del palacio y en él vivía.

El secretario se dirigió á un transeunte, le preguntó y volvió á sus amigos diciéndoles:

—Quien habita en ese palacio y le posee es el mismo comerciante y naviero dueño del buque: el Sr. Nichtverstehen.

Siguieron recorriendo las calles, muy distraídos en ver pasar muchedumbre de pueblo, gran número de gente bien vestida, á pie, á caballo y en coche, y no pocas gallardas mujeres, que les cautivaban la atención y aun los corazones. Una, sobre todo, los dejó embelesados, porque era un prodigio de hermosura, joven y rubia, y tan majestuosa como una emperatriz. Iba sentada en reluciente landó abierto, del cual tiraban dos briosos caballos de la más pura sangre inglesa.

Deslumbrados ante la pomposa aparición de aquella mujer, que les pareció más divina que humana, ansiaron saber quién era. Fué

el secretario á preguntarlo y volvió diciendo:

—Es la mujer del comerciante y naviero, dueño del buque y del palacio: es la señora de Nichtverstehen.

Aunque los españoles somos por lo común poco envidiosos y hasta magnánimos, no se ha de negar que, en esta ocasión y harto fundado motivo había para ello, el patrón, el piloto y los demás de la goleta se morían de envidia.

A fin de consolarse de no ser tan venturosos como el Sr. Nichtverstehen, tomaron dos cochecillos de punto y se fueron á pasear por los floridos alrededores de Hamburgo.

Durante este paseo en coche, crecieron la admiración y la envidia de todos. Y la cosa no era para menos. Vieron una magnífica fábrica de tejidos. Preguntaron quién era el fabricante capitalista, y supieron por el mismo conducto y medio que era el Sr. Nichtverstehen.

Admiraron después una suntuosa quinta circundada de bosques y jardines, con colosales invernáculos, donde había palmas gigantescas, helechos arborescentes, naranjos, limoneros, higueras de la India, orquídeas y mil otras plantas de los climas cálidos, y donde bramaban, gruñían y cantaban, en grandes

jaulas, multitud de fieras y de aves. Con asombro supieron que aquel regio y campestre retiro era también propiedad del Sr. Nichtverstehen.

—Debe de ser un potentado—exclamaba el piloto.

—Lo que posee valdrá muchos millones de florines—añadía el patrón.

—¡Quién fuera como el señor Nichtverstehen! —decían los demás en coro.

Haciendo estas exclamaciones volvieron á entrar en la ciudad, se apearon y prosiguieron á pie su paseo formando grupo.

De pronto se llenó la calle de gente.

—¿Qué será?—decían.

Era un entierro de mucho lujo.

El secretario, según tenía ya de costumbre, se dirigió á una persona de las que vió más cerca para enterarse y saber á quién llevaban á enterrar.

Luego que se enteró, el secretario volvió á sus compañeros, y como era docto y sentencioso y no sólo sabía alemán sino también latín, les dijo con mucha gravedad:

—*Sic transit gloria mundi.* No hay que envidiar la opulencia, los deleites y el regalo. De nada le han valido todos sus millones al

Sr. Nichtverstehen. Era tan mortal como el más miserable pordiosero. Ahí le tenéis encerrado en ese féretro, y dentro de poco estará en el sepulcro y será pasto de gusanos (1).

*

(1) Nichtverstehen significa en alemán no entender.

EL FAMOSO CANTOR MADUREIRA

Fué tan hábil este cantor y tenía una voz tan dulce y tan argentina que hizo el encanto de cuantos le oyeron durante su gloriosa pero no muy larga vida.

Los portugueses estaban llenos de orgullo porque había pertenecido á su nación tan eminente artista.

Así es que, después de su muerte, le enterraron como á todo el mundo; pero el entierro fué suntuoso y las exequias más suntuosas aún. En los *Placeres*, que aunque parezca extraño, así se llama el cementerio de Lisboa, le erigieron un soberbio mausoleo; y en una lápida de mármol negro inscribieron con letras de oro el siguiente epitafio:

Aqui yace
o Senhor de Madureira,

o primer cantor do mundo.
Morreu.
Porem, non morreu.
Chamoulhe Deus a sua Capella.
Mandou-lhe cantar.
Nào quiz.
Rogou-lhe que cantase.
Entao cantou.
E diz Deus:
Vayan os anjos á merda
que canta muito melhor
o Senhor de Madureira.

*

EL PORTUGUÉS FILÓLOGO

CIERTO portugués, muy docto en filología, comparaba una vez la lengua francesa con su propia lengua y decía entre otras cosas:

—Eu acho muito natural que os francezes chamen ao *vinho, vin;* ao *pão pain;* é ao *chapeu, chapeau;* porem que ao *pescozo* chamen *cu..... ¡é até indezente!*

*

EL PORTUGUÉS QUE LLEGÓ A CÁDIZ

VENÍA por mar este portugués, y estaba tan mareado, que ni aun después de desembarcar se le pasó el mareo. Iba dando traspiés é imaginaba que brincaban las casas en torno suyo y que el suelo se movía.

Entonces exclamó:

—¡Náo tremas terra, que eu náo te fazo mal!

*

EL GITANO TEÓLOGO

Se fué á confesar un gitano ya de edad provecta y muy preciado de discreto.

El Padre le preguntó si sabía la doctrina cristiana.

—Pues no faltaba más sino que á mis años no la supiese—dijo el gitano.

—Pues rece usted el Padrenuestro—dijo el confesor.

—Mire usted, Padre—contestó el gitano—no me avergüence preguntándome cosas tan fáciles. Eso se pregunta á los niños de la doctrina y no á los hombres ya maduros y que no tienen traza de ignorantes ó de tontos. En punto á religión yo sé cuanto hay que saber. Hágame preguntas difíciles, morrocotudas, y ya verá como contesto.

—Bien está—dijo el Padre.—Pues enton-

ces responda usted: ¿Cómo es que, siendo Dios omnipotente y criador de cielos y tierra, consintió en hacerse hombre y en venir al mundo?

El gitano contestó sin titubear:

—*Pues ahi verá usted.*

—Y si N. S. Jesucristo no hubiera venido á salvarnos—prosiguió el Padre—y si no hubiera padecido pasión y muerte ¿qué hubiera sido de nosotros?

—*Hágase usted cargo*—replicó el gitano.

Y el Padre se quedó turulato al oir contestaciones tan llenas de sabiduría.

*

EL COCINERO DEL ARZOBISPO

En los buenos tiempos antiguos, cuando estaba poderoso y boyante el Arzobispado, hubo en Toledo un Arzobispo tan austero y penitente, que ayunaba muy amenudo y casi siempre comía de vigilia, y más que pescado, semillas y yerbas.

Su cocinero le solía preparar para la colación, un modesto potaje de habichuelas y de garbanzos, con el que se regalaba y deleitaba aquel venerable y herbívoro siervo de Dios, como si fuera con el plato más suculento, exquisito y costoso. Bien es verdad que el cocinero preparaba con tal habilidad los garbanzos y las habichuelas, que parecían, merced al refinado condimento, manjar de muy superior estimación y deleite.

Ocurrió, por desgracia, que el cocinero tuvo una terrible pendencia con el mayordomo. Y como la cuerda se rompe casi siempre por lo más delgado, el cocinero salió despedido.

Vino otro nuevo á guisar para el señor Arzobispo y tuvo que hacer para la colación el consabido potaje. Él se esmeró en el guiso, pero el Arzobispo le halló tan detestable, que mandó despedir al cocinero é hizo que el mayordomo tomase otro.

Ocho ú nueve fueron sucesivamente entrando, pero ninguno acertaba á condimentar el potaje y todos tenían que largarse avergonzados, abandonando la cocina arzobispal.

Entró, por último, un cocinero más avisado y prudente, y tuvo la buena idea de ir á visitar al primer cocinero y á suplicarle y á pedirle, por amor de Dios y por todos los santos del cielo, que le explicara cómo hacía el potaje de que el Arzobispo gustaba tanto.

Fué tan generoso el primer cocinero, que le confió con lealtad y laudable franqueza su procedimiento misterioso.

El nuevo cocinero siguió con exactitud las instrucciones de su antecesor, condimentó el

potaje é hizo que se le sirvieran al ascético Prelado.

Apenas éste le probó, paladeándole con delectación morosa, exclamó entusiasmado:

—Gracias sean dadas al Altísimo. Al fin hallamos otro cocinero que hace el potaje tan bien ó mejor que el antiguo. Está muy rico y muy sabroso. Que venga aquí el cocinero. Quiero darle merecidas alabanzas.

El cocinero acudió contentísimo. El Arzobispo le recibió con grande afabilidad y llaneza, y puso su talento por las nubes.

Animado entonces el artista, que era además sujeto muy sincero, franco y escrupuloso, quiso hacer gala de su sinceridad y de su lealtad y probar que sus prendas morales corrían parejas con su saber y aun se adelantaban á su habilidad culinaria.

El cocinero, pues, dijo al Arzobispo:

—Excelentísimo señor: á pesar del profundísimo respeto que V. E, me inspira, me atrevo á decirle, porque lo creo de mi deber, que el antiguo cocinero le estaba engañando y que no es justo que incurra yo en la misma falta. No hay en ese potaje garbanzos ni habichuelas. Es una falsificación. En ese potaje hay albondiguitas menudas hechas de jamón

y pechugas de pollo, y hay riñoncitos de aves y trozos de criadillas de carnero. Ya ve V. E. que le engañaban.

El Arzobispo miró entonces de hito en hito al cocinero, con sonrisa entre enojada y burlona, y le dijo:

—¡Pues engáñame tú también, majadero!

*

QUIEN NO TE CONOZCA QUE TE COMPRE

No nos atrevemos á asegurarlo, pero nos parece y queremos suponer que el tío Cándido fué natural y vecino de la ciudad de Carmona.

Tal vez el cura que le bautizó no le dió el nombre de Cándido en la pila, sino que después todos cuantos le conocían y trataban le llamaron Cándido porque lo era en extremo. En todos los cuatro reinos de Andalucía no era posible hallar sujeto más inocente y sencillote.

El tío Cándido tenía además muy buena pasta. Era generoso, caritativo y afable con todo el mundo. Como había heredado de su padre una haza, algunas aranzadas de olivar y una casita en el pueblo, y como no tenía hijos, aunque estaba casado, vivía con cierto desahogo.

Con la buena vida que se daba se había puesto muy lucio y muy gordo.

Solía ir á ver su olivar, caballero en un hermosísimo burro que poseía; pero el tío Cándido era muy bueno, pesaba mucho, no quería fatigar demasiado al burro y gustaba de hacer ejercicio para no engordar más. Así es que habia tomado la costumbre de hacer á pie parte del camino, llevando el burro detrás asido del cabestro.

Ciertos estudiantes sopistas le vieron pasar un día en aquella disposición, ó sea á pie, cuando iba ya de vuelta para su pueblo.

Iba el tío Cándido tan distraído que no reparó en los estudiantes.

Uno de ellos, que le conocía de vista y de nombre y sabía sus cualidades, informó de ellas á sus compañeros y los excitó á que hiciesen al tío Cándido una burla.

El más travieso de los estudiantes imaginó entonces que la mejor y la más provechosa sería la de hurtarle el borrico. Aprobaron y hasta aplaudieron los otros; y, puestos todos de acuerdo, se llegaron dos en gran silencio, aprovechándose de la profunda distracción del tío Cándido, y desprendieron el cabestro de la jáquima. Uno de los estudiantes se llevó

el burro, y el otro estudiante, que se distinguía por su notable desvergüenza y frescura, siguió al tío Cándido con el cabestro asido en la mano.

Cuando desaparecieron con el burro los otros estudiantes, el que se había quedado asido al cabestro tiró de él con suavidadad. Volvió el tío Cándido la cara y se quedó pasmado al ver que, en lugar de llevar el burro, llevaba del diestro á un estudiante.

Éste dió un profundo suspiro y exclamó:

—Alabado sea el Todopoderoso.

—Por siempre bendito y alabado—dijo el tío Cándido.

Y el estudiante prosiguió:

—Perdóneme usted, tío Cándido, el enorme perjuicio que sin querer le causo. Yo era un estudiante pendenciero, jugador, aficionado á mujeres y muy desaplicado. No adelantaba nada. Cada día estudiaba menos. Enojadísimo mi padre, me maldijo diciéndome: eres un asno y debieras convertirte en asno.

Dicho y hecho. No bien mi padre pronunció la tremenda maldición, me puse en cuatro pies sin poderlo remediar y sentí que me salía rabo y que se me alargaban las orejas. Cuatro años he vivido con forma y condición

asnales, hasta que mi padre, arrepentido de su dureza, ha intercedido con Dios por mí, y en este mismo momento, gracias sean dadas á su divina majestad, acabo de recobrar mi figura y condición de hombre.

Mucho se maravilló el tío Cándido de aquella historia, pero se compadeció del estudiante, le perdonó el daño causado y le dijo que se fuese á escape á presentarse á su padre y á reconciliarse con él.

No se hizo de rogar el estudiante, y se largó más que de prisa, despidiéndose del tío Cándido con lágrimas en los ojos y tratando de besarle la mano por la merced que le había hecho.

Contentísimo el tío Cándido de su obra de caridad se volvió á su casa sin burro, pero no quiso decir lo que le había sucedido porque el estudiante le rogó que guardase el secreto, afirmando que si se divulgaba que él había sido burro, lo volvería á ser ó seguiría diciendo la gente que lo era, lo cual le perjudicaría mucho y tal vez impediría que llegase á tomar la borla de Doctor, como era su propósito.

Pasó algún tiempo y vino el de la feria de Mairena.

El tío Cándido fué á la feria con el intento de comprar otro burro.

Se acercó á él un gitano, le dijo que tenía un burro que vender y le llevó para que le viera.

Qué asombro no sería el del tío Cándido cuando reconoció en el burro que quería venderle el gitano al mismísimo que había sido suyo y que se había convertido en estudiante. Entonces dijo el tío Cándido para sí:

—Sin duda que este desventurado, en vez de aplicarse, ha vuelto á sus pasadas travesuras, su padre le ha echado de nuevo la maldición y cátale ahí burro por segunda vez.

Luego, acercándose al burro y hablándole muy quedito á la oreja, pronunció estas palabras, que han quedado como refrán:

—Quien no te conozca que te compre.

*

EL PICADOR

Era mi señor don Juan un sujeto apreciable, y además hombre rico y espléndido. Todo cuanto le rodeaba era lo mejor de lo mejor. Su vestir, su casa, sus trenes, todo llevaba el sello de la magnificencia. Su mesa no la hubiera desdeñado el mismo Lúculo, aquel famoso patricio romano de quien se refieren tales y tantas maravillas gastronómicas. Gustaba de tener siempre varios convidados, porque una plática discreta y agradable recrea el ánimo y hasta ayuda para la buena digestión.

Cierto día, ó dicho con más exactitud, cierta noche, pues había obscurecido ya y estaban encendidas las luces, con las que parecía el espacioso comedor de don Juan un ascua de oro, hallábanse éste y su familia sentados á

la bien servida mesa y en disposición de empezar á comer, cuando de pronto y como llovido del cielo, apareció don Roque, antigua visita de la casa; pero que jamás había comido en ella.

Entre ambos entablóse el diálogo siguiente:

—¡Oh, mi señor don Roque! A tiempo llega usted. Siéntese, siéntese, y comerá con nosotros.

—Ciertamente, lo haría con mil amores; pero todavía no hace hora y media que terminé mi comida.

—Entonces, nada he dicho; mas créame que hubiera tenido una satisfacción.

—Todo puede compaginarse, pues lo único sin remedio posible en el mundo es la pícara muerte, que nos va llevando, llevando, hoy uno, mañana otro... Sin ir más lejos, esta mañana misma estuve en el entierro de don Facundo. ¡Vamos, si era hombre capaz de vivir un siglo! ¡Tan gordo, tan colorado! Y todavía joven: yo calculo que tendría unos cuarenta ó quizá menos. ¿Qué le parece á usted?

—Á mí no me parece nada, pues no tuve el honor de conocer á ese don Raimundo, don Facundo, ó don Profundo, de que usted me habla, y que en paz descanse; ni creo que la

noticia de su entierro venga ahora muy al caso.

—Sí, señor, que viene; ¡vaya si viene! Lo decía porque lo único sin remedio en el mundo es la muerte: lo demás todo puede compaginarse y arreglarse, de mejor ó peor manera; pero, en fin, se arregla todo. Así, digo, que si bien no puedo tener el gusto de comer con ustedes, por haber comido ya, picaré de vez en cuando, y en realidad viene á ser lo mismo.

—Como usted quiera, señor don Roque.

Y el señor don Roque dejó pasar la sopa, que no le gustaba, y después agarró un tenedor y trinchó media perdiz, que se comió en dos bocados. Después en cuatro más despabiló dos truchas, y en seguida comenzó á tragar albondiguillas como quien echa cartas al correo. Y con los demás platos sucedió lo mismo; las más suculentas tajadas se las comió él: y como tragaba mucho y deprisa dejó á media ración á la familia y á los convidados.

Cuando llegaron á los postres y se sirvió el café, mi señor don Roque tomó también de todo, y aún se sirvió dos tazas, mientras con fruición saboreaba un soberbio habano, mirando desvanecerse el aromático

humo suave que en fragante nube,
en leves ondas á perderse sube:

como dijo Espronceda, persona que indudablemente entendía de estas cosas y de algunas más.

El señor don Roque, después que hubo llenado el buche y dejado medio sin comer á la familia, siempre picando y picando, se despedía ya para retirarse, cuando don Juan, el dueño de la casa, le dijo con reposado acento:

—Una palabra. Oigame usted, mi señor don Roque. En esta su casa comemos siempre á las ocho en punto; y cuando usted quiera honrarnos, hallará su silla y su cubierto puesto á la mesa... para comer, se entiende; pero lo que es para picar, váyase usted á la plaza de los toros.

* *

LAS INDIRECTAS DEL P. COBOS

En Sanlúcar de Barrameda había un convento, y en el convento unas tres docenas de frailes, y al frente de ellos un prior, ó abad, ó como se llame, que era hombre de talento, estudioso y de no comunes virtudes. Como de esto hace siglo y medio próximamente, supongo que el tal prior habrá muerto y que Dios le tendrá en su santa gloria. Amén, y por allá nos aguarde muchos años.

Pues como á nadie le faltan contrariedades ni mortificaciones, aunque sea fraile y prior por añadidura, sufríalas también el de Sanlúcar de Barrameda. Una de ellas consistía en no poder trabajar para cierta obra teológica, muy sutil y extensa y profunda, que desde mucho tiempo atrás andaba meditando. Porque las horas que su grave cargo le dejaba

libres, que eran las de la tarde, las malgastaba y perdía sin fruto alguno, y no ciertamente por pereza propia, sino por impertinencia del prójimo, ó de varios prójimos, que para el caso es lo mismo. Apenas se hallaba recogido en su celda, con la ancha mesa cubierta de libros foliados y registrados, de cuadernos, apuntes y otros papeles, cuando con la puntualidad de un cronómetro llegaba un señor de los más estirados y principales de la población, y después otro, y luego un tercero, y tras él un cuarto, menos cuando venían de dos en dos ó los cuatro juntos. Estos señores formaban la tertulia del venerable prior, con quien solían tomar el rico chocolate acompañado de tiernos bollitos, y charla que charla se pasaban allí las horas y las horas. Claro es que entretanto no adelantaba la redacción de la obra teológica un solo párrafo, ni una línea siquiera, lo que exasperaba al buen fraile, viendo pasar días, semanas y meses sin conseguir expresar por escrito los doctos y cristianos pensamientos que le bullían dentro de la cabeza. En vano pretextaba leves indisposiciones, ó guardaba casi absoluto silencio con la mira de alejar á los importunos visitantes, pues éstos no se iban, y al contrario, le abru-

maban á preguntas y consejos higiénicos y medicinales: por donde resultaban todavía más importunos, pesados y empalagosos.

El prior llegó á cargarse de verdad con aquellos postemas; pero no se atrevía, siendo señores tan virtuosos y principales, á despedirlos, ni todavía menos á molestarlos con algún desaire para que se fuesen y le dejasen libre su tiempo. Y si proseguían visitándole, como era de temer, el comenzado libro no se acabaría nunca.

Revolviendo en su magín tales pensamientos, llegó á comunicarlos cierto día con el P. Cobos, que á la sazón estaba de turno desempeñando la portería del convento. Era el tal P. Cobos hombre desenfadado, ingenioso, alegre, que todo lo hallaba muy fácil y llano, y que por nada del mundo se apuraba jamás. Para todo encontraba al punto salida y remedio. Por lo que, al escuchar las quejas del prior, no pudo menos de sonreirse maliciosamente dándose golpecitos en la panza, que no era pequeña, y diciendo cuando le tocó hablar:

—Pues, señor, vaya un apuro. ¡Que todos sean como este! Déjelo su paternidad á mi cuidado: yo le aseguro que esos caballeros ó cataplasmas no volverán á molestarle.

—Pero tenga mucha circunspección, her mano, que son señores muy virtuosos y principales, y no es justo ni conveniente ofenderlos. Quizá lo más prudente sería procurar alejarlos, no con aspereza ni de frente, sino así... vamos... con tiento... como quien no quiere la cosa... de una manera indirecta...

—¡Ya lo creo! Eso mismo estaba yo pensando. Su paternidad me conoce muy bien y hasta me adivina las ideas. Repito que lo mejor es dejarlo á mi astucia; yo para estas cosas tengo una maña... Vamos, de fijo que no vuelven.

—Bien, bien. Pero no pierda de vista, hermano, que esos señores son muy delicados y aun algo quisquillosos, por lo cual conviene proceder con mucho pulso... y dejando entender... así... de una manera indirecta...

—Vaya su paternidad descuidado, que en esto de las indirectas quizá no haya en el mundo quien pueda competir con el P. Cobos.

Después de la mencionada plática pasáronse ocho días sin que ninguno de los visitantes apareciese por la celda del prior, que en aquel tiempo pudo trabajar y escribir á sus anchas; de modo, que la obra adelantaba rápidamente con grande alegría del autor.

Aunque se hallaba muy satisfecho al verse libre de las cuotidianas visitas, no dejó de extrañar que tan de repente hubiesen concluido, atribuyéndolo al ingenio y maña del padre Cobos, por lo que solía murmurar frotándose de júbilo las manos:

—¡Es mucho hombre ese P. Cobos! Parece francote y rudo, mas ya veo que es sutil como punta de aguja y un diplomático de los más finos. Pero, ¿de qué ardid se habrá valido para alejar á esos moscones?

Y aguijoneado por la curiosidad mandó llamar al P. Cobos y le rogó que le explicase la astucia y estratagema con que logró tan pronto y feliz resultado.

—Pues muy fácilmente, contestó con la mayor sencillez. ¿No me encargó su paternidad que les diese á entender de una manera indirecta...

—Cierto. Así se lo recomendé.

—Pues aquella misma tarde vinieron, como de costumbre, dos de los tertulianos, y les canté con mucha suavidad esta copla: «De parte del prior les digo que son ustedes unos gorrones y unos postemas, que vienen á gastarle el chocolate y el tiempo, y que hagan el favor de no volver á poner aquí los pies.»

A los pocos minutos llegaron los otros dos tertulianos, les repetí la misma indirecta y se fueron. Y hasta se me figura que no vuelven.

—¿Qué han de volver? ¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Pues vaya unos miramientos! Mucha, pero muchísima razón tenéis, hermano: para indirectas no hay en el mundo otro P. Cobos.

* *

EL GLORIA PATRI

CUENTAN que Godoy, cuando estaba en la cumbre del poder y en lo mejor de su valimiento, protegió y favoreció pródigamente á sus antiguos camaradas los guardias de corps. Á dos ó tres de ellos los envió de embajadores, á otros los hizo gobernadores y hasta virreyes, y no pocos fueron de canónigos á diferentes catedrales.

Uno, que era algo místico y no sin razón presumía de teólogo, tuvo una canongía en Sevilla.

Meses después de estar instalado en su canongía, escribió á una señora íntima suya, que vivía en Madrid.

En la carta encarecía y ponderaba, como es justo, el esplendor y la hermosura de la gran ciudad del Bétis, contaba lo bien que le

iba en su nuevo empleo y residencia y afirmaba que no dejaba nunca de asistir á coro, rezando, cantando y alabando á Dios en compañía de los otros canónigos.

Luego añadía como cosa que le había chocado en extremo y que era digna de memoria:

—Aquí todo se reza en latín menos el *Gloria Patri.*

*

DOÑA BISHODIE

Al ir á confesarse una beata se jactó mucho con el Padre de que sabía rezar en latín y le rogó que le hiciese rezar algo en dicha lengua.

—Pues diga usted el Padre Nuestro: le dijo el Padre.

La beata empezó á rezar, trabucándolo todo é inventando un latín verdaderamente fantástico é inaudito:

El Padre la oyó con paciencia hasta que la beata llegó á decir:

—Don Cotidiano, doña Bishodie.

Interrumpió entonces la oración y dijo al Padre:

—Todo lo comprendo, pero no caigo en quien pueda ser esta doña Bishodie.

—Sí, hija mía contestó el Padre: es muy sencillo; la mujer de Don Cotidiano.

*

TOMANDO LAS ONCE

Años hace que en una fresca y espaciosísima bodega de Sanlúcar de Barrameda, acostumbraban á reunirse todos los días, en punto de las once, el dueño de la finca y cuatro ó seis amigos, todos ellos gente acomodada y que ya había pasado de la primera juventud.

Poco antes de aquella hora, la mujer del bodeguero, que, entre paréntesis, era una real moza, sobre una mesa de pino ordinario, tan limpia como una patena, colocaba dos platos llenos de aceitunas manzanillas, partidas y en adobo, tres docenas de cañas, más que mediadas, de ámbar líquido, tapadas cada cual con su correspondiente rueda de salchichón de Vich, y tres roscas pequeñitas, de la última hornada, blandas como bizcochos y tostadas por las ó en las *suegras*. Arrimaba

luego, en torno de la mesa, sillas de enea y se salía á la puerta á esperar á los *ceñores*.

El primer convidado que llegaba siempre era el tío Marmolillo. Saludaba á la moza con el invariable «Dios guarde á usted, *ceñá* Josefa»—dejándose atrás una imperceptible miradita de torero huído.—Ella contestaba: «Venga *usté* con Dios, *ceñón* Cristóbal»; no parando mientes al parecer en el *timo* del gitano, y nuestro hombre, tomando asiento á respetable distancia de la mesa, cruzaba las piernas, metía las manos en los bolsillos del marsellés y seguía fumando imperturbable un puro de á tres cuartos, que jamás se le caía del ángulo de los labios.

La mujer, no obstante estar convencida de que el *señón Cristóbal* la miraba con buenos ojos, no intentaba jamás sacar conversación, mientras llegaba el amo con los otros amigos, por dos razones: primera, por ser ella muy honrada, y segunda, por no machacar en hierro frío. El tío Marmolillo debía el apodo á su mutismo característico. Sólo de vez en cuando, y después de pincharle mucho, solía soltar una sentencia breve y siempre originalísima que comentaban luego sus amigos en paseos y tertulias.

Sirvan de muestra:

«Las mujeres hay que tomarlas como buen tabaco; apurarlo hasta la colilla y cuando se quema uno los *deos* la tira y en paz... á otra *ú* á otro.»

«La política es *sensia* de *disfrasar* los *prensipios pa* asegurar el *puchero*.»

«*Er* Congreso es una mala barbería llena de sanguijuelas.»

«*Er* vino es lo mejor de la tierra, porque el tiempo no *pué* con él; mientras más viejo, más mozo.»

El tío Marmolillo había sido contrabandista, luego catador de vinos, y por último, con algunos ahorrillos, vivía solo, y retirado de todo comercio y oficio, cultivando un huerto de su propiedad en las afueras de la población. Ni envidioso ni envidiado, saludaba á todo el mundo y tenía pocos amigos. Éstos se lo rifaban tratando siempre de *buscarle la boca*.

Los contertulios fueron llegando aquel día uno á uno, ó por parejas, siendo de los últimos el dueño de la casa y el padre Almunia, ecónomo de la parroquia mayor del pueblo, gran cazador y muy tentado de la risa, con ser sacerdote ejemplar. Iba á la bodega todos los días—aunque jamás *tomaba las once*—por

ser muy amigo del amo y su capellán; pero si no hacía gasto alguno de líquidos ni de sólidos, en cambio derrochaba el ingenio y solía ser el inventor de las inocentes bromas que, en aquella tertulia, se daban al gitano *para oirle*.

Cada cual ocupó su sitio de siempre, el Padre bendijo la mesa y comenzó el cañeo y la sabrosa plática sobre mil asuntos pasados, presentes y futuros.

El tío Marmolillo, como de costumbre, no desplegó los labios sino era para tragar de golpe el contenido de su caña ó una rueda de salchichón.

A una señal del Padre Almunia, que no pasó inadvertida para el gitano, dijo el amo de la casa, encarándose con la buena moza que servía la mesa:

—Josefa, tráete unas cañitas de la solera que me enviaron de Montilla el año pasado..., de la que regalé unas botellas al Padre Almunia... ¿sabes?

—Ya sé, señorito; *deseguida* vienen.

—¿A ver qué tal le parece á usted ese vino, Cristóbal?

—«Vamos á ver y á beber»—respondió éste.

El gitano se habia ya *jumao la partia* de que iba á hacer el gasto por cuenta del cura y decidió no dar su brazo á torcer.

Asi es que nada dijo del *espejo* ni de la *nariz* del vino, aunque uno y otro no le parecieran muy católicos. Vió que todos bebian, y allá fué al estómago su caña, como cubo vertido en sumidero.

Todos los ojos estaban fijos en el tio Marmolillo, que no obstante su firme propósito, hizo una mueca horrible. Garraspeó después con fuerza, se limpió los labios con un inmenso pañuelo de yerbas que sacó del marsellés, volvió á coger el puro que había dejado en el borde de la mesa, dió dos chupadas, sacudió la ceniza con el dedo meñique, y retrepándose en la silla, dijo con mucha calma:

—Dígame su *mersé, Pare* Almunia, ¿aprovecha el *orsequio* del señor D. Paco *pa desir* misa?

—¡Hombre, no! ¿Por qué lo decía usted?

—Lo *isia* porque si tiene pensamiento de *celebrar er* Santo *sacrifisio* con este vino, *ú* lo que sea, no va á *poer* rematar la *sirimonia.*

—¿Y por qué razón?

—Porque *anigual* del cuerpo y la sangre

de Nuestro Señor Jesucristo (aquí se descubrió el gitano) va á *jayarse* su *mercé* en el fondo *der* Cáliz un alcaparrón *aliñao*.

***

EL ANIMAL PRODIGIOSO

DESDE una pequeña aldea de Aragón vino á Madrid un hombre muy observador, aunque rústico, y que por primera vez viajaba.

Cuando volvió á su tierra, le rogaban todos que les contara lo que de más notable había visto.

Contaba él infinitas cosas, muy menudamente y con gran exactitud y despejo; pero lo que más había llamado su atención y lo que más le había sorprendido era un animal, que describía de esta suerte:

—Imaginen ustedes un cochino enorme, doble mayor que un toro, con un rabo muy grueso y con un gancho en la punta del rabo. Con aquel gancho coge nueces, manzanas, naranjas, racimos de uvas, pedazos de pan y

otros comestibles, y luego, á escape, se lo mete todo en el trasero.

Nadie en el lugar quiso creer en tan extraño fenómeno, pero el viajero juraba y perjuraba que le había visto y aun se enojaba de que no le diesen crédito sus paisanos.

Resultó de esto una acalorada disputa.

Un anciano muy prudente imaginó, para que resolviese la disputa y los pusiese en paz á todos, ir á consultar al cura párroco, que era letrado y tenía fama de entendido.

Llegados á la presencia del cura, el viajero hizo nuevamente la descripción del animal prodigioso.

El auditorio, apenas acabó, se puso á gritar:

—¡Es grilla! ¡Es grillla!

Y el cura dijo entonces:

—Qué ha de ser grilla: es un elefante.

LA KARABA

HABÍA en la feria de Mairena un cobertizo formado con esteras viejas de esparto; la puerta tapada con no muy limpía cortina: y sobre la puerta un rótulo que decía con letras muy gordas:

LA KARABA

SE VÉ POR CUATRO CUARTOS

Atraídos por la curiosidad, y pensando que iban á ver un animal rarísimo, traído del centro del Africa ó de regiones ó climas más remotos, hombres, mujeres y niños acudían á la tienda, pagaban la entrada á un gitano y entraban á ver la Karaba.

—¿Qué diantre de Karaba es esta? dijo enojado un campesino. Esta es una mula muy estropeada y muy vieja.

—Pues por eso es la Karaba, dijo el gitano: porque araba y ya no ara.

*

LAS CASTAÑAS

El día de difuntos salió muy de mañana á misa una linda beata, que la noche anterior, según es costumbre en la noche de todos los Santos, se había regalado, comiendo puches con miel y muchas castañas cocidas.

Como era muy temprano y apenas clareaba el día, la calle por donde iba la beata estaba muy sola. Así es que ella, sin reprimirse, con el más libre desahogo y hasta con cierta delectación, lanzaba suspiros traidores y retumbantes, y cada vez que lanzaba uno, decía sonriendo:

—¡Toma castañas!

Proseguía caminando: soltaba otros suspiros y exclamaba siempre:

—¡Las castañas! ¡Las castañas!

Un caballero, muy prendado de la beata, solía seguirla, hacerse el encontradizo, oir misa donde y cuando ella la oia, y hasta darle agua bendita al entrar en la iglesia, para tener el gusto de tocar sus dedos.

Iba aquel dia el caballero tan silencioso y con pasos tan tácitos detrás de la beata, que ella no le vió ni sospechó que viniese detrás, hasta que volvió la cara, poco antes de entrar en el templo.

—¿Hace mucho tiempo que viene usted detrás de mi? dijo muy sonrojada la linda beata.

Y contestó el caballero:

—Señora, desde la primera castaña.

*

NO PUEDE SER

El señor marqués de Roblegordo había pasado la noche en el suntuoso baile que dió en su casa-palacio el representante ó embajador de una Potencia de primer orden. Había regresado á su domicilio al clarear el alba, se desnudó y lavó antes de entregarse al descanso, y á eso de las diez de la mañana dormía profundamente con el tranquilo sueño de los justos.

Pero á esa misma hora de las diez de la mañana sonó en la puerta un violento campanillazo: y como no acudiesen pronto á ver quién llamaba de tal manera, volvió á sonar con más fuerza la campanilla. Acudió, por fin, un criado que abrió la puerta, y hallóse frente á un hombre muy alto, muy seco, muy arrugado, muy pobre y casi tan negro como

el raido traje que llevaba encima. Este extraño visitante preguntaba con mucho empeño por el señor marqués.

—Sí, señor, está en casa; pero se acostó muy tarde y se halla descansando.

Insistió el visitante, y el criado firme en no permitirle entrar; mas fueron tan vivas sus instancias y se prolongaba tanto el diálogo, que acudió también el ayuda de cámara, quien, vencido al fin, y creyendo el asunto de mucha urgencia y sumo interés, hizo entrar al desconocido, le preguntó su nombre y le dejó en una salita para que allí esperase. Al cabo de más de media hora, soñoliento y mal humorado apareció el marqués envuelto en elegante bata y dijo á mi héroe:

—Aunque acabo de oir su nombre, es como si nada hubiese oído. ¡Fernández!... ¿Quién no se llama Fernández? ¡Pues hay pocos Fernández en el mundo!

—Tiene muchísima razón su excelencia, porque hay Fernández de Córdoba, Fernández de Avila, Fernández de Molina, y además...

—Bueno, bueno: dejemos los Fernández, suprima usted el tratamiento, y veamos pronto qué se le ofrece.

—Muchas gracias: yo he venido á visitarle, por haber creído que usted me llamaba.

—¿Qué yo le llamaba? ¡Pero, hombre de Dios, si no le conozco! ¡Si nunca le ví hasta hoy!

—Es decir, que me llamaba de un modo indirecto.

Y sacando del bolsillo un periódico y desdoblándolo, colocóse las gafas y leyó lo siguiente:

«El señor marqués de Roblegordo, para »viajar por naciones extranjeras, desea la »compañia de un joven soltero, que hable »italiano, francés, inglés y alemán, y que »sea persona de buena conducta. Se reciben »informes en casa de dicho señor marqués, »calle de Tal, núm. tantos, etc.» Y añadió:

—¿Tengo la honra de hablar con el señor marqués á quien se refiere el anuncio?

—Sí, señor.

—Pues yo, señor marqués, debo manifestarle que no quiero viajar por naciones extranjeras, ni soy joven, ni soltero, ni entiendo esos laberintos de lenguas; y por consiguiente, no puede ser que yo le acompañe en su viaje.

—Pero, hombre de Dios...

—Nada, nada: le repito que no puede ser, que no puede ser.

Y calándose el sombrero, le volvió la espalda, dejándole estupefacto.

**

LA COL Y LA CALDERA

Un muchacho gallego, que estaba en Sevilla sirviendo en una tienda de comestibles, era íntimo amigo de un gitano calderero, á quien siempre que con él salía á pasear, ponderaba la fertilidad de Galicia. Sus frondosos bosques; sus verdes praderas, cubiertas de abundante pasto, donde se crían y ceban hermosos becerros y lúcias vacas que dan mantecosa leche; y la rica copia de flores, frutas y hortalizas que hay allí por donde quiera, valían mucho más, según el gallego, que los áridos cortijos, que las estériles llanuras sin árbol que les preste sombra y sin chispa de hierba, y que los sombríos olivares y viñedos de Andalucía.

Entusiasmado cierto día el galleguito, comparando la ruindad y pequeñez de las plan-

tas andaluzas con la lozanía y tamaño colosal de las de su tierra, llegó á hablar de una col que había crecido en un huertecillo cultivado por su padre. La col acabó por tener tales dimensiones que, en el rigor del estío, venía una manada de carneros á sestear á su sombra y á guarecerse de los ardientes rayos del sol.

Mucho celebró y admiró el gitano la magnificencia de la col gallega y no pudo menos de confesar que el suelo andaluz era harto menos fértil y generoso en lo tocante á coles.

—Por eso, decía el gitano, si los andaluces siguiesen mi consejo, descuidarían la agricultura y se dedicarían á la industria que empieza ya á estar muy en auge. Por ejemplo, en Málaga, donde hace poco tiempo que estuve yo para cierto negocio, ví, en la ferrería del Sr. Leria, una caldera que estaban fabricando, y que es verdaderamente un asombro. ¡Jesús! Yo no he visto nada mayor. Figúrese usté que en un lado de la caldera había unos hombres dando martillazos y los que estaban en el lado opuesto no oían nada.

—¿Pero hombre, dijo el gallego, para qué iba á servir esa caldera tan enorme?

—Para qué había de servir, contestó el gitano: para cocer la col que su padre de usté ha criado en el huerto.

EL CONSONANTE

OBSEQUIABA y pretendía cierto elegante é inspirado poeta á una viuda guapa, alegre y discretísima.

A menudo iba á visitarla. Se entusiasmaba mucho, le echaba mil piropos, le declaraba su atrevido pensamiento y le rogaba no fuese con él dura de corazón.

La viuda se sentía halagada, pero como no amaba al poeta y no quería ceder, aunque tampoco quería despedirle, le traía entretenido y embelesado, valiéndose para ello de mil retrecheras habilidades.

Un día, el poeta, estando á solas con la viuda, se entusiasmó de tal suerte y habló con tan vehemente y fervorosa elocuencia, que lo más sonoro y florido de lo que tenía en las entrañas se le extravió y se le escapó

traidoramente por otras vías y conductos, retumbando como un trueno.

Es indescriptible el sonrojo que tamaño percance causó al vate enamorado. Trató, sin embargo, de disimular y de hacer creer que el ruido era de otro género y había sido causado por la silla en que se sentaba.

Entonces movió la silla de mil suertes y la arrastró contra el suelo, procurando en balde producir un ruido algo semejante al que tanto le avergonzaba.

Viéndole la viuda en aquella inquietud y en aquella brega, tuvo compasión de él y le dijo con amable sonrisa:

—No se canse usted, mi querido poeta: es imposible: no encontrara usted el consonante.

*

EL CANTO GANGOSO

La madre abadesa no consideraba que el canto era bastante devoto y sentido cuando no era muy gangoso también, especialmente al terminar cada frase.

Las novicias y las monjas jóvenes se obstinaban, sin embargo, en querer lucir la voz y en no ganguear.

Cierto día que estaban en el coro, cantaron sonoramente y sin que el aire pasase por las narices:

...—*¡Per omnia sæcula sæculorum!*

Y notando la abadesa que no la obedecían, dijo gangueando y algo enojada:

—¡Niñas, un poco de más narices en el *culorum!*

*

UN REFRÁN MAL APLICADO

EL Capitán general de Granada era viudo, ya muy viejo y lleno de achaques y dolencias de que solía lamentarse recordando sus mocedades verdes y lozanas.

Por lo demás era difícil hallar más cumplido caballero, más aficionado al trato de gentes y más ansioso de complacer á todo el mundo y de ganar amigos.

Todas las noches había tertulia en su casa é iban á ella los oficiales de la guarnición, los señoritos mejor educados de la ciudad y no pocos estudiantes forasteros de buena familia.

La noche se pasaba agradablemente en animada conversación y jugando al tresillo, para lo cual había tres ó cuatro mesas.

Á veces se convertía la tertulia en concier-

to ó en baile. Una señora anciana de título hacía los honores; acudían muchas señoras y señoritas y se cantaba ó se bailaba.

Como el Capitán general era muy estimado en la corte, S. M., sin que él lo pretendiese, quiso premiar sus altos merecimientos y servicios y le concedió el Collar de Carlos III.

Nadie en Granada dejó de alegrarse con este motivo por lo muy simpático que era el Capitán general.

La noche que se supo que había sido condecorado, acudieron á su tertulia, ansiosos de darle la enhorabuena, más personas que de costumbre.

Siguiendo el Capitán general la que hemos dicho que tenía, de lamentarse de su ancianidad y de sus males, dijo, en medio de un corro que le estaba felicitando:

—Profunda es mi gratitud al gobierno de S. M. por la prueba que acabo de recibir de su benevolencia para conmigo; pero ¿de qué me sirven tantos honores y distinciones cuando estoy ya con un pie en el sepulcro?

Un candoroso mayorazguito, que amaba en extremo y admiraba al Capitán general y que tenía siempre empeño de apoyar cuanto

decía, corroborando sus dichos, sentencias y razones con otras que á él le parecían venir muy á cuento, exclamó entonces, tomando con efusión entre sus manos la noble diestra del ilustre guerrero:

—Sí, mi querido general, *al asno muerto, la cebada al rabo.*

*

CHARADAS

En la misma tertulia del ya citado Capitán general, se entretenían una noche las señoritas y caballeros jóvenes en ponerse charadas.

Estaba allí un estudiante de leyes, que iba ya á graduarse de Licenciado, y que era guapo y listo, si bien poco dichoso en amores.

Entre las señoritas presentes, así por lo graciosa como por lo coqueta sobresalía doña Manolita. Nuestro estudiante la había requerido de amores, y ella, durante algún tiempo, le había querido ó había fingido quererle. Después le había dejado por otro. De aquí que el estudiante estuviese con ella, y no sin razón, algo fosco y rostrituerto.

Le llegó su turno de poner una charada y le excitaron para que la pusiese.

El estudiante, encarándose con doña Manolita, la puso en estos términos.

—Mi primera y mi segunda, lo que es usted; mi tercera, lo que usted me dice; el todo, lo que yo siento.

En vano se calentaban la cabeza todos los del corro. No pudieron adivinar la charada y se dieron por vencidos. El estudiante entonces explicó la charada de esta manera:

—Mi primera y mi segunda, lo que es usted, *infier:* mi tercera, lo que usted me dice; *no:* y el todo, lo que yo siento; *infierno.*

La charada fué muy aplaudida por los circunstantes; pero doña Manolita tuvo alguna turbación y se sonrojó. Procuró, sin embargo, mostrarse fría, tranquila é indiferente, y para ello puso también su charada, que fué como sigue:

—Mi primera y mi segunda, una ninfa; mi tercera, un signo de música; mi cuarta, otro signo de música; y el todo, una cosa que he hecho muy bien en el día de hoy.

El auditorio no fué más feliz con esta charada que con la del estudiante quejoso. Doña Manolita tuvo también que explicarla y dijo:

—Mi primera y mi segunda, una ninfa; *Eco:* mi tercera y mi cuarta, dos signos de

música; *mi, do:* y el todo, lo que he hecho muy bien hoy; *he comido.*

Y doña Manolita recalcó el *he comido* para que todos, incluso el estudiante, comprendieran que no había perdido el apetito y que no le importaban nada los celos y las quejas de aquel pretendiente abandonado y burlado.

*

BAGAJES

LLEGÓ el batallón á un lugarejo y el sargento Pulido se fué en derechura á casa del Alcalde á pedirle bagajes y raciones para el día siguiente.

El Alcalde dijo:

—Póngalo usted por lista á fin de que no se me olvide.

El sargento escribió entonces en un papelito la cantidad de raciones que necesitaba, y en punto á bagajes, añadió luego: *un mulo, mi capitán: otro mulo, mi teniente: tres cadetes, tres borricos: total, cinco bestias.*

*

INTERPRETACIÓN DE UN TEXTO LATINO

En la huerta de un convento de monjas y colegio de educandas, había unos cuantos perales que estaban cargados de exquisita fruta.

Siempre que podían las novicias, cuando el viejo hortelano se descuidaba y no las vigilaba, iban á los perales y se comían las peras.

Enojada la madre abadesa, las reprendió calificando de hurto, y, por consiguiente, de acción muy fea lo que habían hecho.

La más desenfadada y picotera de las novicias se atrevió á responder entonces:

—Pues no será tan malo eso de quitar peras, cuando en la iglesia cantamos casi de diario: *qui temperas...*

—Es cierto, replicó la madre abadesa, pero también añade el sagrado texto *rerum vices*, raras veces.

LAS ÚLTIMAS DEL TÍO TABIQUE

El Tío Tabique estaba muy malito y, como sintiese que se acercaba su última hora, rogó encarecidamente á María Antonia, quien iba á quedar muy pronto viuda, que fuese á llamar al alcalde y al escribano y que no se volviera sin ellos, por amor de Dios.

Mucho trabajo costó á la pobre gitana acarrear á casa del moribundo *cañi* á personas de tanta suposición en el pueblo y á las que tanto había dado que hacer el Tío Tabique. ¡Pero quién es tan duro de entrañas que resista al ruego de un moribundo!

Entrados que fueron en la miserable alcoba el alcalde y el escribano seguidos de María Antonia, que berreaba como un añojo cuando pide teta, el gitano entreabrió los oji-

llos lacrimosos y con voz de cañuto machacado dijo:

—«Dios se lo premie á sus señorías... tengan la cariá de allegarse á mi cama cada uno por un lao, y así el Señor les dé la gloria por la buena obra que conmigo hacen.»

Aquí el Tío Tabique se detuvo un momento para tomar resuello, mientras que los visitantes le complacian sin explicarse aquel capricho...

Al fin concluyó:

—«La Virgen Santísima les dé alegría y onzas, porque, teniéndolos así á mi vera, ca uno á un lao, muero como su bendito hijo *entre... dos lairones.*»

***

EL NIÑO Y EL TORDO

El caballo alazán con sólo verlo estaba vendido, pero el tordo tenía más resabios que el capitán de los granujas que forman en Málaga «La partía de la tizne», tan famosa en los anales de los Juzgados de... todas las instancias.

Con ser así, D. Nicomedes no era hombre de los que se ahogan en un charco: llamó á Paulilla, su hijo, y le previno que no bien llegase el Mayorazgo—tratante famoso de un pueblo vecino—que venía á mercar el tronco, rompiese á llorar diciendo al mismo tiempo:

—¡Yo no quiero que se venda el caballo tordo... yo no quiero que se venda el caballo tordo...!

Como D. Nicomedes había previsto, al gitano le chocaron en seguida los llantos y ruegos del muchacho.

—¿Dígame su mercé y por qué toma esa tarea el churumbelito?... «Yo no quiero que se venda el tordo... yo no quiero que se venda el tordo...»

—«Hombre, como es un animal tan noble y bien andado que se puede llevar un vaso de agua en la mano sin que se derrame cuando uno monta en esa buena bestia, tan agradecida al pienso que come, el muchacho siente que salga de casa, pero si á usted le conviene y lo paga bien, dispuesto estoy á vendérselo haciendo un sacrificio.»

Por fin, que, después de muchos dimes y diretes, el Mayorazgo cargó con la segunda edición de la jaca de Gonela y D. Nicomedes se quedó como gallina sin pepita.

Dos días más tarde llamó el gitano de nuevo á la puèrta del caballero, y éste, entre sonriente y cuidadoso, salió á recibirle suponiendo de corrido á lo que venia.

—¿Vamos hombre, qué te trae por acá... en qué puedo servirte?

—Pues venía, señor D. Nicomedes, venía... á que su mercé me emprestase á su pijotero niño pa poé vender el caballo tordo.

***

¿ME CONOCES?

—

VÁRGAME un divé der sielo! De esta no sale el probetico. Entre usté señá Juaquina á ve si la conose... tiene ya mu turbio er sentío y la vista casi quebrá.

—¿Me conoce usté, señón Visente?

—Sí, señora, que la conozco... Joaquina la de las tinajerías. ¿Verdá?

—La mesma.

—La paz de Dios sea en esta casa. ¿Cómo sigue el enfermo... vesina?

—Acabando, Antonio, acabando. Entre usté á ve si lo conose.

—Mu güenas tardes, Visente. ¿Cómo van esos ánimos? ¿Me conose usté?

—Sí, señó Antonio.

—

—Compare. ¿Me conose usté por la voz?

—Y por la fila, comparito...

Y el gitano haciendo un esfuerzo supremo se incorporó en el camastro llamando á su mujer con voz ya casi imperceptible.

—Ven acá, Asensión. Dime, mujé: ¿Estamos en Carnaval?

***

DE LA VERGE

A las puertas del santuario de la Virgen más venerada de Cataluña, preguntaba un malagueño, derramando la vista por el paisaje, al sacristán que le servía de *cicerone:*

—Diga usted, compare, ¿de quién es aquella viña tan hermosa?

—De la *Verge.*

—¿De la Virgen?

—Sí, señor.

—¿Y el soto aquel de allá abajo?

—De la *Verge.*

—¿Y el ganado... que...?

—No se canse usted; cuanto abarca la vista es de la *Verge.*

—Pus vamos á verla.

Al salir del santuario fijóse el malagueño en un tristísimo «Ecce Homo» metido en

una urna polvorienta junto á la pila del agua bendita, y, encarándose con la efigie, exclamó en tono muy placentero:

—¡No llores hombre, no te aflijas de ese moo, quen cuantico te farte tu mare vas á ser más rico que los Larios de mi tierra!

***

MILAGRO DE LA DIALÉCTICA

De vuelta á su lugar cierto joven estudiante, muy atiborrado de doctrina y con el entendimiento más agudo que punta de lezna, quiso lucirse mientras almorzaba con su padre y su madre. De un par de huevos pasados por agua que había en un plato, escondió uno con ligereza. Luego preguntó á su padre:

—¿Cuántos huevos hay en el plato?

El padre contestó:

—Uno.

El estudiante puso en el plato el otro que tenía en la mano diciendo:

—¿Y ahora cuántos hay?

El padre volvió á contestar.

—Dos.

—Pues entonces, replicó el estudiante, dos

que hay ahora y uno que había antes suman tres. Luego son tres los huevos que hay en el plato.

El padre se maravilló mucho del saber de su hijo, se quedó atortolado y no atinó á desenredarse del sofisma. El sentido de la vista le persuadía de que allí no había más que dos huevos; pero la dialéctica especulativa y profunda le inclinaba á afirmar que había tres.

La madre decidió al fin la cuestión prácticamente. Puso un huevo en el plato de su marido para que se le comiera; tomó otro huevo para ella, y dijo á su sabio vástago:

—El tercero cómetele tú.

*

EXTRAÑA MANUTENCIÓN MILITAR

DURANTE la primera guerra civil entre isabelinos y carlistas, militaba en favor de los isabelinos una legión portuguesa, al mando de un general valeroso y grave.

Ocurrió que los vecinos de un lugar acudieron al general español, quejándose de que los soldados que estaban á sus órdenes les habían robado y se habían comido muchas docenas de gallinas. Los soldados españoles, á fin de disculparse de aquella falta que su general les echaba en cara, afirmaron que los portugueses eran quienes la habían cometido.

Habló de esto el general español al general portugués, el cual defendió con mucho calor á sus subordinados y echó la culpa á los españoles del latrocinio y de la glotonería.

El general español persistió no obstante, en defender a los suyos y en culpar a los portugueses, resultando de aquí una discusión harto vehemente.

Por último, el general portugués, lleno de indignación y furia, afirmó hasta la imposibilidad de que sus terribles soldados, tan virtuosos como sobrios y sufridos, robasen gallinas y mucho menos se las comieran:

— *Os portuguezes*, exclamó para terminar, *nao comen gallinhas: os portuguezes comen serpentes, trementina... e merda!*

*

EL ERMITAÑO Y LA PRINCESA

ALLÁ en los tiempos en que los españoles andaban por el mundo, descubriéndole y conquistándole todo, hubo un hidalgo andaluz, tan enamorado, emprendedor y pendenciero que D. Juan Tenorio, D. Miguel de Maraña y D. Félix de Montemar, eran niños de teta en comparación suya.

Peregrinó nuestro héroe por las Indias orientales y occidentales, peleó denodadamente en Hungría contra los turcos, y en Italia contra los franceses, y en todas las regiones y climas tuvo desafíos por docenas y aventuras amorosas á centenares; pero también á tan invicto guerrero y á tan irresistible galán le llegó la hora de ser vencido. Se enamoró como un tonto de la princesa de Cachimira, que era la más hermosa y gallar-

da mujer que hasta entonces se había visto sobre la tierra.

Era además tan cruda y arisca como hermosa, y por más que hizo el hidalgo seductor no pudo conseguir que ella se le rindiese.

Desesperado entonces volvió él á su patria, se internó en lo más áspero y esquivo de Sierra Morena, y determinó acabar allí su desastrada vida, arrepentido de sus pecados y haciendo ruda penitencia.

Cinco ó seis años habían pasado ya, y nuestro hidalgo, convertido en santo y ejemplar anacoreta, era asombro de los mortales, y hubiera sido envidia de los ángeles si los ángeles fuesen capaces de envidia.

Los ángeles no son capaces de tan ruín pasión, pero los demónios no cabe duda de que son envidiosos, y como tales se entristecían y rabiaban al contemplar los inauditos progresos que en santidad y en perfección seráfica iba haciendo aquel venerable siervo de Dios, que antes había sido un desalmado.

Hubo, pues, junta general de diablos y en ella se arbitraron los medios de que convenía valerse para que el anacoreta cayese en tentación y volviese á las andadas.

Era una espantosa noche de truenos, relámpagos y nieve. Los vientos rugían desencadenados. En la gruta, donde el ermitaño se abrigaba y dormía, retumbaba la tempestad. Él, sin embargo, no se mojaba, no tiritaba y estaba relativamente con cierto bienestar y reposo.

De súbito, y en el momento mismo en que el piadoso ermitaño se zurraba sin piedad con sus disciplinas, llamaron quedito á la puerta.

—¿Quién es?—dijo el ermitaño.

—Ábrame, Padre,—contestó una voz dulce y lastimera. Tenga compasión de mi y déme abrigo y un rincón de su celda donde extender mi fatigado cuerpo y descansar al menos hasta que amaine la tempestad y aparezca la aurora.

El ermitaño, lleno de misericordia, abrió la puerta y dejó entrar al peregrino que venía envuelto en negrísimo y misterioso capuz.

Ya dentro de la gruta, el peregrino dejó caer el capuz por el suelo, y á la luz de la lámpara que iluminaba aquel recinto, el ermitaño vió, con sorpresa y con terror entreverado de deleite, que tenía ante sus ojos nada menos que á la princesa de Cachimira

por la que tanto tiempo habia suspirado en balde.

Ella estaba más linda, más lozana y más apetitosa que nunca. A pesar de lo crudo de la estación, y salvo el capuz de que se habia despojado, su traje era leve, fantástico y aéreo, revelándose, á través de aquellas gasas y tules y por entre la airosa pleguería, la admirable perfección de las formas virginales y el suave color de frescas rosas que tenía su tersa tez y el limpio cutis de todo su cuerpo.

El ermitaño no pudo resistir á tan poderosos encantos. Se puso de hinojos á los pies de la princesa. Le declaró, desechado ya el santo temor de Dios, sus pensamientos más atrevidos, y ella al cabo, después de ruborizarse, de titubear y poner algunas dificultades (¿qué habia de hacer en aquella soledad?) cedió á todo y lo concedió todo.

Imposible sería y muy escabroso además describir aquí el gozo, el placer y el desvarío del ermitaño desde aquel punto hasta que rayó el alba, anunciándola con sus gorjeos los pajarillos.

La princesa de Cachimira se alzó entonces del lecho de hojas secas en que estaba recostada y se convirtió en el más feo y abomina-

ble demonio que han podido ver jamás ojos humanos.

—Te engañé,—dijo con voz bronca y feróstica; no soy mujer: soy el propio Satanás.

—Pues mira,—dijo el ermitaño, que no se arredraba ni se asustaba por tan poco—no me importa que seas Satanás, y con tal de que tú persistas en el mismo engaño, no dejes de volver por aquí cuando anochezca de nuevo.

*

HIGIENE CONYUGAL

DESPUÉS de cinco años y algunas semanas de pelar todas las noches la pava por la reja y de repetirse lo menos cinco millones de veces que se amaban furiosamente, y que no podian vivir el uno sin la otra, y la otra sin el uno, Juan y Juana se ahorcaron, quiero decir, que se casaron.

Ya él se habia agenciado un destinillo de poco pelo, que ciertamente no daba para gastar galas y coche; pero sí para el indispensable garbanzo y pagar un mezquino tugurio ó cuarto cuarto con su entresuelo y todo, desde donde se veian cruzar la calle á los transeuntes tamaños como muñecos. En cambio de tanta escalera y de tan enorme altura, tenia dicho cuarto mucha ventilación y claras luces. Aunque era pobre y estrecha la morada de los recién casados, al principio

les pareció un paraiso; después, al cabo de algún tiempo, quedóse reducida á purgatorio; y gracias si no descendió por fin á ser la propia imagen del infierno, como dicen algunos pesimistas que suele acontecer no pocas veces.

Era Juan un hombre delicado, de pecho angosto y piernas de alambre: de estos cuya débil naturaleza se pinta de un solo rasgo, diciendo que son «muy poquita cosa». En cambio, Juana era una mocetona robusta, morena, algo bigotuda, y con tan duras carnes y estirado pellejo, que sobre él y en cualquiera parte de tan gentil persona podrian matarse pulgas á uñate, cual sobre liso mármol. Como se casó verdaderamente enamorada, y su temperamento no era frío y linfático, sino apasionado y fosfórico, al poco tiempo de la boda su marido al sentarse lanzaba un ay de satisfacción, y al levantarse tenía que decir *upa;* esto es, que casi no podía tirar de los calzones. Por fortuna suya, contaba en Toledo con un pariente canónigo, que le quería mucho, le mandaba á veces dinero, y con frecuencia brindábale su casa y mesa para que fuese á pasar con él una temporada.

Hallándose Juan tan endeble, pálido y flacucho, como expresado queda, y sintiendo hacia la tisis el natural horror que tal enfermedad inspira, recordó á su tio el canónigo, pensó en irse á Toledo él solo, y como lo pensó lo hizo. Alli pasó un mes, tranquilo, regalado y contento: y fueron tales las suculentas tajadas y los tragos de potencioso vino que se echó al estómago, que á su regreso á Madrid parecía otro hombre tan distinto del anterior, como es distinto el verano del invierno. Baste decir que su mujer, muy parlanchina en ciertas ocasiones, solía decirle con frecuencia:

—Pero, Juanito, ¡qué arrogante has venido de Toledo! ¡Si parece que traes metidos en el cuerpo los doce Pares de Francia! ¡Ay, Juanito!

Lástima grande que todo en el mundo tenga fin y término, inclusa la arrogancia de Juanito, que á las pocas semanas quedábase tan desmadejado y paliducho como antes. Pero conocido y probado el remedio, cortábase la enfermedad del modo ya citado, hasta que de nuevo renacía. Ciertamente, no sentaba muy bien á Juanito el clima de la corte: estos aires del Guadarrama son funes-

tos para los hombres endebles casados con mujeres robustas y volcánicas. De modo que, en poco más de dos años, fueron cinco los viajes á Toledo; con lo que el bueno del canónigo iba cansándose ya de su sobrino, aunque admiraba su descomunal apetito y amplias tragaderas, conceptuándole merecedor, no del insignificante destinillo que en Madrid tenía, sino de ser padre guardián en un convento de frailes Bernardos ó Jerónimos.

—

Cierto día de verano por la tarde hallábase el matrimonio asomado al balcón y mirando á la calle, que era de las menos céntricas y concurridas. En aquel momento no pasaba por ella un alma. Sólo dos perros, ó dicho con más exactitud, un perro y una perra, jugaban alegremente, aunque muy desiguales en fortaleza y bríos; pues la hembra era corpulenta y retozona, mientras el macho asemejábase á los galgos del tío Linares, que para ladrar se arrimaban á la pared por no caerse. Quería el perro echar plantas como Tenorio cuadrúpedo; pero á cada empujón de su compañera iba rodando por el suelo.

No teniendo entonces Juana mejor cosa que hacer, prestaba suma atención al juego

de entrambos canes, y reía, reía de buena fe como una bienaventurada. El marido llegó á cargarse con aquella risa, que juzgaba intempestiva y necia, y preguntó el motivo de semejante hilaridad.

Y por toda respuesta exclamó Juana:

—¡Lástima es que ese perro no tenga en Toledo un tío canónigo!

**

DE CEREALES

POR la época del cumplimiento de Iglesia se fué á confesar un zagal campesino, robusto, desmadejado y al parecer bobalicón.

Hincóse de rodillas ante el confesonario, de medio lado, la cabeza baja y dos dedos metidos en la boca.

—Vamos, hijo mío, confiesa tus pecados... le dijo el padre dándole una palmadita en el cogote para animarle.

—¡Me da mucha vergüenza, pare!...

—Anda, hombre, deséchala y al grano...

—¡Algo de grano pué que haiga..., mire usted, yo soy medio tonto!...

—Mejor; las almas sencillas son más agradables al Señor; de los inocentes es el reino de los cielos. Y luego que tus pecados serán

más veniales que los de otros jóvenes avisados. Decías que ibas á acusarte de algo que tiene que ver con el trigo ó la cebada..., vamos, ¿qué te ocurre?

—Pus me acuso de que ogaño, cuando la era, me truje de la de un vecino algunos sacos de trigo á la de mi pare... ¡Ya vé su mercé... ¡como soy medio tonto!...

—Hijo mío, el pecado es grave y revela que no eres tan simplón como pareces y declaras. Dime, ¿y por qué no se te ocurrió trasladar los sacos de trigo de la era de tu padre á la del vecino?

—¡Toma! Señor cura, porque eso se llamaría ser tonto del too.

* * *

SOPAS DE AJO

—

EL saludable rostro de su ilustrísima reflejaba una placidez sin límites; su inmenso abdómen se movía de dentro afuera, en blando oleaje, y en los labios encendidos y jugosos, como guinda de Priego madura, danzaba la más condescendiente y amorosa de todas las sonrisas.

La pobre comunidad franciscana del correccional de «Los Angeles», había echado el resto para obsequiar á su prelado.

Sopas de huevo y menudillos de gallina, para los que proporcionó la primera materia una casera del marqués de Vinéllez—dueño de la quinta cercana—é hija de confesión, ella, del prior.

Mantecosas y fresquísimas truchas pesca-

das en las profundas y cristalinas pozas del Bemberón, por Juanillo el Cabrero.

Lomo en adobo de la matanza del doctor Rodríguez, gran cazador, que solía, durante el invierno, pasar alguna noche en el convento, y en todo el curso del año cuidaba de administrar la salud de los frailes, respondiendo á sus consultas desde la ciudad, ó visitándolos en caso extremo.

Un par de perdices estofadas, de las que el señor obispo no dejó sino hojas de laurel y huesos mondados, y por último, largo acompañamiento de hojaldres rellenos de polvo de batata, cabello de ángel, yemas de San Leandro y no sé cuántas confituras más.

No hay para qué decir que los suculentos *empapantes* que dejo mentados se regaron con exquisito vino de los Moriles, de aquel ya cantado por Barahona de Soto y Quiñones de Benavente, y que tampoco faltaron en calidad de *urdimbres*—como traducía una pupilera qne yo tuve en Granada—picante salchichón de Vich, aceitunas partidas y rojos pimientos de Coín.

El humo tibio del perfumado moka subia como nube de incienso á acariciar los mofletes del obispo, á quien todavía le quedaba un

rinconcillo en las profundidades insondables de la tripa, é iba rellenándolo con tiernas bizcotelas que zambullía en la taza.

El prior, en pie delante de su ilustrísima, que comía sólo, rodeado de sus familiares y de la comunidad, á derecha é izquierda de la mesa, no quitaba la vista de aquel nuevo Eliogábalo, y muy solícito respondía á sus preguntas.

Por fin se atrevió el mísero fraile á tomar la alternativa, y en el tono más reverencioso dijo:

—Con toda el alma siento—y la comunidad conmigo—no haber podido obsequiar á su ilustrísima con más ricos manjares, pero...

—¡Quiere usted callar!...—interrumpió el obispo—he cenado muy á mi gusto, y así por la calidad, cantidad y esmero en los guisos, de lomo, truchas y perdices, y la delicadeza de la repostería, deduzco que la comunidad debe de tratarse tal vez con más regalo que aquel que cuadra á su instituto. Veamos: ¿qué se come de ordinario en el convento?

—¡Señor!... respondió aterrado el mísero prior, ¡por la tarde potaje todo el año, y para cenar, sopa de ajo!

—¡Hola, hola!... ¡Con su ajito y todo! replicó el obispo engullendo la última bizcotela.

***

EL JESUS DE LA MONTAÑA

ERA D. Pedro Zurita, ricacho del pueblo, un volteriano cursi, de barbería, que digamos. Su mal ejemplo y conducta tenían preocupado al párroco D. Andrés, que era un sujeto bondadoso y excelente.

—¡Cuánto daría yo, exclamaba algunas veces, por traer al buen sendero á nuestro don Pedro!

—Pues nada más fácil, dijo el sacristán. Él atiende todos los consejos de usted. Dígale usted que esta noche venga á la iglesia y rece un credo á N. P. Jesús. De lo demás yo me encargo.

—Pero, hombre... ¿qué vas á hacer?

—Nada: ya usted lo verá. Confíe usted en mí.

Y como el sacristán era muy listo, el pá-

rroco dió los pasos convenientes y consiguió de D. Pedro la oferta de rezar no uno, sino tres credos ante el *Jesús de la Montaña*, patrono de la población.

Dos lámparas ardían ante la divina imagen. La luz de la capilla era muy ténue. El sacristán se colocó en el lugar de la efigie, vestido con su misma túnica y coronado con su misma corona de espinas de plata.

Llegó D. Pedro, que en su fondo era un buen hombre, y rezó con devoción. Miró la cara del Jesús, y creyó que el Jesús lo miraba y hasta que movía los divinos ojos. El hombre se conmovió.

—¡Dios mío! exclamó en un arranque de elocuencia nacida del corazón, ¡Dios mío! perdonadme: yo os he ofendido y os ofendo todos los días y á todas horas. Yo imploro toda vuesta misericordia, no vuestra justicia. Yo cambiaré de vida, y haré méritos para que me perdonéis. Mis culpas son grandes; son extraordinarias. Sí, Jesús mío, aquí mismo, á vuestra presencia, en esta sagrada capilla... ¡me espanta decirlo!... han sido mis amores y mis devaneos con la esposa del sacristán...

En este momento palideció la imagen

del *Jesús de la Montaña*, la cual dijo por lo bajo:

—Si yo no estuviera haciendo este divino papel, te daba ahora mismo dos navajazos que te dejaban en el sitio.

****

SAN ANTONIO

LLEVABA el Padre cuarenta minutos de predicar sobre las virtudes y méritos del glorioso San Antonio. Y como son poquísimos los sermones largos y gustosos, los oyentes comenzaron á mostrarse cansados del panegírico.

—«¿Dónde, hermanos míos, dónde colocaré yo á este santo admirable? ¿Lo pondré entre los ángeles? ¿Lo pondré entre los arcángeles? ¿Lo pondré entre los serafines? ¿Dónde, dónde lo pondré?»

. . . . . .

—Padre, exclamó un oyente, póngalo usted en este sillón, porque yo me voy ahora mismo y queda desocupado.

****

CATA-CLISMO

ERAN las tres de la madrugada. Desvelado D. Claudio y con espantosos dolores de vientre, ponía el grito en el cielo y pedía socorro.

Su nuevo criado Ramón acudió á la alcoba. El señor tenía un cólico cerrado.

Era menester abrirle.

En aquella época, el arte *clismico* estaba muy atrasado todavía. No se había inventado máquina alguna, por cuya virtud el verbo *clismar* y sus sinónimos pudiesen transformarse de activos en reflexivos. Sólo se empleaba el arma traidora que los frailes de San Juan de Dios esgrimían tan diestramente.

Atascado D. Claudio y anhelando desahogo, mandó á Ramón que, valiéndose de un arma de dicha clase que había en una alace-

na, interviniera con cierto líquido calmante y facilitara el desenlace ansiado.

Ramón preparó el líquido y cargó el arma. A la luz de un velón fijó la mirada en el obscuro *blanco* é hizo la puntería.

Pero, ¡oh maravilla! Ramón, aterrorizado, lanzó un grito, dió hacia atrás tres ó cuatro pasos y cayó por tierra sin sentido.

Asustado á su vez y sorprendido don Claudio, dijo á Ramón:

—¿Qué te pasa, hombre? ¿Qué te pasa?

—¡Ánimas benditas! contestó el criado! V. E. me miraba de tal suerte que pensé morirme de espanto.

D. Claudio comprendió entonces todo el misterio; y, para tranquilizar al criado, dijo con calma:

—Como eres nuevo en mi casa, no estás en las interioridades. Has de saber que yo soy tuerto, que tengo un ojo de cristal, que me le tragué anoche; y que ese ojo, que á mí me estorbaba y me estorba, era el que te miraba.

—Pues hagamos que salte y que sobrevenga el cata-clismo, dijo Ramón perdiendo el miedo.

*

QUEJA INJUSTA DE UNA SUEGRA

Me quieres con todo tu corazón?—Preguntó Antoñito á su novia.

—Te quiero más que á mi vida —contestó ella.

—Pues entonces, mañana te pediré á tu madre. Pronto nos casaremos.

—¡Ay que gusto!—dijo la muchacha.

Antoñito era hombre de mucha conciencia. No gustaba de engañar á nadie y menos aún á la mujer á quien adoraba.

—Antes de casarnos, le dijo, conviene que sepas un grave defecto mío. Acaso no te conformes con ser mi dulce esposa cuando lo sepas.

—¿Pues qué defecto es el tuyo?—preguntó la novia.

Antoñito, ruborizándose mucho, le contestó:

—Soy corto de cuero.

Le miró la novia con detención, halló que tenía cuero suficiente y reiteró la manifestación de su beneplácito y de su deseo de matrimoniar.

Pocos días después les echó la bendición el cura.

Al día siguiente de la boda, Antoñito recibió á solas á su madre política que deseaba hablarle en secreto.

—Mamá ¿qué se le ofrece á usted?—le preguntó.

—¿Qué se me ha de ofrecer, mónstruo?—dijo ella. Usted ha callado sus achaques y ha hecho infeliz á mi hija. Llorando á lágrima viva me lo ha contado todo. Muy bien, gallardamente se ha conducido usted mientras que estuvo despierto; pero, apenas dormido, ¡qué horror, cielos santos! Dice mi niña que se creyó en Noche-buena porque no paraba de resonar la zambomba y en el reino de Pancaya á causa de los perfumes. Si la niña hubiera sabido lo que le aguardaba, no se hubiera casado con usted. Debió usted haber sido franco y confesar su defecto.

—Pues bien le confesé, señora. Bien claro dije á la niña que yo era corto de cuero, y

siéndolo, como lo soy, apenas cierro los ojos de la cara se me abre el otro ojo y no hay medio de impedir que salgan por él truenos, relámpagos y hasta granizos.

*

NOBLES Y PLEBEYOS

POR la línea férrea de Sevilla á Cádiz y en un coche de primera, que apenas en otra nación podría figurar como de segunda clase, iban siete personas de muy distintas procedencias, señales y cataduras. Al salir de la estación del Prado de San Sebastián y mientras se divisó la esbelta Giralda hubo silencio en el vehículo; pero antes de llegar al puente de Dos Hermanas, atravesado sobre el Guadaira, salieron á plaza cestos, esportillas y fiambreras, con provisiones de comestibles y bebestibles, y cada cual procuró entretener el tiempo comiendo ó platicando, según su necesidad ó particulares inclinaciones. Todos no, que entre ellos iba un inglés seco, larguirucho y con anteojos azules; honorable señor que ni se movió del rincón donde antes que nadie se había

colocado, ni despegó los labios una sola vez durante el camino. Por lo cual sólo puede entrar en este verídico relato como comparsa ó figura decorativa, por el estilo de los maceros en el Congreso de Diputados, que mientras éstos bullen, vociferan y se revuelven hechos unos energúmenos, ellos lo presencian todo mudos é impasibles, y hasta se duermen de pie lo mismo que las grullas. Los demás pasajeros eran un clérigo anciano ya y bastante obeso, un almibarado y elegante caballerete, que se decía natural de *Valladoliz,* pero con mucha familia en la capital andaluza, un sevillano legítimo y legítimo guasón, y una madre, señora de mediana edad, que para disimular sus canas llevaba teñido el pelo de rubio, más dos hijas, ni bonitas ni feas, ni tampoco notables por otra cosa que por su excesiva impedimenta; esto es, por el increíble número de cajas de cartón, cestas, almohadillas, maletines de mano y toda clase de bultos, muy propios para ocupar sitio y molestar á los compañeros de viaje.

Quejábase amargamente el clérigo de la falta total de su dentadura, diciendo que era el mayor de los males, y abriendo las quijadas mostraba la profunda cueva de su boca,

donde, en verdad, no le había quedado ni diente, ni colmillo, ni muela, ni hueso alguno, pero sí una lengua muy expedita, pues no cesaba de hablar, y cuando ya nadie le hacía caso, pasadas algunas horas, desenvainó el breviario y se puso á rumiar latines, como si él solo estuviese en el coche. Mas por lo pronto y en primer lugar el tema de su discurso fué la dichosa dentadura.

—Desengáñense ustedes,—clamaba accionando como si predicase, no hay en el mundo cosa peor; dolores y trabajos pasan los niños para la dentición, y además peligros no pequeños, pues algunos enferman y se mueren los pobrecitos: y luego ¿para qué? Para que más adelante y andando el tiempo venga la caries, y el flemón, y el pasmo, y el mismísimo demontre, y hoy una muela y mañana un diente, pasado un colmillo, vaya desapareciendo toda la herramienta y quedándose el hombre á lo mejor convertido por esta parte en un niño de pecho. ¡Tener hambre y no poder mascar á gusto! ¿Y el hablar? Yo tenía cierta elocuencia, según decían en mi pueblo; pero hace años que dejé el púlpito, convencido de que no logro pronunciar ni medianamente, porque se me sale el aire y

las palabras suenan ininteligibles y confusas. No, pues en llegando á Cádiz, preciso es que esto se arregle: cabalmente llevo carta muy expresiva de recomendación para el Sr. Narváez, no el Presidente del Consejo de ministros, que me tiene sin cuidado y para nada me sirve, sino para Narváez el dentista, á quien he de encargar que me ponga una dentadura grande y fuerte como la de un cocodrilo; y si á mano viene, que tenga tres ó cuatro filas de huesos y se crucen y encajen bien unos en otros, por el estilo de la que gastan los perros de presa. Ya que me ha de costar los cuartos, que sea buena. ¿No tengo razón? ¡Caracoles! Esto de no poder comer es demasiada penitencia. ¿No me compadecen ustedes?

Y mientras se quejaba con semejantes lamentaciones, tragábase enormes bocados, como quien echa cartas al correo. O engullía sin mascar, ó tenía de hierro las mandíbulas y con ellas lo trituraba todo instantáneamente, pues en menos de media hora devoró un trozo de salchichón como un brazo, cinco ó seis huevos duros, un pedazo de queso, dos panes grandes y un puñado de higos; todo remojado con cierto líquido, que no debía ser

agua, según el aspecto y olor de la bota que lo contenía. Sus compañeros de viaje le contemplaban asombrados.

—Verdaderamente, Padre—díjole con tono socarrón el sevillano—que no tener dientes será para su merced una desgracia; mas para nosotros es una suerte no pequeña, pues si llega á tenerlos, de seguro nos devora á todos. No alcanzo á comprender qué falta pueden hacerle los servicios de ese Peláez ó Narváez, ó como se apellide el tal dentista gaditano de que antes nos hablaba. Yo tengo la dentadura sana y completa, y en dos ó tres días no me atrevo á consumir lo que su merced ha engullido en veinte minutos.

—¡Ay, hijo mío—contestóle el presbítero tuteándole, según costumbre de muchos ancianos con los mozos:—si me hubieses conocido en mis buenos tiempos! ¡Con decirte que dejé memoria en Aragón y Navarra, donde hay cada hombre que parece un buitre! ¿Y beber, Dios poderoso? No traga más ninguna alcantarilla en un invierno de lluvias, que yo he tragado azumbres de vino. Pero, eso sí, nunca perdía la brújula; que el perturbarse el conocimiento y salir diciendo disparates, cosa es indigna en cualquiera, y

más aún en el sacerdote. La prudencia sobre todo. Mi difunto maestro y bienhechor el P. Sempronio, que esté en Gloria, repetía muchas veces esta máxima:

Con regla, peso y medida,
pasarás aquesta vida.

Y no se me ha olvidado. Moderación y templanza. Y así vivirás largos años sobre la haz de la tierra. Precisamente ahora recuerdo que un día en Calatayud... ¿Fué en Calatayud, ó en Daroca? Pero lo mismo da para el carnero, digo, para el caso. Y el caso es que de una sentada me cené un cordero, que bien tendría de romana sus dos arrobas y media y luego...

—¡Jesucristo, que atrocidad!

—¿Qué ha de ser atrocidad, hombre? Si fué en caldereta! Aquel animalito era una bendición de Dios.

—Y ¿cómo pudo su merced apurarlo todo? ¿Le ayudaba alguien?

—Me ayudé yo mismo, á fuerza de tarugos de pan y jarros de lo añejo. Y me quedé hecho un reloj. Ya no soy ni mi sombra. Pero en cuanto me arregle la boca Narváez...

—¡Utrera! ¡Cinco minutos!—clamó una voz ronca en el andén.

Bajó del coche el presbítero y á poco volvió con un papelón de exquisitas tortas. Las ofreció á sus compañeros, que agradecieron, mas no aceptaron el obsequio, y el tren prosiguió su marcha majestuosa. Entre tanto, la plática había cambiado de tema, y ahora llevaba la voz el almidonado señorito.

—Pues, como iba diciendo, yo soy natural de *Valladoliz,* en cuya *universidaz* hice algunos estudios, hasta que me cansaron... después he pasado en Sevilla bastante tiempo. Me gusta Sevilla... hasta cierto punto ¿eh? Para ser una capital de provincia, ¿eh? Claro, que no puede compararse con *Madriz;* pero también tiene su poquito de aristocracia. Y esto hay que mirarlo despacio, pues no conviene tratar con todo el mundo. ¡No faltaba más! Aún hay clases... ¿No le parece, eh?

—¡Ya lo creo, respondió con sorna el sevillano; y tantas como hay! Precisamente, acabo de terminar mi carrera, y estoy de clases hasta la coronilla. Clase de griego, clase de árabe, clase de literatura española, de metafísica, de historia, clase de...

—Hombre, no hablo yo de esas clases aca-

démicas, que me importan muy poco; sino de las clases ó categorías por donde se divide la sociedad en nobles y plebeyos... ¿eh?

—¡Ya! Eso es muy distinto.

—Y tengo el honor de pertenecer á la primera categoría, es decir, á la aristocracia. Como que mi escudo ostenta un león rampante sobre campo de gules...

—¿Un león ambulante... en un campo de baúles? Pues estará gracioso—exclamó el cura que iba medio dormido, y empezó de nuevo á dar cabezadas.

—Este señor clérigo ha de ser algo sordo y no se ha enterado bien. Pues sobre el escudo hay un casco adornado de lambrequines...

—Sepa usted, caballerito, que no soy sordo —replicó el aludido con alguna aspereza, pues, con efecto, era de oído torpe.—Sepa usted que lo escucho todo; lo mismo eso del león ambulante, que lo del barco de adoquines con que nos sale ahora.

Y el feliz comentador de la heráldica dió media vuelta, reclinó la cabeza sobre un cogín, y de esta vez quedóse inmóvil y con la bocaza abierta respirando como un fuelle.

El partidario de los blasones se vió algo desconcertado con esta nueva interpretación,

que hizo sonreir á las señoras; mas luego, encogiéndose desdeñosamente de hombros, prosiguió con su tema.

—No todos tienen obligación de conocer la ciencia heráldica, aunque es tan útil como profunda. Iba diciendo que las personas esclarecidas y de excelso linaje deben de vivir en la corte, donde están los reyes, los príncipes y la grandeza: y no en una capital de provincia, por hallarse en tal caso dentro de un círculo mezquino... ¿eh? Y aunque sólo sea por aburrimiento, casi siempre concluye el noble avillanándose y tratando con la gentuza... ¿eh?

—Ciertamente; eso está muy puesto en razón, y yo pienso lo mismo. El noble no debe rebajarse nunca. ¡Tratar con la plebe! ¡Pues no faltaba más? Hasta ahí podían llegar las bromas. ¡Carambita, pues si sólo de oirlo se me subleva el hipérbaton y me pongo trémulo!

—Ya había yo conocido que es usted de prosapia ilustre y me lo confirma su generosa indignación ante la sola idea de alternar con la canalla. A mí me apesta, ¿eh? Si yo hubiese nacido plebeyo tendría un disgusto atroz. Mas por fortuna, vengo en línea recta del solar de Zurrapantagoitia, de los Zurra-

pantagoitias legítimos de Vizcaya, que tal vez conozca usted de nombre por su alta alcurnia.

—¿Pues no los he de conocer? Y mucho. Si apenas se habla de otra cosa en el mundo que de los blasones, títulos, fueros y preeminencias de esos señores Espantagoitias. Puede que haya en Sevilla algunos de ellos.

—Con el mismo apellido, no; pero hay varios personajes que son oriundos del mismo solar y casa, y se honran con escudo de armas igual ó muy semejante. Vea usted: el Excelentísimo Sr. Arzobispo metropolitano es primo carnal de mi señora abuela; el Excelentísimo señor Capitán general es mi tío, como el Presidente de la Audiencia y el marqués del Pendón Verde; la condesa del Pájaro Fresco es cuñada de mi señor padre; de mis dos hermanas, una está casada con un Embajador plenipotenciario y caballero de la Real Maestranza de Ronda, con voz y principal asiento en el capítulo; la otra con un exguardia noble del Pontífice Pío IX, que lleva el título de barón de Jerusalen; y además tengo hermanos, primos y allegados que son grandes de España, generales, brigadieres, caballeros de Santiago, etc., etc. Se me figura

que estoy bien emparentado, ¿eh? Y usted, ¿tiene familia en Sevilla?

—Sí, señor; y ya que de alcurnias hablamos, le diré que aún viven mi abuelo y mi padre: dos hombres de los que más ruido han hecho en el mundo.

—¡Pues, qué! ¿Han sido príncipes, embajadores ó...

—Nada de eso; no van por ahí las aguas. Mi señor abuelo fué durante más de veintiocho años tambor de un regimiento; ya puede usted calcular si en todo ese tiempo habrá metido estruendo tocando marchas y redobles. En cuanto á mi señor padre, fué y es todavía maestro calderero; por cierto que en poniéndose á trabajar con sus oficiales, la casa y la calle parecen una Babilonia, y hay que hablar á gritos porque nadie se entiende. En cuanto á los demás parientes, son bastante ilustres y numerosos; tengo dos hermanos, uno bodegonero y otro secuestrador en despoblado; mi hermana la mayor guisa mondongo en la plazuela de la Alfalfa; la otra se casó con un gitano que vende y cambia y roba y esquila burros y está á lo que sale; mis tíos, que son el pregonero y el verdugo, continúan sin novedad; y también hubo en mi familia cua-

tro ó cinco ahorcados, y hay ahora unos ocho ó nueve cumpliendo sus condenas con mucha honra en diferentes presidios.

—¡Jesús, qué gentuza! ¡Ay, qué familia tan indecente!

—Pues, so tío embustero, si usted se ha llevado lo mejor, ¿qué me va á quedar á mí, sino las zurrapas?

El cura, que parecía dormido y no lo estaba, la señora y sus hijas soltaron una carcajada colosal, viendo terminado el curioso diálogo con tan estupenda salida. Únicamente el inglés conservó su impasible seriedad, bien por no comprender nuestro idioma, ó por ser inglés legítimo de la propia Inglaterra.

Con grande oportunidad sonó entonces el pito; contuvo el tren su marcha y á los pocos minutos paró en la estación de Jerez de la Frontera. El aficionado á los blasones y pergaminos cambió de coche para librarse de la rechifla y ponderar á otros las excelencias de su estirpe y linaje; mientras el guasón del sevillano, el desganado presbítero y las señoras seguían hasta la hermosa Cádiz, haciendo sabrosos comentarios de la estupidez y vanidad humanas.

* *

LOS EMIGRANTES

EL barco de vapor había tocado en varios puertos de España cuando abandonó definitivamente la península dirigiéndose á Buenos Aires. El patrón, ya en alta mar, hizo que se presentasen sobre cubierta los numerosos emigrantes de diversas provincias, contratados y enganchados por él para que fuesen á fundar una colonia en la República Argentina.

Al pasar aquella revista, era su intento confirmar los datos que ya tenía y formar uno á modo de empadronamiento, inscribiendo en él los nombres y apellidos de los colonos que llevaba y los oficios y menesteres á los que cada cual pensaba y podía dedicarse. Fué, pues, preguntando sucesivamente á todos. Uno decía que iba de carpintero; otro, de herrador; de zapatero, otro; de albañiles, seis ó siete; tres ó cuatro, de sas-

tres, y muchísimos, de jornaleros para las faenas del campo.

Apoyado contra el quicio de la puerta de la cámara de popa estaba un mozo andaluz, alto, fornido, de grandes y negros ojos, de espesas patillas, negras también, y de muy gallarda presencia. Iba vestido con primor y aseo, con el traje popular de su tierra; pero su porte era tan majestuoso y era tan reposado y digno su aspecto, que, más que trabajador emigrante, parecía príncipe disfrazado.

Con gran curiosidad de saber á qué oficio se dedicaría aquel Gerineldos, el patrón se llegó á él y empezó el interrogatorio:

—¿Como se llama usted, amigo?—le preguntó.

Y contestó el mozo andaluz:

—Para servir á Dios y á usted, yo me llamo Narciso Delicado, alias Poca-pena.

—Y ¿de qué va usted á Buenos Aires?

—Pues toma... ¿de qué he de ir? De poblador.

El patrón le miró sonriendo con benevolencia y no pudo menos de reconocer en su traza que el hombre había de ser muy á propósito para tan buen oficio.

*

MUERTE DULCE

DICEN que los pecadores empedernidos, y más todavía los grandes criminales, tienen un miedo espantoso á la muerte; mientras que los justos la esperan con tranquilidad, y aun suelen desearla para irse á gozar el premio de sus virtudes en la eterna bienaventuranza. Algunas escepciones debe de sufrir esta regla, porque mi heroina no era malvada, ni siquiera viciosa, y casi, casi puedo asegurar que no tenia pecados, como no fueran pecadillos veniales, de los menos censurables y más ligeros; y sin embargo, la sola idea del sepulcro la horrizaba y causaba escalofrios, poniéndole carne de gallina y los pelos de punta.

Esto de los pelos de punta parece impropio tratándose del bello sexo, que suele te-

nerlos muy largos y muy dificiles de erizarse; pero así vulgarmente lo dicen, y no pretendo ahora desterrar modismos, ni reformar el diccionario.

Doña Virginia Perpetua del Rosal, que así se llamaba mi heroína, era una señorita de abolengo, solterona y cotorrona, y tan pequeña y enjuta de carnes, que más bien que mujer, parecía un muñequito. Si no en ella, en otra muy semejante debió de pensar el malicioso Arcipreste de Hita cuando escribió: *De las propriedades que las duennas chicas han*, con símiles tan adecuados y con tanta lozanía de ingenio. Por aspirar á lo mejor, se había quedado sin lo bueno mi señora doña Virginia Perpetua; y luego, aspirando á lo bueno se quedó sin lo mediano; y cuando con lo mediano iba ya conformándose, hubo de perderlo todo y quedarse sin nada. Es decir, que le pasó lo que á otras muchas hembras ambiciosas y fantásticas. A los quince años sueñan con un emperador, infante ó príncipe con manto de púrpura ó corona de oro y pedrería, montado en soberbio corcel y escoltado por séquito numeroso de brillantes caballeros. Mas el príncipe no parece por el mundo, y el tiempo corre y llega la joven

á los veinte años; entonces modera y rebaja algún tanto sus pretensiones matrimoniales, y aceptaría por esposo un general, un título de Castilla, ó un banquero archimillonario. Tampoco se presentan los generales, títulos ni banqueros, y también el tiempo infatigable va pasando, pasando sin consideración alguna, y viene la primera cana, y entonces la orgullosa beldad quisiera casarse con un empleadillo de diez ó doce mil reales, y aunque fuese con el mismo demonio con su rabo y sus cuernos. Esto, como queda dicho, le ocurrió á mi señora doña Virginia Perpetua. Y viéndose ya en la aborrecible categoría de solterona, metióse en un convento, no en clase de monja profesa, sino como *señora de piso,* según llaman á las seglares que viven en conventos pagando un tanto por su hospedaje. Pero en vez de divagar, conviene ceñirse al asunto.

Y el asunto, ó por lo menos su raíz y fundamento, es el terror invencible de Virginia, lo mucho que sufría su espíritu, no ya con la idea de su propia muerte, sino también con la de la muerte ajena. Sólo de ver pasar un entierro, emboscada tras de la espesa celosía, que es el observatorio de las hembras que en

clausura viven, experimentaba un susto mediano y hasta mudaba de color, poniéndose tan amarilla como el que iba dentro de la caja.

No le faltaban para su mortificación achaques y dolencias; que estas empedernidas solteronas, estas plantas sin riego, raras veces alcanzan vigor y lozanía. Pero gracias á que en el empíreo debe de existir un colegio entero de abogados, ó una facultad completa de medicina. ¿Sentía dolor de muelas? Encomendábase á Santa Polonia. ¿Molestábala alguna vez tenaz carraspera, infarto, angina ó dolor en la garganta? Pues al bendito San Blas con las súplicas y rezos para buscar el inmediato alivio. Cuando tuvo un ojo bastante malo y colorado como un tomate, recurrió á Santa Clara, Santa Odilia y Santa Lucía, oculistas insignes; durante la epidemia del cólera morbo no dejó descansar á San Sebastián ni á San Caralampio; si tuvo tercianas, acudió á Santa Petronila; si quemaduras, al bendito mártir San Lorenzo; si había tormenta y estallaba un trueno, invocaba á gritos la protección de Santa Bárbara, y aun se me figura que si como era reclusa y beata, se hubiese dedicado á criar cerdos, no habría

dejado tranquilo á San Antón Abad, disparándole cada día un aguacero de súplicas y peticiones.

Mas aunque existan en el cielo todos estos santos y otros muchos, de los cuales cada uno tiene su especialidad terapéutica y milagrosa, no sabía Perpetua que hubiese ninguno capaz de evitar á sus devotas el último trance. Por lo cual encomendábase fervorosamente á Jesús y á la bendita Virgen, no para librarse de la postrera agonía, sino para que ésta fuese poco dolorosa y lo más tranquila posible; lo que se llama una buena muerte. Y tanta era su ansiedad y tan fijo estaba su pensamiento en este punto final, que antes se hubiese caído una estrella del firmamento, que olvidarse de empalmar diariamente algunas docenas de padre-nuestros pidiendo siempre lo mismo:—«Señor, dadme buena muerte».

Y como pobre porfiado saca mendrugo, á fuerza de rezar y pedir consiguió su objeto, que, después de todo, era inofensivo y en nada perjudicial á la fe católica ni á las regalías de Su Majestad. Porque cierta noche y después de las oraciones acostumbradas, iluminóse de súbito la celda con luz vivísima

como si hubieran encendido quince ó veinte quinqués del último sistema, y al son armonioso de músicas invisibles apareció tocando apenas con los blancos pies en el suelo un ángel bajo la figura de hermosísimo y vigoroso mancebo; con cuya vista excusado es decir que la avellanada solterona abrió más ojos que tiene el puente de Alcolea, no por nada, sino porque á todos nos gusta lo bonito. Y dijo el ángel:

—El Señor ha escuchado tus súplicas, y me envía para que tú misma escojas el género de muerte que menos te aflija y espante. El que tú elijas, ese tendrás; yo te lo aseguro.

Y viendo ya pasada media hora larga sin que ella encontrase muerte á su gusto, ni aun dijese «esta boca es mía», embelesada y absorta contemplándole, entabló el siguiente diálogo:

—Vamos, vamos, que es tarde y tengo que hacer. Yo iré preguntando y tú me responderás. ¿Quieres morir de una aneurisma al corazón?

—¡Ay, no, ángel mío; que esas cosas del corazón deben de ser terribles!

—¿Y de calenturas?

—Tampoco.

—¿Y de resultas de una caída?

—Tampoco.

—¿Y de repente?

—Menos todavía.

—¿Y de viruelas?

—¡Jesús, eso no! ¡se pone tan fea la cara!

—¿Y de una pulmonía?

—Nunca; no lo permita el Señor.

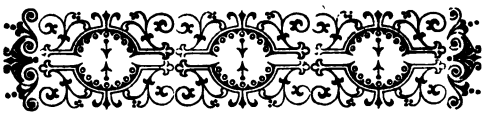
Y así fue enumerando la mar de enfermedades y dolencias, sin que ella encontrase árbol donde ahorcarse, hasta que, ya algo amoscado, tuvo de golpe una idea chusca, y mirándola dulcemente añadió:

—Vamos á ver, y acabemos este asunto: óyeme y piénsalo bien. ¿Quieres morir de parto?

Y entonces, relamiéndose como gata golosa y fingiendo que se ruborizaba, contestó la solterona:

—¡Ay, ángel mío! Hágase en mí tu voluntad... y pronto.

* *



LA CONTRASEÑA

DOÑA Catalina, mi pupilera, estaba siempre muy débil y tenía que alimentarse amenudo en pequeñas dosis, cumpliendo así una prescripción facultativa.

Por ello, no bien cayó el telón, cogió de la mano á Ciprianito y salieron, aprovechando el entreacto y acompañados de un amigo, á tomar emparedados en la pastelería vecina.

El portero, con finísimos modales, alargó una contraseña á la ilustre matrona, y ella, después de pagar la fineza con sonrisa de almíbar, le preguntó:

—¿Y para el niño no tendrá usted la bondad de proporcionarme otra cartulina?...

—¡Oh, señora!... no hace falta... cuando ustedes vuelvan ya le reconoceré.

—Da las gracias más expresivas á este ca-

ballero, hijo mío—exclamó la dama—tambaleándose de emoción y con los ojos húmedos, —porque ofrece hacer contigo lo que no he podido conseguir jamás de tu padre.

***

UNA PREGUNTA

ERASE el tiempo de Semana Santa, y en un pueblo de Aragón, no tan grande como para ser llamado ciudad, ni tan pequeño como para calificarlo de aldea, celebraba la iglesia los oficios religiosos correspondientes á tan memorables días. Para mayor lucimiento había costeado el municipio la venida de tres ó cuatro predicadores famosos. Cada cual de ellos debía desarrollar un tema desde el púlpito, trabajando en competencia.

Los primeros sermones gustaron mucho á todos, y el mismo alcalde, frotándose de júbilo las manazas, solía exclamar:

—Carillo nos cuestan; pero aunque costaran el doble, estarían los dineros muy bien empleados. ¡Rediós, qué voces, qué manoteos, y cuántos latines saben estos curas!

Llegó el día de presentar á la consideración de los fieles el sangriento drama del Calvario. Aunque el asunto era trilladísimo, y tal vez por esta razón misma, el orador esforzábase para darle interés y novedad en cuanto fuese posible. Después de ponderar el amor inmenso de Jesús hacia los hombres y la vil traición de Judas, que le entregó á sus enemigos, entró de lleno en el asunto con el relato de las injurias y malos tratamientos sufridos por el Redentor con tanta humildad y paciencia. A medida que hablaba, ibase entusiasmando con sus palabras mismas, le centelleaban los ojos, sonaba su voz como una trompeta, y aunque hombre de gran estatura, todavía entonces parecía mayor cuando al señalar con su largo brazo el banco donde estaban el alcalde, los concejales y otros prohombres del pueblo, exclamaba impetuosamente:

—Por vuestros pecados, por vosotros, sí, por vosotros, los infames judíos prendieron á Cristo y le ataron sin piedad y escupieron su divino semblante.

Por vosotros le dieron de bofetadas.

Por vosotros le arrancaron sus vestiduras para mayor vergüenza y escarnio.

Por vosotros le azotaron, por vosotros pusieron clavada en su cabeza la corona de espinas.

El alcalde, cargado ya de que el predicador le señalase á él, se levantó y con alta voz le dijo:

—Y por usted, padre cura, ¿le dieron confites?

* *

EL ANGEL

I

ALLÁ por los años de cincuenta y tantos se hospedó en la mejor fonda de Málaga un inglés rico y que viajaba por gusto y no para remendarse los pulmones con el aire de La Caleta, como la mayor parte de los que, de la rubia Albión, vienen á invernar á la morena y salerosa ciudad fenicia.

A la falda de Gibralfaro permaneció el viajero, como cosa de un mes, atracándose de sabrosos boquerones, fritos en forma de abanico; y de higos chumbos, de los que sin cultivo alguno brotan y se desarrollan, pletóricos de mieles y pipas, en los nopales que bordean las arroyadas del *Camino Nuevo*. También dejó transcurrir las horas muertas viendo en la playa tirar del copo á los atezados jabegotes y en las calles y plazas cernir

las bien moldeadas caderas á las mocitas malagueñas que, por la mañana y tarde, entran y salen en las fábricas de hilados ó en los almacenes propios para las faenas de la vendeja.

No porque el inglés se aburriese un momento en aquel paraíso, donde el cielo y el suelo son inmejorables, siquiera el entresuelo sea medianillo, sino porque el tiempo y el dinero, presupuestos para la expedición, iban ya pasando y mermándose bastante, y aún quedaba mucho por ver, decidió nuestro hombre despedirse de la vieja Alameda, de los risueños ventorrillos de La Caleta y de la adorada Virgen de la Victoria, poniendo el rumbo á la *ciudad de las mil torres* y de la Alhambra.

Decidido ya el viaje, ocurrió al inglés el más extravagante de todos los caprichos. Quería trabar relaciones, de cerca, con alguno de los muchos bandidos en cuadrilla que pululaban por la *Serrania de Ronda*, por los *Dientes de la Vieja*, á orillas del Genil en las inmediaciones de Jauja y de Badalatosa, ó entre los olivares de Benamejí y de Lucena. Se le habia metido entre ceja y ceja la idea de dejarse robar, hasta cierto punto, y sin ser maltratado ni detenido en su viaje más

del tiempo que fuese preciso para efectuar el desbalijamiento.

Dió cuenta de aquella solemne extravagancia al intérprete de la fonda, que á todas partes le acompañaba, y éste, discípulo sin duda aventajadísimo de un centro docente parecido á la Academia de Monipodio, encontró la cosa muy mollar.

Caminante, que así se llamaba el intérprete, dijo al inglés que se comprometía á proporcionarle *un ángel* que le sirviera de guía y custodia durante el viaje, pudiendo asegurarle que iría *indultao*, de forma que el propio Juan Palomo, el Bizco del Borge ó el mismísimo José María, rey de Sierra Morena y cifra de los *caballistas*, se tendrían á raya de salir al camino, y sobre todo de pasar á mayores, en el momento que viesen á Manolito.

No comprendió el inglés qué relación pudiera haber entre la Corte Celestial y los bandoleros en cuadrilla, chocándole mucho el nombre que Caminante diera al guía.

Entonces aquél le explicó que *ángeles* llaman, en aquel país, á ciertos *caballistas* ó bandidos jubilados, que alcanzaron el indulto ó cumplieron la condena en presidios, y que acaban sus días acompañando á los

viajeros por los caminos, evitándolos malos pasos ó defendiéndoles contra los salteadores.

Esta conversación se mantuvo á los postres del almuerzo y aquella misma noche Caminante llevó al inglés al famoso «cafe de Siete Revueltas» donde conoció á Manolito.

Era el tal un hombrecillo rayano en los dos duros y medio, de la estatura de un perro sentado, muy limpio y afeitadísimo, fuera de las patillas en forma de pellejos de breva. Hablaba poco y muy despacio, sin quitarse jamás el puro de la boca, la que, no embargante vicio tan arraigado, conservaba fresca y limpia.

En cosa de media hora nuestro inglés—que ya entendía bastante el castellano... que se habla en Málaga y algunas palabras del caló—por boca de Caminante, informó á Manolito del caso. No hay para qué decir que ya estaba él al cabo de la calle, merced á una entrevista que había tenido aquella siesta con el intérprete.

Confirmó aquél las seguridades que éste diera al inglés, trazó luego con un lápiz sobre el mármol de la mesa el itinerario del viaje, marcando trochas, puentes, desfiladeros, ríos, arroyos, posadas y hasta las encinas, cantade-

ros de cucos, y llegó por último á tratar de *la dolorosa*, como llaman los chulos madrileños á la cuenta, cuando la piden, en los viveros de la villa ó en la taberna, después de una *juerga*.

Bastaba que Caminante hubiera mediado en aquel asunto para que Manolito no se mostrase exigente, así dijo, y comenzó á pedir. De cuenta del *ceñor* sería todo el gasto en la posada, para él y su bestia, como es natural y corriente. Luego, en concepto de dietas, honorarios ó como se conviniera en llamarlos, percibiría una onza de oro todos los días que durase la expedición, y mil reales más al dejar á su *mercé* sano y salvo en *Graná*.

Carillo le pareció su antojo al inglés, pero como los servicios de Manolito eran también muy extraordinarios y no había dónde elegir quien le sustituyese en tan arriesgada empresa, después de ligeras vacilaciones y de discutirse pormenores, el extranjero dijo que aceptaba.

Con lo que es óbvio que comenzó á realizar su capricho, saliendo ya del café medio robado.

II

Caía la tarde. Manolito, con el retaco atravesado sobre el borrén delantero de la silla arroyal, se adelantó un poco para entrar el primero en un puentecillo asombrado por altos chopos, pero el caballo del inglés que había tomado ya querencia al otro, no se quedó atrás.

El jinete tampoco trataba de refrenarlo, é iba distraído y silencioso, respirando con fruición la brisa vespertina, saturada de los sencillos y salutíferos perfumes de muchas hierbas montaraces.

De pronto la jaca de Manolito, reparándose, dió una huída de costado, atropellando á la montura del inglés, quien en poco estuvo que no viniese al suelo de latiguillo. Casi simultáneamente se escucharon el piñoneo de una arma de fuego y una voz bronca y firme que gritaba:

—«¡Alto y á tierra!»

Manolito no aguardó á que le repitiesen la orden.

En cuanto al inglés, tardó un poco en obedecerla, presa de emoción, pues al fin tenía ante los ojos á un bandido de cuerpo en-

tero, en el traje y hechuras que tantas veces le habían entusiasmado, ya malamente impresos á la cabeza de romances callejeros, ya coloridos chillonamente en las cajas de pasas.

Patillas de boca de hacha, completa vestimenta cordobesa, buen caballo con arreos á la jerezana, descomunal trabuco naranjero... ni un pormenor de los legendarios faltaba al capitán, quien en voz baja y con gran laconismo dió sus órdenes á otros dos bandidos, también jinetes, que le seguían.

Echaron éstos pie á tierra, ordenando á los viajeros que los siguieran, apartándose un poco del camino.

Ni el capitán de la cuadrilla, que se quedó de centinela á la entrada del puente, ni sus dos subordinados dieron muestras de conocer á Manolito.

Este seguía impasible, y el inglés con cara de gran satisfacción no le perdía de vista.

Ni uno ni otro opusieron la menor resistencia á que los bandidos les maniatasen y desabrocharan los pantalones para que les sirviesen de grillos.

Tomadas tan oportunas precauciones, un ladrón se apartó de los prisioneros y se puso

de centinela junto á los cuatro caballos, mientras su camarada comenzó á oficiar de empleado de consumos.

Los maletines del inglés y de Manolito, de las grupas de las monturas, con el retaco del *ángel,* se trasladaron á los caballos de los cuadrilleros. Hecho esto, comenzó el registro personal de pies á cabeza, y ni borra quedó en los bolsillos de los pobres cautivos.

Aquello no era lo tratado: se había convenido en que Manolito se opondría á que el inglés fuese desposeído de sus alhajas, papeles y ropa interior, y la broma iba ya siendo muy pesada.

No quería el viajero desprenderse del reloj de bolsillo que valía poco, pero que él estimaba mucho por ser recuerdo de familia; así es que comenzó á defenderse como pudo, encogiéndose y dando al bandido encontronazos con los hombros y tratando de morderle, mientras en voz baja exclamaba de cuando en cuando:

—¡Má...nolito! ¡Má...nolito!...

Como diciendo: «Bueno está lo bueno, y haga usted que termine ya la comedia.»

¡Que si quieres!... Manolito no se daba por entendido.

—¡Que te cayes inglés, y estáte quieto, si no te voy á mechar la barriga con esta lengua de vaca... no llames más á Manolito, ¡permazo!

Dijo el de consumos, y el interpelado, á la vista de la temible navaja de muelles, enmudeció, entregándose por completo.

Con lo que el registro y saqueo terminaron sin más incidentes.

Entonces los ladrones, después de desatar á Manolito, montaron de nuevo, se reunieron al capitán y, metiendo espuelas, se perdieron de vista, cruzando las camadas de los olivares.

No hay para qué decir que el inglés, cuando el *ángel* le puso en libertad, en la lengua de Shakespeare, en la de Cervantes y en dos ó tres más, le puso como manto de seminarista, afeándole en todos los tonos su inicuo proceder al dejarle indefenso y burlado.

Trataba el *ángel* de calmarlo, mas con pacíficos ademanes y medias palabras que con razones, pero como viese que todo era inútil, alzó también el gallo, y dijo muy alterado:

—¡Vaya... ya se me ajumó el pescao! Si su *mercé* no está satisfecho de mis servicios, me paga dos rubias á razón de cuarenta y ocho

horas que llevamos de viaje y busca otro que lo acompañe ó se va solo á Graná. El trato es trato y yo no farté á él porque soy un *cabayero*, ¿estamos? Yo me comprometí á defender á su *mercé* de *ladrones de verdá*, si allegaban á propasarse; y esos que mus hemos encontrao eran unos *rateriyos* de mala muerte, unos sinvergüenzas, indirnos de que yo me diese dos puñalaitas con eyos... ¡por eso no me conocían!

***

LA CONFESIÓN REITERADA

ESTABA un día el Padre Jacinto en el confesonario. Había oído ya los pecados de once ó doce penitentes, les había dado la absolución, se encontraba fatigadísimo é iba á levantarse, cuando acudió á la rejilla una mujer muy guapa, pulcra y elegantemente vestida y al parecer de poco más de treinta años.

Desde luego el Padre la halló simpática, y, movido su corazón por la simpatía, no quiso negarse á escucharla.

La dama, hasta entonces no conocida del Padre, le dijo que permanecía soltera y que vivía con su anciana madre viuda, á quien amaba en extremo y se esmeraba en cuidar.

Eran madre é hija señoras principales pero pobres, y vivían con recogimiento y en cierta estrechez decorosa.

Todos los pecadillos que la dama confesó al Padre eran tan leves y veniales, y le fueron confesados por ella con tal candor y con gracia tan inocente, que el Padre, en el fondo de su alma, hubo de calificarla no sólo de graciosa y discreta, sino de casi santa. Creyó, pues, inútil el trabajo que ella se había tomado en decir su confesión y el que se tomaba él en oirla. Aprobó, no obstante, y celebró aquel trabajo, hallándole grato y ameno.

Eran tan pequeñitas las faltas de la dama que el Padre, á pesar de su severidad, apenas creia que debía imponerle más penitencia que la de rezar un padre-nuestro.

Se disponía ya á imponérsela y á echarle la bendición, cuando la dama, despúes de larga pausa y silencio, muy ruborizada y como quien vacila, dijo con voz dulce y temblorosa:

—Padre, me avergüenzo de pensar que estoy engañando á usted. Usted me creerá buena y virtuosa, pero es porque no le he dicho un pecado muy grave y mortal que pesa sobre mi conciencia y que la abruma. Menester será que yo se lo diga, aunque me apesadumbre y me cause extraordinario sonrojo.

—Sí, hija mía, al confesor no se le debe ocultar nada: habla con franqueza.

—Pues ya que es menester ser franca, ha de saber usted que, hará ya doce ó trece años, cuando yo aún no había cumplido los dieciocho, estuve prendada de un primo mío, teniente de infantería. El también me amaba de corazón, pero ni él poseía más bienes que su carrera ni yo contaba con más riqueza que la paga de huérfana que había de perder casándome. Aunque muy de veras lo deseábamos, conociendo él y yo que el casamiento no podía ser, nos habíamos resignado sin perder la esperanza de que viniesen para nosotros mejores días y de que nos fuese más propicia la fortuna. En busca de ella y en cumplimiento de su deber, mi primo tuvo que irse á Cuba, donde la guerra civil ardía entonces. La víspera de su partida, que debía ser por la mañana temprano, mi primo estuvo en casa á despedirse de mi madre y de mí.

Estábamos entonces en Cádiz.

Como mi madre había notado nuestra mutua inclinación y la desaprobaba porque no podía terminar bien, y porque soñaba para mí con mejor partido, nuestra despedida no pudo ser en su presencia todo lo expresiva y

cariñosa que mi primo y yo deseábamos. Y aquí empiezan mis deslices y mi culpa: yo consentí, cediendo á los ruegos de él, en volver á verle aquella misma noche cuando mi madre estuviese dormida, y en hablarle, saliendo á un balcón del entresuelito en que vivíamos.

Abrí en efecto el balcón á altas horas de la noche y cuando mi madre dormía profundamente. Mi primo estaba en la calle aguardando mi salida. La pálida luz de la luna iluminaba su hermosa cara. En la calle, poco concurrida de ordinario, no parecía nadie á aquellas horas. Considerando muy incómodo hablarnos desde lejos, él, que era ágil, apoyándose en una reja del cuarto bajo, se encaramó hasta el balcón, por más que yo lo repugnaba y mostraba disgusto y miedo. Ya puesto él en la parte exterior del balcón, temimos que alguien pasase y le viese. Hubiera sido un escándalo. A fin de evitarle, mi primo, con la misma agilidad que había desplegado para subir, saltó irreflexivamente por cima de la baranda y penetró en el cuarto, que era el mismo en que yo dormía. El terror que me inspiraba el paso que acabábamos de dar y la honda pena que él y yo sentíamos al

pensar que íbamos á separarnos para siempre, nos movió, sin la menor malicia y premeditación de mi parte, á abrazarnos y acariciarnos con suave abandono. Y como yo vertía muchas lágrimas, él las secaba con sus labios sobre mis mejillas. Luego, no sé como, natural y sencillamente, se encontraron y se unieron nuestras bocas. Y por último, Padre, ¡qué vergüenza! aquello fué un delirio, un frenesí de amor, un deleite que me pareció como del cielo; una estrechísima unión de nuestros dos seres y una íntima fusión de nuestras dos almas, que duró hasta rayar la aurora. Mi primo tuvo entonces que irse. Nos hicimos mil juramentos de fidelidad. Yo, en el momento de partir él, aún le retenía y le apretaba entre mis brazos y me le comía á besos. Pero la separación fué inevitable. Mi primo salió para la Habana dos horas después de haber cometido juntos él y yo tan horrible, dulce y largo pecado. Espantosa fué mi desventura. Sin duda fué castigo del cielo. Mi desdichado primo, á los pocos días de llegar á la Habana, murió de la fiebre amarilla. No acierto á ponderar el inmenso dolor que se apoderó de mi alma. Mi único consuelo, lo confieso, era recordar que yo ha-

bía sido suya; retraer al pensamiento embelesado todo el encanto, toda la enajenación, todo el éxtasis celestial que embargó mis potencias y mis sentidos cuando me entregué á él por entero, sin que quedase prenda mía que yo no le diese.

Suspiró la penitente, se humedecieron con lágrimas sus hermosos ojos y quedó en silencio.

El padre Jacinto le rompió diciendo:

—Grave y mortal fué tu pecado, hija mía, Pero lo peor y más grave es que le hayas tenido oculto durante trece años sin confesarle hasta ahora.

—Pero Padre, dijo la dama, si yo acudo lo menos veinte veces al año al tribunal de la penitencia y jamás he dejado de confesar en él este pecado mío.

El Padre echó sus cuentas y dijo:

—Hace trece años; veinte por trece doscientos sesenta; pues hija, lo has confesado y te han absuelto doscientas sesenta veces.

—Pues yo creo, Padre, replicó ella, que si me dura la vida, pasarán las veces de dos mil, porque el recuerdo de mi pecado me enamora y el referirle me encanta, y este ena-

moramiento y este encanto constituyen, sin duda, un pecado nuevo.

—Sí, hija mía, le constituyen: Yo te absolveré ahora. Procura tú olvidar tu pecado y no le cuentes más.

—¡Ay Padre, no puedo!

—Entonces, ¿qué le hemos de hacer? Ven cuando gustes á contármele. Yo le oiré (procurando, añadió el Padre entre dientes, que á pesar de mis sesenta años no despierte en mí la envidia) y siempre te absolveré, porque Dios es misericordioso.

*

ACERTIJO

EL muchacho había demostrado la más supina ignorancia del Ripalda; ni de los Mandamientos, ni del Credo, ni de los Artículos de la fe, respondió una palabra. El confesor, escandalizado, le dijo en agrio tono:

—¿Entonces qué es lo que tú sabes, hijo?...

—¿Yo, Padre?... lo que puede que no sepa su mercé...

—¿Sí, hombre? ¿Vamos á ver lo que tú sabes y yo ignoro?

—¿A qué no sabe usted, Padre, cuando Nuestro Señor Jesucristo tenía catorce años, para qué iba?

—Hombre no caigo en ello, ni recuerdo que la Sagrada Escritura diga nada de eso.

—¿No?...Pues iba *pa* los quince.

* * *

EL PADRE POSTAS

El Padre Postas fué un capuchino famoso por sus predicaciones.

Las anécdotas y graciosos dichos, que de él se refieren, son innumerables.

Le apellidaban el Padre Postas porque, cuando se entusiasmaba en sus sermones y quería ponderar la violencia y rapidez con que los demonios se llevan al infierno á los pecadores empedernidos, decía, ya que entonces no había aún ferrocarriles, que se los llevan en postas, y para explicarlo mejor, montaba á caballo en la delantera del púlpito, agitaba el cordón que ceñía sus hábitos como si fuese un látigo y le crujía y daba golpes diciendo: «arre, arre.»

Se cuenta que una vez, hablando contra los juegos de azar y envite, á los que en secreto

era harto aficionado; se entusiasmó y manoteó con tanta furia, que se le escapó una baraja que llevaba escondida en la manga, y desparramados los naipes salieron volando y cayeron al suelo. Pero el Padre, no sólo salió del apuro, sino que se valió de aquel accidente para que fuese su plática más conmovedora, porque dijo con gran presencia de espíritu:

—Ahí los tenéis; ellos son uno de los instrumentos más ingeniosos de que se vale Satanás para cautivar las almas; ellos son la perdición de las familias, etc.

Predicando otro día en favor del ayuno y censurando á las damas remilgadas y melindrosas que no ayunan porque padecen del estómago y se ponen flacas, aseguró que él ayunaba de diario y que por la gracia de Dios estaba fuerte como un roble. Se remangó entonces la manga, enseñó desnudo el poderoso brazo derecho, digno del propio Hércules; y mostrándosele al auditorio, exclamó:

—¿Qué os parece? Ya véis que no estoy delgado.

Mil cosas más pudiera yo contar del Padre Postas, pero no quiero cansar ni escandalizar á los lectores, los cuales suelen tener la perversa costumbre y peor inclinación de supo-

ner picardía ó malicia hasta en las cosas más sencillas é inocentes. Me limitaré, pues, á citar aquí ciertas frases del Padre Postas, que son entre todas las suyas las que más impresión me han hecho.

Predicaba en la iglesia de Santa María de Gracia y decía en el exordio:

—Pedir gracia en casa de María de Gracia es albarda sobre albarda. De ella necesito. Ave-María.

Claro está que el de ella se refiere á la gracia y no á la albarda, y quien entienda lo contrario pecará de malicioso.

*

EL RELÓ NUEVO [1]

HALLÁBASE tan malo, ruin, viejo, gastado y mohoso el reló de la población, que más que reló parecía una matraca.

Gracias al cuidado del campanero de la parroquia, Sr. Pepe Moreno, que llevaba treinta años de cuidarlo y arreglarlo cuando había sol, calculaban los vecinos, con diferencia de treinta ó cuarenta minutos más ó menos, la hora en que vivían.

El Concejo acordó comprar un reló nue-

(1) Este cuento es rigorosamense verdadero. El señor Pepe Moreno vive y bebe. Al señor D. Eduardo Benot le agradó y le sorprendió tanto, que lo tradujo al alemán y lo envió á unos astrónomos de Berlín, que también quedaron encantados con la gran teoría de que los relojes tienen que ser de mala marcha durante su niñez y su juventud. Sanan con la edad, como los vinos.

vo. Cuando se colocó en la torre y el delegado del fabricante dió instrucciones verbales y escritas sobre el modo de cuidarlo, al señor Pepe Moreno se le saltaron las lágrimas. Todo el júbilo del pueblo era pesadumbre en el campanero.

—Señor cura de mi alma—le dijo al párroco,—ya verá su merced como ninguno de los que hoy vivimos, ha de alcanzar la buena marcha de este reló.

—¡Pero hombre! ¿por que motivo?

—Al tiempo, señor cura, al tiempo; su merced ya lo verá.

Y, efectivamente; pasó un mes, adelantando unas veces y atrasando otras; se le alargaba el péndulo y se le acortaba el péndulo; pero lo que es la rigorosa exactitud de la máquina no se hallaba.

—Señor cura, es inútil todo lo que se haga—volvió á decir Pepe Moreno:—ni el mismo San Pedro que bajara del cielo para cuidar este reló, había de conseguir que marchase bien.

—Dime el motivo.

—Pues muy claro. Treinta años he cuidado yo del reló viejo, que en paz descanse. Ya ve su merced si entenderé yo la cosa.

Pues juro por la salvación de mi alma que *ningún reló nuevo puede ser bueno!!!*

El cura abrió desmesuradamente los ojos.

—Aquí está el almanaque, padre cura: lea su merced las horas y minutos de las salidas y puestas de sol, y note la frecuencia con que varían: pues bien; mientras en fuerza de tiempo y de años no llegue el reló á *enterarse* de estas *triquiñuelas* cogiéndole el *tranquillo* al sol, repito la imposibilidad de que ande con exactitud.

El cura fingió darse por convencido y no se atrevió á hacer observaciones al campanero.

****

LACONISMO

FAMA gozan los ingleses de callados y circunspectos; mas lo son principalmente cuando se hallan en nuestra Península y no conocen bien nuestro idioma. La escasez de su vocabulario español y el fundado temor de soltar una barrabasada los contiene dentro de ciertos límites, por aquello de «quien poco habla, poco yerra.»

Proyectaron varios jóvenes de Jerez una cacería, y para asistir á ella convidaron á Mr. Simpleton, recién llegado de su patria, Inglaterra. Para la excursión venatoria debian reunirse todos en la casa de uno de ellos, situada en la calle del Arenal, y estar allí muy á punto, con la idea de salir á las seis de la mañana. Pero dieron las siete y el inglés no habia parecido.

—¡Bah!—dijeron los cazadores,—una hora de espera es bastante y aun demasiado. Después de todo, Mr. Simpleton jamás ha tomado en sus manos una escopeta, y en vez de ayuda nos serviría de estorbo.

Y dicho esto se fueron.

Media hora después concurrió á la cita Mr. Simpleton. Recibióle con toda cortesía un ama de llaves de edad provecta, única persona que había quedado en la casa. Entre ambos se entabló el diálogo siguiente:

—Señor; la cita era para antes de las seis de la mañana, y usted viene á las siete y media.

El inglés sacó y miró con mucha flema su reloj, parecido á un caldero, y contestó:

—Prrecisamente.

—Y como usted no acudió á la cita, los cazadores ya se han marchado.

—Prrecisamente.

—Siéntese usted y descanse. ¿Quiere usted tomar un bocadillo para desayunarse?

—Prrecisamente.

A poco volvió el ama de llaves con una botella de manzanilla, un pan y un par de huevos fritos, que el inglés se tragó en dos bocados.

—¿Le gustan á usted los huevos? ¿Quiere usted otro par?

—Prrecisamente.

Y se repitió la misma operación, quedando medio vacía la botella.

—Están muy buenos y muy frescos. ¿Le parece que le fría otro par?

—Prrecisamente.

Y se los tragó como los anteriores, y también acabó con el pan y la botella, que era de lo más añejo y sustancioso. El ama de llaves, cargada ya por la voracidad y el estribillo del inglés, le dijo con aspereza:

—Se acabaron los huevos.

Y el inglés contestó muy tranquilo:

—Prrecisamente.

Y echando atrás la cabeza sobre el respaldo de la silla, se quedó dormido como un patriarca. Hubiese permanecido así hasta la noche, si á las dos horas no le hubiera despertado el ama de llaves, diciéndole:

—Mr. Simpleton, para pasar el día durmiendo incómodo sobre una silla, vale más

que se vaya usted á su casa, y allí con tóda comodidad duerma sobre colchones.

Y el inglés, apenas despabilado, cogió su sombrero, saludó al ama de llaves inclinando la cabeza, y salió diciendo:

—Prrecisamente.

**

LA VIRGEN Y EL NIÑO JESÚS

PAQUITA no era fea ni tonta. Pasaba en el lugar por muy despejada y graciosa; pero, como era pobre, no hallaba hidalgo que con ella quisiera casarse, y como se jactaba de bien nacida no se allanaba á tomar por marido á ningún pelafustán ó destripaterrones. Paquita, en suma, llegó á los treinta años todavía soltera.

Para un hombre, ó para una mujer casada, la mejor edad es la de treinta años. Puede considerarse como el punto culminante de la vida. En nuestro sentir, sólo á la joven que llega á dicha edad sin hallar marido cuadra bien la sentencia del poeta:

¡Malditos treinta años,
funesta edad de amargos desengaños!

En el fondo de su alma, Paquita deploraba mucho haberlos cumplido y no estar casada; pero, como era buena cristiana y piadosísima, buscaba y hallaba consuelo en la religión; decía: «á falta de pan buenas son tortas» y trataba de suplir con el amor divino la carencia del amor humano.

Con todo, no lograba conformarse con dicha carencia á pesar de los grandes esfuerzos místicos que de continuo hacía.

Impulsada por sus opuestos sentimientos, iba de diario á una hermosa capilla de la iglesia mayor, donde, en elegante camarín, había una muy devota imagen de la Virgen del Rosario con un niño Jesús muy bonito en los brazos.

Paquita, llena de fervorosa devoción, se encomendaba á la Virgen y le rezaba muchas salves y avemarías, rogándole que le diese conformidad para el celibato y que hiciese de ella una santa. Á veces, no obstante, renacía en su corazón el deseo de matrimonio. Se entusiasmaba, hablaba en voz alta y pedía marido á aquella divina Señora.

El monaguillo, que era travieso y avispado, hubo de oir las jaculatorias de Paquita y determinó hacerle una burla.

Subió al camarín cuando ella estaba en la capilla y se escondió detrás de la imagen. Paquita tuvo aquel día uno de los momentos de exaltación de que hemos hablado, y con emoción vivísima rogó á la Virgen que no la dejase soltera y sola en el mundo.

El monaguillo, atiplando mucho la voz, dijo entonces:

—¡Te quedarás soltera! ¡te quedarás soltera!

Creyó Paquita que era el niño Jesús quien la contestaba y exclamó con enojo:

—¡Ea, cállate, niño, que estoy hablando con tu madre!

*

L. de Hoyos
85324
YDR

DE LOS ESCARMENTADOS NACEN LOS AVISADOS

Era D. Calixto un caballerete cordobés, gracioso, bien plantado y con algunos bienes de fortuna.

Muchas mocitas solteras de Sevilla, donde él estaba estudiando, se afanaban por ganar su voluntad y conquistarle para marido; pero la empresa era harto difícil.

D. Calixto, y no sin fundamento, pasaba por un desaforado mariposón, seductor y picaruelo. Iba revoloteando siempre de muchacha en muchacha, como las abejas y las mariposas revolotean de flor en flor, liban la miel y sólo por breves instantes se posan en algunas.

La linda señorita doña Eufemia tuvo más maña y arte que otras y logró hacer en el corazón de nuestro héroe la herida amorosa

más profunda que hasta entonces había traspasado sus entretelas llegando á lo más vivo.

Él, sin embargo, como travieso que era, si bien ponderaba á la niña su mucho amor y le pedía y aun le suplicaba que de aquel mal le curase, siempre hablaba de la cura, pero no del cura.

Acudía á hablar por la reja con la señorita doña Eufemia; le aseguraba que tenía por culpa de ella, en su lastimado pecho, no uno sino media docena de volcanes en erupción; le rogaba que apagase sus incendios y que mitigase sus estragos, y lo que es de casamiento no decía ni daba jamás palabra.

Así se pasaban meses y meses; los novios pelaban la pava todas las noches sin faltar una; pero el asunto permanecía siempre sin adelantar, ni por el lado de la buena fin, ni tampoco por el lado de la mala.

Cuando él excitaba á su novia para que no se hiciese de pencas y fuese generosa y se ablandase y cediese, ella, ó se enojaba porque él le faltaba al respeto y mostraba que no tenía por ella estimación, ó bien derramaba amargas lágrimas y exhalaba suspiros y quejas considerándose ofendida.

Con mil variantes, porque tenía fácil pala-

bra y sabía decir una misma cosa de mil modos diversos, la niña solía contestar sobre poco más ó menos lo que sigue:

—¡Huy, huy, Sr. D. Calixto! ¿que es lo que usted me propone? En el silencio de la noche, en la más profunda soledad, nunca estamos solos: Dios nos mira; Dios está presente y no podemos ni debemos ofender á Dios. Mi honra además está pura é inmaculada; está por cima de todo; hasta por cima del inmenso amor que usted ha logrado inspirarme. Y vamos... ¿qué diría usted de mí si yo en lo más mínimo faltase á mi deber, echase á rodar mi decoro y me olvidase de la honestidad y del recato con que me ha criado mi cristiana y severa madre? ¡Jesús, María y José! La cara se me caería de vergüenza si yo fuese liviana. Con sobrada razón me despreciaría usted entonces. Haría usted muy bien en abandonarme y en huir de mí como de una criatura depravada y viciosa.

En fin, doña Eufemia, con estas y otras frases se defendía todas las noches muy lindamente, aunque, para no descontentar al novio y retenerle cautivo, le otorgaba de vez en cuando y en sazón oportuna, tal cual favorcito, delicado, puro y semiplatónico, co-

mo, por ejemplo, abandonarle una de sus blancas y suaves manos, para que él la besase, la acariciase y la tuviese apretada entre las suyas, llegando, en algunos momentos de muy fervorosa pasión, á acercar ella, por entre los hierros de la reja, la virginal y tersa frente, á fin de que él, sin detenerse mucho y al vuelo, pusiese en ella los labios, imprimiendo un ósculo casi místico, con veneración devota, como quien besa una reliquia.

En suma, doña Eufemia lo manejó todo tan bien que D. Calixto, cada día más deseoso y emberrenchinado, acabó por hablar del cura y por proponer el casamiento.

Ella, que no deseaba otra cosa, se mostró llena de gratitud y de amor.

A pesar de todo y á pesar de la grande impaciencia que D. Calixto manifestaba, doña Eufemia redobló su austeridad y nunca quiso consentir en favores de más cuenta que los aquí mencionados hasta que al novio y á ella les echase el cura las bendiciones.

Llegó al cabo el suspirado día. El cura se las echó. D. Calixto y doña Eufemia fueron marido y mujer.

Aquella noche, muy tarde, casi ya de ma-

drugada, D. Calixto dijo enternecidísimo á su adorada esposa:

—Bien hiciste, dueño mío, en no ceder á mis ruegos. Yo te adoro, pero, si hubieras cedido, hubiera dejado de adorarte, te hubiera despreciado y te hubiera plantado.

Ella, al oir esto, hizo á su marido mil amorosas y conyugales caricias, murmurando palabras ininteligibles y como quien reza. Tal vez daba gracias al cielo por el triunfo que habían obtenido su honestidad y su recato.

Hay, sin embargo, quien asegura que lo que ella dijo entre dientes y él no pudo entender fué:

—Grandísimo tonto, pues por eso no cedí yo antes, porque ya había cedido á siete y los siete me habian plantado.

*

PLATA MENUDA

A poco de crearse la Guardia civil, los paisanos dieron en motejar á los individuos de la *benemérita*, llamándolos «Napoleones», lo que daba ocasión, como es consiguiente, á diarias pendencias y serios disgustos entre aquella milicia y el pueblo.

Salían una siesta de la taberna dos gitanos ahitos de peleón y con gana de bronca.

—Compare—dijo el uno al otro—¿á que no se atreve usted á decirle «Napoleón» al *cevil* que se pasea en la acera de enfrente?

—¿Que no me atrevo? Ahora mismito; verá usted si se lo digo, y de moo y manera que tenga que aguantarse.

—¿A que no?

—¿A que sí?

Y el gitano atravesó la calle haciendo eses

mayúsculas, se encaró con el guardia, y sacando una moneda, le preguntó:

—¿Hace usted el favor de cambiarme este Napoleón?

El civil desenvainó inmediatamente el chafarote y dió al gitano media docena de lapos de plano que le dejaron como un vendo, arrimado á la pared con los brazos abiertos, y desapareció por una callejuela trasversal.

Entonces el otro borracho atravesó también la calle dando quiebros, y poniéndose enfrente del apaleado, le preguntó:

—Compare, le jace á usted farta más plata *menúa?*

***

EL REMO

CURRO Pérez había hecho dos campañas de marinero, recorriendo medio mundo y enamorando á muchas mujeres.

Determinó abandonar la vida pasada, casarse y vivir como Dios manda.

Pero no quería que su futura esposa supiese una palabra de mar, de marina ni de marineros.

Echóse un remo al hombro, y comenzó á caminar tierra adentro.

Llega al primer pueblo; ve una muchacha de buen porte, la saluda y le pregunta:

—¿Sabe usted lo que es esto?

—Un remo—contestó la mujer.

Y curro Pérez marchó con la música á otra parte, pasando pueblos y pueblos y recibiendo siempre la respuesta de que el remo era *un remo*.

Por fin, tanto se internó y retiró de la costa, que halló una doncella, arrogante moza por cierto, la cual dijo que el *remo* era un *palo* ó una *viga*.

Y encantado mi hombre con el hallazgo de aquella perla anti-marítima y temiendo que se le escapase de entre las manos, arregló sus asuntos y se casó con ella al mes de haberla conocido.

Llega la noche de la boda; pasa el matrimonio al tálamo, y la esposa se niega é entrar en el lecho antes del marido.

—Nada, nada—le decía,—tú primero.—Y el novio obedeció.

La esposa continuaba firme, derecha é inmóvil á los pies de la cama.

—Pero María, ¿no te acuestas? ¿Qué quieres? ¿qué deseas?

—Quiero y deseo saber—respondió ella toda medrosica y abochornada,—si me coloco á *babor* ó á *estribor*.

****

UN DIPLOMÁTICO EN CANUTO

FALTÓ la lía que sujetaba el tablón al extremo del andamio; cabeceó aquél violentamente, y Frasquito Jiménez, desde una altura de un tercer piso, bajó á estrellarse contra las losas de la acera.

Iban á dar las doce: la señora Micaela estaría ya acomodando la comida en la cesta para traerla á la obra; Juanillo, con más hambre que un licenciado de la cárcel de Cabra y con muchos deseos de abrazar á su padre, dando vueltas alrededor de la infeliz mujer.

Urgía, pues, evitar la escena desgarradora del encuentro de la viuda y del huérfano con el cadáver, al que no podía tocarse hasta la llegada del juez.

¿Pero quién era el mozo que se prestaba, *con tino*, á contener á la viuda, haciéndole tragar la amarga noticia sorbo á sorbo? ¡y no había ya un minuto que perder!...

Por fin, del corro de obreros que conferenciaban con el capataz, se destacó un zagalón á quien todos tenían por mozo muy discreto y hasta elocuente. El tal, á quien llamaban *el diputado*, se ofrecía á desempeñar la escabrosísima misión.

El concurso, como gallina libre del piojillo, dió un voto de gracias al mozo y éste salió disparado con rumbo á la casa del infeliz Frasquito.

Al revolver de la primera esquina, el Diputado tropezó con la viuda y el huérfano, que venían contentísimos.

—Dios te guarde, muchacho... ¿A dónde vas?

—Pues mismamente á buscarla á usted, señá Micaela.

—¿Qué sucede?

—¡Pse... poca cosa!... que al señón Frasquito se le ha caío la chaqueta dende el andamio del tercero;... ¡ya ve usté!

—Lo que veo es que eres lila: quítate de delante, pelmazo. ¿Qué importa que se caye-

se la chaqueta manque fuera de lo alto del Giraldillo!

—Arrepare usté, señá Micaela—replicó el Diputado con mucha flema—que su marío llevaba puesta aquella prenda.

***

y se niega á aceptarlo, porque el inglés tira muy bien al florete, y con una pistola y á veinte pasos, va quitando uno á uno los siete puntos del siete de oros.

Pero el sanedrín gitanesco opina que es un caso de honra, y determina que no hay más remedio que admitir el duelo.

El pobre ciudadano acepta, pero con la condición de que sea á pistola, á quince pasos, tirando el inglés primero y habiendo de darle la bala en el sitio de su cuerpo que el gitano determine.

El inglés consintió con grandísima satisfacción.

Llega el momento del lance; cargan los padrinos las pistolas; la turba gitana llora y se lamenta del triste suceso; todos se hallan suspensos; se marcan los quince pasos de distancia; quedan los combatientes en mangas de camisa, y el gitano dice:

—¡Inglés!... por la salud de tu madre y por lo que tú más quieras, ¿vuelves á jurar que me has de dar con la bala en el sitio que yo te señale?

—Si: lo juro.

Entonces, el gitano se colocó de perfil, diciendo:

—Méteme la bala por el mismo ojo del c...

—Vuélvete—replicó el inglés.

—No, hijo de mi alma, la gracia está en que me has de *tirar por tabla.*

****

EL TERCER SENTIDO

ARRODÍLLATE, hija mía, y reza el «Yo pecador»... Vamos, dí tus culpas.

—Acúsome padre que... ¡Ay, cómo huele usted á tabaco!...

—Vamos, hija, no te distraigas; decías que...

—Decía que he levantado falsos testimonios, que mentí, que he desobedecido á mis mayores, que... ¡pero cómo huele usted á tabaco, señor cura!...

—Ya te he dicho que no divagues... las cosas santas han de tratarse santamente; el reo no debe juzgar al juez... y tú... vamos, continúa.

—¡Padre! Yo he sido muy pecadora; quería á mi novio locamente... estábamos solos; mi madre había salido, la siesta era calurosí-

sima, Pepe de fuego, yo... ¡pero señor cura, válgame Dios, cómo huele usted á tabaco!

—¡Jinojo, muchacha! desde que tú entraste por la puerta de la iglesia me oliste á zorra y todavía no te lo he dicho.

***

A QUIÉN DEBE DARSE CRÉDITO

LLAMARON á la puerta. El mismo tío Pedro salió á abrir y se encontró cara á cara con su compadre Vicentico.

—Buenos días, compadre. ¿Qué buen viento le trae á usted por aquí? ¿Qué se le ofrece á usted?

—Pues nada... confío en su amistad de usted... y espero...

—Desembuche usted, compadre.

—La verdad, yo he podado los olivos, tengo en mi olivar lo menos cinco cargas de leña que quiero traerme á casa y vengo á que me empreste usted su burro.

—¡Cuánto lo siento, compadre! Parece que el demonio lo hace. ¡Qué maldita casualidad! Esta mañana se fué mi chico á Có-

ba, caballero en el burro. Hasta dentro de seis ó siete días no volverá. Si no fuera por esto podría usted contar con el burro como si fuese suyo propio. Pero, qué diablos, el burro estará ya lo menos á cuatro leguas de aquí.

El pícaro del burro, que estaba en la caballeriza, se puso entonces á rebuznar con grandes bríos.

El que le pedía prestado dijo con enojo:

—No creía yo, tío Pedro, que usted fuese tan cicatero que para no hacerme este pequeño servicio, se valiese de un engaño. El burro está en casa.

—Oiga usted, replicó el tío Pedro. Quien aquí debe enojarse soy yo.

—¿Y por qué el enojo?

—Porque usted me quita el crédito y se lo da al burro.

*

BONDAD DE LA PLEGARIA

El boticario del lugar era un filósofo racionalista y descreído. Apenas había acto piadoso que él no condenase como superstición ó ridícula impertinencia. Contra lo que más declamaba, era contra el rezo en que se pide á Dios ó á los santos que hagan alguna cosa para cumplir nuestro deseo. La censura del boticario subía de punto cuando trataba de plegarias que iban acompañadas de promesas.

Según es costumbre en los lugares, en la trastienda de nuestro boticario filósofo había tertulia diaria. Allí se jugaba al tresillo, á la malilla y al tute, se leían los periódicos y se hablaba de religión, de política y de cuanto hay que hablar.

El señor cura asistía también en aquella tertulia, pero esto no refrenaba el prurito de impiedad del boticario, sino que le excitaba más en sus disertaciones á fin de que el señor cura se lanzase á la palestra y disputase con él.

El señor cura distaba no poco de ser muy profundo en teología, y cuando no se preparaba escribiendo de antemano lo que había de decir, como escribía los sermones, era mucho menos elocuente que el boticario, pero le aventajaba en dos excelentes cualidades: tenía fe vivísima y gran dosis de sentido común para resolver cuanto la fe no resuelve.

—Dios—decía el cura—no infringe ni trastorna las leyes de la naturaleza, cediendo á nuestras súplicas y para satisfacer nuestros antojos. Para Dios no hay milagros improvisados. Desde la eternidad los previó todos y los ordenó por infalible decreto. Y en este sentido, tan conforme con la ley divina y tan de acuerdo está con el orden prescrito desde *ab eterno* que salga mañana el sol como que no salga. Y en cuanto á las súplicas que los hombres dirigimos á Dios, siempre deben agradarle como no sean contrarias á la moral, ya que dan testimonio de la fe que en Él

tenemos y de la esperanza y del amor que nos inspira.

El boticario solia replicar al cura que era necedad pedir á Dios esto ó aquello, y que todo era lo mismo. En apoyo de su opinión refirió un dia la siguiente historia:

—Un caballero anciano tenía dos hijos. Habia el uno comprado muchísimo trigo y contaba con ganar grandes riquezas vendiéndole más caro porque fuese mala la futura cosecha. Para que esto se lograse recomendaba á su padre que en sus oraciones pidiese á Dios que no lloviera. El otro hijo era labrador, había sembrado muchísima tierra de pan llevar y deseaba y esperaba hacerse poderoso si aquel año habia abundante cosecha. Recomendaba, pues, á su padre que en sus oraciones pidiese á Dios buenas y oportunas lluvias. Como el padre amaba por igual á sus hijos, no sabía qué desear ni qué pedir. En tal estado de ánimo elevaba al cielo la única plegaria que me parece razonable y que yo aplaudo. El padre decía:

¡Oh, soberano Dios omnipotente!
llueva ó no llueva me es indiferente.

El señor cura replicó entonces:

—El cuento de usted viene en mi apoyo:

demuestra que una plegaria por el estilo, que equivale á no hacer ninguna plegaria, nace del egoísmo más grosero, porque si el padre, que amaba por igual á sus hijos, hubiese amado también al prójimo como debía, no hubiera juzgado indiferente que lloviera ó que no lloviera y en sus oraciones hubiera pedido á Dios buenas y oportunas lluvias.

*

EL GITANO MORIBUNDO

CIERTAMENTE que el señó Frasquito era un barbián de la Persia y un *busnó* más fino que el oro, con más salero que todas las salinas de la Isla de San Fernando. Estas preciosas cualidades y raras excelencias no le libraron de caer enfermo, ni de que su enfermedad tomase tal rumbo como para reclamar al fin la pala y el azadón del sepulturero. Era ya muy anciano, y siempre había gozado robusta salud; si algunos días hubo antes pasado en cama, no fué por dolencia física, sino por borrachera monumental y solemne, de aquellas que sólo pasan durmiendo veinte horas seguidas. Y es cosa muy notoria, que al caer enfermo un hombre tan sano y ya viejo, cae para no volver á le-

vantarse. Así lo comprendían cuantos le rodeaban, empezando por los individuos de su familia.

El señó Frasquito, que era hombre muy cabal, quiso hacer testamento. Mandó llamar á un escribano, antiguo conocido suyo, así como también á los testigos correspondientes, y después de las formalidades de costumbre, dijo de golpe:

—Dejo á cada uno de mis hijos trescientas fanegas de tierra.

Creyó el escribano que el enfermo deliraba, y exclamó:

—¡Trescientas fanegas de tierra! ¡Pero señó Frasquito, si el pegujal que usté tiene junto á San Juan de Alfarache alcanzará, si acaso, fanega y media!

—Eso no importa, contestó el enfermo.

—Pero, ¿de dónde va á sacar cada uno de sus hijos esas trescientas fanegas?

—Que ajonden, que ajonden.

—

También quiso el gitano acusarse de sus culpas, y por medio del arrepentimiento lograr la gloria eterna. Ya que tanta pobreza, fatigas y trabajos había sufrido en esta vida,

procuraba desquitarse en la otra, gozando de las delicias reservadas para los bienaventurados y los justos; aspiración muy natural, y no menos plausible.

Llamaron á un cura para que le oyese en confesión: y á poco de comenzada ésta, admirábase el sacerdote de la inverosímil y ejemplar virtud de aquel gitano. Amaba á Dios sobre todas las cosas, había honrado y respetado á sus difuntos padres, santificado las fiestas, no deseó jamás la mujer de ningún otro, no hizo daño ni á una mosca, y por cuantos dineros hay en el mundo no hubiese levantado falso testimonio ni á su mayor enemigo. Sólo le acusaba la conciencia de alguno que otro exceso en materia de bebida, aunque sin riñas, blasfemias, ni escándalos; pues siempre desde la taberna se había retirado á su casa para dormir en paz la mona.

Pero antes de echarle la bendición y una leve penitencia, que otra cosa no merecía el virtuoso gitano, quedóse algo meditabundo el buen padre, y por fin dijo á su penitente:

—Hombre, en verdad, en verdad, eres mejor, mucho mejor de lo que yo pensaba. Perdóname este mi juicio temerario. Ahora para concluir te suplico por tu salvación, que ha-

gas memoria y recuerdes si alguna vez, aunque sea una sola, hiciste algún robillo, algún hurto... es decir, si por fuerza ó maña te apoderaste de lo ajeno... porque es muy grave pecado ese de ser ladrón.

—Pero, Padre—exclamó el gitano lleno de asombro:—¿también los oficios se confiesan?

—

Al salir de la casa, advirtió el buen Padre la falta de su caja de rapé, que era de plata, muy capaz y regalo de una devota. Creyendo habérsela dejado olvidada sobre una mesilla próxima á la cama del gitano, volvió á subir y preguntó á la mujer de éste si la había visto. La señá Cayetana cayó de seguida en la cuenta y se hizo cargo del negocio, por lo que metió una mano bajo la almohada del esposo moribundo, sacó la caja y exclamó devolviéndola á su dueño.

—Ahí la tiene usté, señó cura; pero ¿ha visto usté un padre de familia tan bueno como éste? Siempre afanando por mor de sus hijos. ¡Una jormiguita pa su casa! ¡Qué lástima de hombre!

**

LAS SARDINAS

Sí señor, compadre, mi mujer será una santa, pero yo estoy de santidad hasta la punta de los cabellos. Y lo malo es que jamás da motivo para que yo me enfade, ni hallo pretexto para arrimarle ungüento de acebuche.

—Pues lo más fácil, compadre. Llévele usted hoy una libra de sardinas; no le diga usted como ha de adobarlas, y ya tiene usted fundado motivo de camorra, porque usted dirá siempre que las deseaba de un modo diverso de aquel en que se las presente.

Y nuestro hombre compró sus sardinas, y diciendo á la esposa:—*María, ahí está el almuerzo,* tomó la puerta sin responder á las voces de la pobre mujer, que gritaba:—*¿Cómo las quieres? ¿Cómo las quieres?*

Marchóse á la taberna, y allí entre trago y trago, se refocilaban los compadres con el buen éxito de su diplomática agudeza.

—¡Ea! véngase usted conmigo, que deseo que presencie usted la fiesta, ya que de la cabeza de usted ha salido la invención.

Llegan á la casa, y siendo tiempo de verano, la mesa se hallaba puesta en el patio, debajo de una frondosa parra.

Presenta María un plato de sardinas fritas, y el compadre se enoja manifestando que las quiere asadas.

—Pues mira—dice la esposa,—aunque no me lo advertiste, separé unas cuantas para asarlas, y aquí las tienes...

El hombre torció el gesto, refunfuñando que eran pequeñas para asadas y que lo más natural era haberlas guisado con tomates.

—Me lo figuré, y por eso preparé también esta media docena con sus tomates, orégano y cebolla.

—Pero caramba—añadió el marido,—si tú sabes que me agradan cocidas en agua, ¿por qué me las hicistes de tal modo?

—¿Pues no las había de hacer? Míralas, esposo mío, aquí están cocidas....

Pero es... pero... es... ¡Canastos!... que no

to y sorpresa del huésped, embauló cucharadas como puños.

A la mañana siguiente, antes de rayar el alba, llamó á la puerta del patrón, y le dijo:

—Hacia Córdoba.

****

LOS TRES FAVORES

VAMOS! ¡pronto! ¿que es lo que quieres?

—Yo, señor alcalde, lo que quiero... y me da vergüenza pedirlos... son tres favores.

—¡Tres favores! No es mala ración. Con uno se dan todos por contentos. Dí y veremos si te concedo alguno.

—Pues deseo que se me den dos fanegas de trigo del pósito... y que usía me preste su mula para llevarlas á mi pegujal...

—¡Vamos, gran tunante, y ahora vas á pedirme, sin duda, que te dé veinte ducados para la siembra! ¡Si no te quitas de mi presencia, te voy á romper la cabeza de un trancazo!...

—No se enfade usía; el tercer favor no es cosa de dinero...; el tercer favor es tan pequeño y tan miserable, que me da fatiga...

—¿Pero cuál es el tercer favor?...

—Señor alcalde, dijo el campesino levantando la manta que llevaba al hombro, el tercer favor es que usía admita el corto regalo de esta media docena de perdices.

****

MENUDO

I

DISCURRÍAN por las calles de Sevilla, sin rumbo fijo y cada cual por su lado, dos gitanos chalanes ó tratantes de caballerías de los más finos en la clase. Iban á dar las dos de la tarde, no habían almorzado y el hambre los apremiaba de veras, cuando quiso su buena fortuna que se *trompezaran* de manos á boca junto á los Caños de Carmona.

Claro está que si tenían hambre y no habían almorzado era por falta de *guita* con que remontar el pandero del estómago.

En un dos por tres se franquearon los cañís, hicieron un escrupuloso reconocimiento en las insondables faltriqueras y resultó que juntaban entre los dos *cabayeros* unos doce cuartos.

Tan miserable suma no mató sus esperan-

zas y, después de haber convenido en sumar el hambre como habían juntado el dinero, se echaron de nuevo en busca de la suerte, cogidos del brazo, por las calles más extraviadas de la reina de Andalucía.

Las cinco daban en la Giralda; los exploradores tenían ya—como los perros del tío Alegría—que arrimarse á las paredes para toser, cuando uno de ellos, bamboleándose de emoción, señaló hacia un gran letrero escrito con cisco en el blanco muro de una taberna que hacía esquina.

El anuncio decía así:

Menuo a rial la rasion con pan y vino.

—Compare, mus hemos sarvao; vamos á armosá mejon quel zeñó gobernaor y entoavía mos quearán unas motas pa dos dealitos de peñascaró de Casaya. Adrento.

II

«Sobre una mesa de pintado pino»... después de mirar de arriba abajo á los comensales con el mayor desprecio, colocó el mozo del montañés la ración de menudo, que parecía por el color y lo espeso de la salsa arrope manchego, calamares en tinta ó cosa así.

Los gitanos sacaron sendos abanicos de los de muelles, y después de dividir el bollo con el mayor entusiasmo, comenzaron á tirar estocadas al gisote.

—¡Compare... superior de verdá!—decía el uno relamiéndose, mientras le chorreaba la tinta por la barba.

—¿Pero ques esto, comparito de mis sentrañas?—y el otro cañí mostraba en la punta de su navaja un trozo informe de tejido de punto.—¡Várgame un divé! que se me regorvió tó el estruégamo como si me hubieran batío las tripas con el molinillo de un chocolatero.

—Compare, pues eso, á lo que paese, es un peazo de carsetín, ni más ni menos.

—¡Moso! ¡moso!

—¡Ya vaaa!

—¿Qué ocurre?

—Arrepare usted lo que mus jemos jayao en el menuo.

—¿Y qué es eso?

—¡Na... un peaso de carsetín!

—¿Pus qué querían sus grandesas, jayarse por un rial... una capa ó un corte de pantalón?

***

LA TROMPETERÍA

ENCONTRÁBASE el R. P. guardián de San Francisco, de Cádiz, acompañado de su lego, de visita en casa de una dama, gran bienhechora de la comunidad, que con sus cuantiosas limosnas había contribuído á la adquisición del nuevo y magnífico órgano que se hallaba en el templo.

El guardián elogiaba el mérito de la trompetería, del registro, de los teclados y de los clarines, repitiendo, ensalzando y ponderando la dulzura de aquellos sonidos que solamente eran comparables á lo que nos figuramos de un coro de ángeles.

—Porque yo le confieso á usted, señora—dijo el P. guardián—que aquellas trompetas...

En este momento, del sillón en que se hallaba el lego (que en las visitas, como es sabido, permanecía mudo) salió un ruido sono-

ro y seco...; un verdadero trompetazo... al cual no pudo hallar consonante ni la tos ni el arrastre del sillón del pobre donado. Éste se quedó más rojo que la grana; la señora agachó la cabeza, fingiendo no haber oído la tormenta, y al guardián un color se le iba y otro se le venía.

. . . . . .

Cuando llegaron al convento, el Padre desató su justísima ira contra el lego, diciéndole:

—Todas las penas del infierno son pocas para el castigo que se merece; barbaridades como la que acaba de pasar deshonran á toda la Orden de N. P. San Francisco; dígole que no tiene educación, ni religión, ni vergüenza...

—¡Perdón, perdón, Padre mío, no lo pude remediar!...

—Sí lo pudo remediar, hermano, porque en esos casos es lícito el degüello: haberlo degollado.

—Eso intenté yo hacer, reverendo Padre; pero por más vueltas que le dí, me fué imposible hallarle el pescuezo.

****

LA GIRALDA

JUAN López consiguió de su coronel una licencia de ocho días, para pasarlos en Sevilla, en casa de un su pariente, empleado en las oficinas del Gobierno Civil.

López, que nunca había salido de su aldea, gozó extraordinariamente al recorrer las hermosas calles de la ciudad del Betis, al asistir al teatro y al presenciar una gran corrida de toros.

Para postre dejó lo que más le maravillaba y sorprendía: la Giralda.

Llegó al pie de la esbelta torre, y estando ausente el campanero, la esposa de éste, que se hallaba en los meses mayores de su embarazo, tuvo que servirle de guía y cicerone.

—Tendremos que ir despacio—dijo la pobre mujer—porque ya ve usted cómo estoy...

—Sí, señora, al paso que usted quiera... yo nada tengo que hacer en todo el día...

Y subieron una rampa, y otra, y otra, y otras más; y ya casi á mediados del camino manifestó la compañera que tenía necesidad de sentarse y descansar un momento.

Sentados ambos caminantes en uno de los balcones de la torre, preguntó López:

—¿Falta mucho?

La mujer, creyendo que aludía á la época del parto, contestó:

—¡Faltará un mes!

El soldado, al oir esta respuesta, echó á correr cuesta abajo, diciendo:

—¡Un mes!... ¡Un mes! ¡Si me descuido! ¡Y mi licencia vence pasado mañana!

****

LA VERDAD

DICEN que en Olías, pueblecillo de la provincia de Málaga, por las malas costumbres que allí dejaron los moros, llegó á ser hereditaria en los cristianos la costumbre de mentir. Y aumentó este vicio á tal extremo, que á mediados del siglo XVI acordó el Concejo recurrir á Málaga en consulta de lo que debieran hacer, *por venir* (decían en su memorial) *muchos è graves daños á esta república è gran ofensa á Dios, nuestro Señor, de las muchas è malas mentiras que acá usan.*

Málaga acordó enviarles la *verdad.* Y después de cruzarse papeles y mensajeros tocantes al negocio y de otorgarse escrituras bastantes para el pago de los mil maravedís que habían de abonar en varios plazos los

moradores de Olías, vinieron dos de sus concejales y varios vecinos, á los cuales se hizo entrega de la hermosa tinaja de barro malagueño, en la cual iba encerrada la *verdad.*

Cuando ésta llegó al pueblo, fué recibida con repique de campanas, cohetes, vítores y aplausos. El Ayuntamiento pleno dió poder al secretario para que procediese á la apertura del tesoro. Levantada su tapa y notado el mal olor que despedía (cosa que no extrañaron por saber que la *verdad* también es amarga), el alcalde metió el dedo, lo aplicó luego á sus narices, y dijo:

—¡Señores, esto es mierda! ¡Huelan ustedes!

Y todos los presentes fueron oliendo, y unánimes y conformes, repetían:

—¡Es la *verdad!* ¡Es la *verdad!* ¡Es la *verdad!*

Y, desde entonces existe la *verdad* en Olías.

****

EL GRABADO

No me propongo referir la historia de este arte. Si los egipcios, griegos y romanos supieron grabar mármoles y piedras preciosas; si luego en la época del Renacimiento y bajo la protección de Cosme de Médicis logró el platero florentino Masso Finiguerra copiar obras maestras de los más excelsos pinceles, reproduciéndolas sobre papel y vulgarizando sus bellezas; si más tarde italianos, franceses, ingleses y españoles llevaron el grabado á la perfección con que hoy resplandece, allá se las hayan y con su pan se lo coman y Dios se lo premie; que yo no trato de ello, ni de sus invenciones y procedimientos, sino de otro procedimiento muy más primitivo, como que de seguro data desde los primeros hombres. Y

aunque el suceso es verdadero y real, póngolo como cuento, y salga como saliere, y valga por lo que valga.

Nadie negará el alto grado de civilización de que España goza. Cierto que poco ó nada inventamos para la ciencia, que vamos atrasadillos en cuanto á industria y comercio, que respecto de la agricultura labramos la tierra á usanza de Noé, y que los maestros de escuela perecen de hambre, habiéndose querido comer alguno de ellos las disciplinas y cartones de lectura y el último discípulo que le quedaba; pero, en cambio, ya pueden venir todos los extranjeros del universo mundo á ver si nos aventajan, igualan, ó siquiera nos siguen á cien leguas en la filosofía, industria y ciencia tauromáquicas, tan útiles para la superior cultura como para la prosperidad de las naciones.

Siendo nosotros los primeros taurómacos de la creación, excusado es decir que los diversos lances de la lidia, así como las ingentes hazañas, venturas y desventuras de espadas, picadores y chulos, suelen ser materia común y tema inagotable de nuestras conversaciones.

Hospedábame yo, durante la estación de

baños, en cierta fonda, y estaba mi cuarto próximo al comedor, de donde una mañana salía tal estruendo de voces, gritos y puñetazos sobre la mesa, que pregunté á un criado:

—¿Qué jaleo es este? ¿Quiénes son los que se pelean?

—No es nada. Son cuatro militares, tres curas y dos comisionistas de comercio, que disputan mientras almuerzan. Parece que van á tragarse unos á otros; pero no llegará la sangre á la playa.

Me figuré al pronto que discutirían con tanto calor y empeño alguna grave cuestión belicosa-dogmático-mercantil, y me engañé de medio á medio, porque aplicando el oido, escuché las frases de «escuela sevillana y escuela rondeña, empapar al toro en la capa, verónicas, paso de banderillas, Lagartijo y Frascuelo, berrendo, golletazo cochino, media luna, ceñido á la cabeza, varilarguero, etcétera», con otros terminachos y expresiones no pertenecientes, en verdad, á la tauromaquia, ni tampoco al lenguaje usual entre personas cultas.

—¡Válgame Dios!—pensaba yo entonces. —Si estos caballeros, ó lo que sean, tratan de tales asuntos, y de tal modo se expresan,

¿qué no dirá y hará la gente ordinaria, la que jamás abrió un libro y ve un semi-dios en cada torero?

Y vamos á la gente ordinaria. Son cuatro. Parecen dos de ellos carniceros, uno zapatero y el otro *pimpi,* que así llaman en Cádiz á los ganchos de fondas y casas de huéspedes y corredores de damas. Estos suelen chapurrar varios idiomas y conducir ante los altares de Baco y Vénus á los Ulises errabundos que desean depositar en ellos atrasadas ofrendas. Y digo lo de carniceros, zapatero y *pimpi,* no porque lo sepa y me conste, sino atendiendo sólo á las respectivas estampas de sus personas. El cargo, profesión, oficio ú ejercicio imprimen á la larga cierto sello especial en quien lo desempeña, y así el ojo experto no confunde á un herrero con un barbero, ni á un cargador de muelle con un campesino, aunque ambos sean mal pergeñados, zafios y toscos. En cierta ocasión extrajeron del agua el cadáver de un ahogado: le rodeó un círculo de curiosos y ninguno sabía quién era el muerto; entonces un observador, muy amigo mío, exclamó:

—No sé su nombre, ni le he visto nunca; pero debe de ser guitarrista, y según luego se supo, guitarrista era. ¿Por dónde lo adivinó? Pues no hay cosa más fácil para quien no lleva los ojos solamente por adorno, como es facilísimo penetrar otras muchas cosas que parecen recónditos misterios y son el canto llano y el *a, b, c,* de la inducción y la experiencia. Pero voy al asunto y fuera digresiones.

Sentados mis cuatro personajes en un tugurio y ante sendas tazas de algo que parecía café, aunque fuese infusión de bellotas y achicorias, ú otros menjurges por el estilo, disertaban sobre tauromaquia. Ya habían discutido méritos relativos de la gente de coleta, examinando la destreza, arrojo y peligro de arrestos y suertes, y ahora versaba la plática sobre las causas y motivos de habérsele á cada cual despertado afición vehemente por el toreo fino.

—Yo—decía uno de ellos—no puedo acordarme de cuándo y cómo empecé á sentir inclinación por los cuernos; mi padre fué carnicero también, y desde niño me llevaba al redondel siempre que había corrida. Además, me llamo Lucas de la Dehesa, vendo

carne de toro los lunes cuando la hay, tuve parte en el arriendo de la plaza y relaciones con dueños ó capataces de ganaderías, y por todo lo dicho, con lo dicho basta.

—Y sobra también—añadió el carnicero segundo.—Y en cuanto á mí, aunque mi nombre no es Lucas, ni Dehesa mi apellido, soy de los Jiménez de Cádiz, que siempre fueron abonados á delantera, y en mi familia hubo diestros de fama, varilargueros y de á pie, y todos somos inteligentes en el arte, y mismamente de sólo ver salir á un toro ya sé lo que puede dar de sí y qué casta de pájaro es, y hasta soy capaz de escudriñarle la fe de bautismo.

—Ante todo, conviene ponerse en la razón—dijo gravemente el zapatero—que ni los toros son pájaros ni tienen fe de bautismo, aunque sí cosa que lo valga, pues para distinguirlos se les apellida con diversos motes; así como en los pueblos á tal ó cual vecino le llaman el Cojo, el Nene, Rascaubres ó Chupacharcos. Y viniendo á mi propia persona y al motivo de mi afición, declaro que tuve la desgracia de enamorarme de un torero... ¡Jesús, qué barbaridad! quiero decir, de su hermana, que era una hembra primo-

rosa, pelinegra, con un pecho como un altar mayor y un trapío y unos andares, que ya. Por donde iba pasando dejaba olor de claveles y todos los pescuezos se volvían para mirarla; aquello era un escándalo de hermosura. Y el caso es que la pícara no me recibió mal, ni se hacía la sorda cuando yo la camelaba, y la gente nos tenía por novios; mas para abreviar, un día se me plantó en firme y me dijo muy seria que le apestaba el cerote y no quería nada con el tirapié, ni con la lezna y el martillo. Que no se casaría ella jamás sino con un torero de ley; que si la quería bien, me arrojase á torear, *ecetra* y *ecetra*. ¿Estaría yo metido en el querer, cuando la cosa me pareció muy sencilla y arrinconé los trastos de mi oficio, y me dejé coleta, y dentro de mi cuarto me ensayaba capeando á una silla y luego á una mesa y después á un ropero muy grande para ir acostumbrando la vista al tamaño de la fiera? Y en un baratillo por muy pocos reales compré un sable atroz de caballería y pinté una cabeza de toro en la pared, y me gastaba las mañanas y algunas tardes tirándole volapiés, hasta que hice un hueco mayor que una caldera, y milagro fué que no echase abajo la

casa. ¡Qué sudar y qué fatigas, caballeros!

Al fin llegó el día de lucirme en una función de novillos. ¡Qué guapa estaba mi novia y qué guapo estaba yo con el vestido que me prestó su hermano! Por la mañana, cuando ví los animalitos en el encierro, me parecieron cabras; por la tarde, al salir el primero á la arena, se me figuró un elefante. Creí que me lo habían cambiado. ¿Cómo iba yo á matar semejante fenómeno? Porque me habían dedicado el primero para que me estrenase. El corazón me daba aldabonazos, como quien llama á una puerta. Cuando llegó el lance final, me acerqué medio muerto á la cabeza del toro, que hizo no sé qué movimiento ó me pareció que lo hizo, y solté la muleta y la espada, y apreté á correr como el viento, y á cada paso sentía la caliente respiración de la fiera y algo así como un cuerno entrándome por la espalda. La gente gritaba en coro inmenso: «¡Coorre, que te pilla, que te ensarta, coorre!» Y yo corría, sintiendo no tener las veinticuatro pezuñas de los Doce Pares de Francia y todas las alas de los ángeles y arcángeles que están en la gloria para huir más ligero. Se me resbaló un pie y salí rodando lo menos seis ó siete varas. Cuando

me levanté con la nariz hecha una trompa y arrojando sangre, con la cara y el traje llenos de polvo, miré... pero el becerro ni siquiera se había movido. Y toda aquella multitud de guasones endiablados seguía gritándome desaforadamente: «¡Coorre, que te pilla, que te ensarta, coorre!» Y me dispararon una granizada de huevos duros y pedazos de tablas, naranjas, medios ladrillos... ¡qué sé yo! Si no me eclipso pronto, creo que hasta los municipales echan mano del revólver y me sueltan dos ó tres tiros.

Después de semejante fracaso, colgué mis laureles y me dí de baja en el toreo. Para prueba era bastante. Perdí la novia, y aun tuve que esconderme, porque su hermano el banderillero que era muy bruto, quería vaciarme unas cuantas muelas. Por fin, pasó el chubasco. Pero por lo mismo que me falta corazón para la lidia, admiro y aplaudo á los que lo tienen, y aunque sea para ello necesario empeñar los calzones ó un jergón de la cama, siempre voy á la plaza y me quito el sombrero ante nuestros grandes hombres. Ahora, que desembuche el *Pimpi* cuanto le parezca.

—Despacio, amigo Cerote, que yo no me

llamo el *Pimpi*, ni está bien el decírmelo, aun cuando lo fuese. Cada uno es cada uno; y si se van á buscar los principios, puede ser que yo descienda de algún rey de los godos ó emperador de la China. Conque, no metamos la pata.

Y viniendo á nuestro asunto, no diré cómo me aficioné á los toros, sino cómo se me quitó la afición, ó me la quitaron, y creo que se la hubiesen quitado á cualquiera otro. Yo me tenía por entendido en la tauromaquia, y estaba tan lleno de entusiasmo, que la víspera de la corrida, y aun dos días antes, no lograba sosegar, ni estaba quieto en un sitio, como si me picaran batallones de pulgas: no dormía por las noches; y si no hubiese tenido para comprar la entrada, creo que habría robado, ó pedido limosna hasta juntar su importe, porque en este mundo lo primero es lo primero, y nada más, y cartucho en el cañón. Yo era el infalible, y antes hubiera faltado el sol, que mi persona en las gradas del tendido, ó entre barreras, ó en cualquier parte desde donde pudiese presenciar todos los lances de la lidia, sin que ningún perfil se me escapase. Concluida la función, recordaba punto por punto cuanto en ella había sucedi-

do y tenía conversación para un trimestre. Hasta que el año pasado... pero dejadme que tome alguna respiración y me rasque un poco esta paletilla, que todavía me echa humo.

Aquí el insigne *Pimpi* suspendió su relato breves momentos, lió un cigarro tan grueso como el pulgar y prosiguió de esta manera:

—Pues el año pasado, allá por la Virgen de Agosto, iban á lidiarse toros en el Puerto. El ganado, de lo mejor; los espadas, famosos y trabajando en competencia. ¿Cómo había de faltar yo á semejante corrida extraordinaria, cuando no faltaba nunca, aunque fuese á una novillada de aficionados maletas? Yo vivía en Cádiz, y la maldita casualidad hizo que aquel mismo día de la función hubiese también función en mi casa: á mi hermana le dieron las convulsiones, y tres hombres no bastábamos para contenerla, á fin de que no se rompiese los huesos. Pasó la mala hora, y dejando la enferma al cuidado de una vecina, volé al muelle. Pero ya había zarpado el último vaporcillo de los que hacen la travesía de Cádiz al Puerto, no salía tren ninguno hasta dos horas después, y sólo pude encontrar para el pasaje un falucho tamaño como un zapato y tripulado por un chiquillo y el abuelo Simón,

que está medio loco y además borracho desde la mañana á la tarde, y desde la tarde hasta por la mañana, pues el viejo las empalma una con otra y lleva siempre el estómago hecho una cantimplora de ese aguardiente rabioso á que los curdones dicen *rajatablas*.

Aunque hablé antes con otros patrones, sólo el tío Simón se atrevió á lanzarse al charco, y eso, llevándome un ojo de la cara por la travesía, porque soplaba un Levante capaz de tronchar los palos de una fragata. Preciso era tener los demonios en el cuerpo para meterse por gusto en una cáscara de nuez entre aquel infierno de oleaje; iba el falucho de bolina, con la quilla en el aire, y yo con las asaduras en la boca. A los pocos tumbos y cambiazos, dijo mi estómago que no podía más, y abrí el buche y solté hasta la primera papilla que me dió mi difunta madre, y luego sangre y madejas verdes, y aun creo que eché también la campanilla y algunas vértebras del espinazo. Pero ya en tierra firme, logré serenarme y me encaminé á la plaza. Aunque se había lidiado el primer toro y estaban con el segundo, uno de los revendedores, conociendo mi empeño, me hizo pagar doble de lo que costaba la función com-

pleta; y cuando vencidos tantos inconvenientes y dificultades iba á penetrar en el templo del arte tauromáquico, he aquí que en la misma puerta se arma repentinamente un tiberio de bofetadas, palos y navajazos, que ardía el aire; aquello fué una verdadera batalla con sus heridos, contusos y prisioneros. Intervino la guardia civil repartiendo á bulto sablazos de plano, de los que me alcanzó uno tan fuerte en mitad de las espaldas, que se me figuró que el mundo entero se me había desplomado encima y caí como una rana con la jeta contra el polvo. Además fuí llevado con otros á la prevención, donde pasé la noche entre cucarachas, pulgas, chinches, ratas, mosquitos y demonios coronados; sólo faltaba allí un lobo rabioso y alguna que otra culebra de cascabel para mayor gusto y entretenimiento. A la mañana siguiente me dieron libertad en vista de mi inocencia, y mohino y apaleado y con un dolor atroz en las paletillas, determiné regresar á Cádiz. Entonces advertí que me habían robado el reloj durante el tumulto.

Tan derrengado me sentía, que ya de vuelta, estuve en cama sobre veinticuatro horas. Me levanté, me lavé, y al mudarme la cami-

sa me preguntó mi hermana, mirándome las costillas:

—Hombre, ¿de dónde sacaste ese grabado?

—¿Qué grabado, mujer?

—El que tienes en la espalda: es un rótulo muy bonito, y dice, dice...

REAL FÁBRICA
DE
ARMAS BLANCAS
TOLEDO

—No hay que reirse, amigos míos, que sólo cuento la pura verdad. Aquel rótulo me duró estampado sobre el pellejo lo menos siete semanas. Buenos puños eran los del guardia que me soltó el viaje. Yo creo que debía ser pariente de Sansón. Si llega á darme en la cara, no me deja ni señal de haber tenido muelas.

Y ahora os digo con toda formalidad. ¿Sabéis lo que merece quien malgasta su tiempo y su dinero y desatiende sus negocios para asistir á tales diversiones y bullangas? Pues un grabador de la benemérita guardia civil y un grabado como el mío.

**

UN GRAN DENTISTA

SALÍA un toro muy poderoso, de esos que suelen echarse por la palomilla al picador sin desmontarlo. Andaban éstos huyendo el bulto de aquí por allá como alumnos de picadero, cambiando pistas, pero el público, que conoció en seguida el juego, *jamándose la partia,* comenzó á llover sobre los varilargueros atroces insultos, naranjas y botellas vacías.

Por fin, el famoso Pinto, quitándose el ruedo de la cabeza, dedicó un estropajoso brindis á la gente del tendido, se pasó la mano por la bocaza, para humedecer la garrocha y que no resbalase, y se fué al toro.

Mugió éste, con los brazuelos trazó profundos surcos en la arena, espolvoreándose los flancos, humilló, y alzando inmediatamente la

temible cabeza, como si dijese «allá voy», se lanzó sobre Pinto á la manera de un río que quiebra las compuertas de la presa.

Cabalgadura y jinete se derrumbaron como la encina al último hachazo del leñador; se levantó una espesa nube de polvo á través de la que se veían revueltos, trapos, colorines, sangre y mondongos.

El toro parecía labrador que en la era maneja el viergo, aventando con la cornamenta toda aquella masa informe y pintoresca.

Pinto había llevado contra la barrera un golpe terrible en las encías de las que saltaron algunos huesos de raíz.

Por fin los peones, no sin grandes esfuerzos, lograron llevarse al toro. Los mozos de plaza levantaron al picador, que se enjuagó la boca y el gaznate con aguardiente, regalo de un aficionado compasivo, y después de echarse la garrocha al hombro, salió andando hacia la cuadra, pegadito á la barrera, en busca de otro infeliz caballo, pues el caído no daba ya señales de vida.

Como el toro había salido de la refriega con un gran desgarrón, por haberse corrido la vara fuera de sitio, el público silbaba y pedía que llevasen á la cárcel á Pinto.

Al entrar éste por la puerta del arrastradero, le gritó un espectador:

—Córtate la coleta, morral, que ya estás muy viejo para esas suertes.

—¿Viejo?—respondió Pinto, mirando melancólicamente haoia el tendido mientras se llevaba una mano á la boca.—¿Viejo? y acabo de muar la entaura.

* * *

POR NO PERDER EL RESPETO

La señora Nicolasa, viuda del herrador, recibió una carta en que le participaban la imprevista y repentina muerte de su tío, el más rico tabernero de Córdoba. Convenía ir allí sin tardanza á recoger la herencia, antes que los entrantes y salientes de la casa lo hiciesen todo trizas y capirotes.

Resuelta y activa, la viuda se puso el mantón y sin perder tiempo se fué á ver al tío Blas, el cosario, para que la llevase á la antigua capital de los califas.

—Oiga usté señá Nicolasa, yo estoy mal de salud, he tenido ciciones y aún no me he repuesto. Hasta dentro de siete ú ocho días no pienso salir para Córdoba.

—Mucho me contraría lo que usted me dice—respondió la viuda.—¿Cómo me las

compondré? Yo necesito ir á Córdoba inmediatamente.

—Ya usted sabe—replicó el tío Blas—que yo quiero complacerla siempre. Hay un medio de que mañana mismo, antes de rayar el alba, se ponga usted en camino. Puedo dar á usted dos mulos muy mansos y que andan mucho y una persona de toda mi confianza para que la acompañe.

—¿Y quién es esa persona?

—Pues mi nieto Blasillo.

—¡Jesús, María y José! ¿Qué no dirían las malas lenguas del lugar si yo me fuese sola por esos andurriales con un mozuelo de veinte años á lo más, y que, si mal no he reparado, es guapote y atrevido?

—Deje usté que digan lo que quieran, señá Nicolasa. ¿Quién está libre de malas lenguas y de testigos falsos? Hasta de Dios dijeron. Y por otra parte, créame usté, mi niño es un alma de Dios, mejor que el pan, incapaz de cualquier desacato. Con él irá usté más segura que con un Padre capuchino.

La viuda estaba decidida á ir á Córdoba y pasó por todo.

—Iré con Blasillo—dijo por último.—Si murmuran, que murmuren. Yo confío en el

buen natural y en la cristiana crianza del muchacho, y confío más aún en mi gravedad y entereza.

—Tiene usted razón que le sobra, seña Nicolasa. El chico es tan bueno, noble y tranquilo que no será menester que usté se haga de pencas.

La claridad del día iba extendiéndose por el cielo, se teñía el Oriente de un vago color de rosa que anunciaba la pronta salida del sol, y en la mitad del éter, como joya de oro sobre obscuro manto azul, resplandecía el lucero míguero. Corría un vientecillo fresco; los pajarillos cantaban; el rocío daba lustre y esmalte á la yerba nueva; blanqueaban los almendros en flor, y las nacientes hojas de los árboles deleitaban la vista con su tierna verdura. Era uno de los primeros días del mes de abril.

La señá Nicolasa había enviudado temprano y tendría á lo más veintiséis ó veintisiete abriles. Era alta y esbelta, aunque poco enjuta de carnes. Su ademán decidido y su aspecto señoril, grave y casi imperatorio, se hallaban en perfecta conformidad con la fama que tenía de honrada, severa, valerosa y so-

brado capaz de tener á raya á los hombres más insolentes, y de no necesitar protección ni socorro para impedir que le perdiesen el respeto.

En aquella ocasión salió del lugar montada en un poderoso mulo romo, sobre muy lujosas y cómodas jamugas, con blandos almohadones de pluma y con su tablilla para apoyar los piececitos. Iba con tanta majestad y era tan gallarda morena que parecía la propia reina de Sabá cuando caminaba hacia Jerusalem para visitar á Salomón y poner á prueba su sabiduría con enmarañados acertijos.

En el otro mulo, que llevaba el baúl de la viuda y algunos encargos, Blasillo iba detrás muy respetuoso y sin atreverse á hablar á la adusta y floreciente matrona cuya custodia le había confiado su abuelo.

Pasaron no pocas horas, callados siempre los dos caminantes y marchando los mulos á buen paso.

Estaban en medio de la campiña. No había por allí olivares, ni huertas, ni árbol que diese sombra, sino terrenos sin roturar, donde las plantas que más descollaban eran el romero y el tomillo, entonces en flor y que exhalaban olor muy grato, ó bien extensas hojas de cor-

tijo, sembradas unas, otras en barbecho ó en rastrojo. Lo sembrado verdeaba alegremente porque aquel año había llovido bien y los trigos estaban crecidos y lozanos. El suelo, formado de suaves lomas, hacía ondulaciones; y como no había árboles, la vista se dilataba por grande extensión sin que nada lo estorbase. Aquello parecía un desierto. No se descubría casa ni choza, ni rastro de albergue humano por cuanto abarcaba la vista.

El sol casi culminaba ya en el meridiano, y nuestros viajeros, recibiéndole á plomo sobre las cabezas, apenas proyectaban sombra. Ni en la vereda por donde iban, ni cerca ni lejos parecía bicho viviente.

La señá Nicolasa empezó á sentir calor, fatiga y hambre, y mostró deseo de almorzar y descansar un poco.

—Antes de diez minutos llegaremos—dijo Blasillo.—En cuantico subamos esa cuestecilla y estemos en lo alto de la loma, verá usted el arroyo que está del otro lado, y allí en medio de los álamos negros y de los mimbrones que crecen en la orilla, podremos almorzar muy regaladamente, descansar tres ó cuatro horas y hasta echar una siesta.

Todo ocurrió como Blasillo lo anunciaba.

Llegaron al arroyo cuya agua era limpia y cristalina. Cubrían su margen tupido césped y silvestres flores. La espesura de los árboles formaba soto umbrío. En el follaje, por lo mismo que había poquísima arboleda por aquellos contornos, venía á guarecerse innumerable multitud de pajarillos de varias castas y linajes que animaban la esquiva soledad con sus trinos y gorgeos.

Como el tío Blas era muy buen cristiano, muy recto y temeroso de Dios, muy seguro en sus tratos y persona de estrecha conciencia, había, según suele decirse, leído la cartilla á Blasillo y encargádole que no se desmandase en lo más mínimo, que le sacase airoso y que no desmintiese con su conducta las alabanzas que había hecho de él á la joven viuda, aunque para este fin tuviese que luchar con todos los enemigos del alma y vencerlos.

A la verdad, no necesitaba Blasillo de aquellas amonestaciones. Siempre había contemplado á la joven viuda con tan profunda veneración, que el discurso de su abuelo de nada servía para disuadirle de propósitos audaces que jamás había formado. Antes bien, si Blasillo no hubiera sido tan bueno, el dis-

curso del abuelo hubiera podido servir para despertar en su alma candorosa los propósitos susodichos.

Como quiera que fuese, Blasillo distaba tanto de haberlos concebido que se puso más colorado que un pavo, cuando, con timidez que por dicha no deslustró su agilidad, su buena maña y la fuerza de sus brazos, recibió á la viuda, que se dejó caer en ellos para echar pie á tierra. Extendió allí Blasillo una limpia servilleta que sacó de las alforjas y colocó sobre ella los boquerones fritos, el pollo fiambre, el blanco pan y las apetitosas chucherías que para la merienda llevaba. Ni faltaron cuchillos y tenedores ni vasos de bien fregado vidrio, en el mayor de los cuales trajo Blasillo agua fresca del arroyo, reservando otros dos vasos más pequeños para el añejo y generoso vino de Montilla que había en su bota.

La viuda y su acompañante se sentaron amistosamente, él enfrente de ella, y comieron y bebieron con fruición y como dos príncipes.

Blasillo, más silencioso que parlanchín, apenas desplegaba los labios; pero la viuda hablaba y procuraba hacer hablar á Blasillo con preguntas y consideraciones.

Casi ya terminado el festín, y más animada la viuda, dijo á Blasillo:

—Estoy contenta de tí. Estoy satisfecha. Tu abuelito te ha dado muy buena crianza. Pero, hablando con franqueza, bien es menester que tenga yo todo el valor que tengo para fiarme, como me he fiado, de un mozuelo como tú, y para venirme sola con él y sin amparo ninguno, á un sitio como éste, cuya soledad aterra. Ya ves tú... Ahora serán las doce del día. La tranquilidad y el silencio de estas horas y en estos lugares son casi tan medrosos como la tranquilidad y el silencio de la media noche. No parece sino que tú y yo estamos solitos en el mundo, ó por lo menos que no viven en él seres humanos y de bulto, prójimos nuestros, sino pajarillos que cantan y que no saben ni entienden lo que nosotros somos ni lo que hacemos. Declaro que, si yo no estuviera tan segura de mí y de tí, me arrepentiría de lo hecho como del más osado y peligroso disparate.

—Pues mire su mercé, señá Nicolasa, bien hace en no arrepentirse y mejor aún en no creer disparate lo hecho. Ya me recomendó el abuelo que me portase bien. Y no era menester que me lo recomendase. Yo

soy quien soy, y conmigo va su mercé como bajo un fanal.

—Lo sé, lo veo, hijo mío—replicó la viuda.—Tú eres de los que no hay; algo de extraño y que no se estila. Y sin embargo... á pesar de tu excelente condición... ¿quién sabe?... ni aquí ni á mucha distancia de aquí hay criaturas de nuestra casta. Pero ¿podremos afirmar que en torno nuestro, sin que nosotros los veamos ni los sintamos, no haya duendes ó diablillos traviesos que nos hablen al oído y nos infundan malos pensamientos?... Si he de confesarte la verdad, yo tengo miedo. Y no temo por tí ni por mí, si naturalmente seguimos siendo como somos. Temo por el misterio que nos rodea y en el cual tal vez se esconda no sé qué brujería ó hechizo.

—Pues nada, señá Nicolasa, sosiéguese usted y no tema. Aquí no hay diablo ni duende que valga. Contra todos ellos, si los hay, me defenderé yo y defenderé á su mercé, y su mercé y yo seguiremos siendo los mismos que antes, sin trastorno ni encantamento.

Hubo una larga y silenciosa pausa. Luego exclamó la viuda:

—Quiero suponer, hijo mío, que tú, á des-

pecho de tu buen natural, movido por un poder irresistible, te atrevieses ahora á perderme el respeto. ¡Qué apuro el mío! ¿Qué recurso me quedaba? Tú tienes mucha más fuerza que yo.

—¡Por los clavos de Cristo, señá Nicolasa! No se aflija su mercé ni me aflija suponiendo cosas indignas é imposibles.

—Y con tal de que no sean, ¿qué importa que yo las suponga? Supongámoslas, pues. ¿Qué haría yo entonces?

—Toma—contestó Blasillo,—gritar, que alguien acudiría.

—Pero muchacho, ¿quién había de oirme? si estoy algo ronca y tengo la voz muy débil.

Sobrevino otro largo rato de silencio. Luego dijo Blasillo:

—Aunque fuera su mercé muda, seña Nicolasa, y aunque viniese á tentarme una legión de demonios, en este desierto y á mi vera estaria su mercé tan libre de todo peligro y de toda ofensa como si se encontrase en medio de la plaza de nuestro lugar á la hora del mercado.

La señá Nicolasa se mordió los labios, hizo una ligera mueca, no se sabe si de satisfacción ó de despecho, y calló durante largo

rato, como sumida en profundas meditaciones.

—Quisiera dormir un poco, — dijo por último.

—Nada más fácil,—contestó Blasillo.

Y sin añadir palabra, trajo la manta y los almohadones de las jamugas, los extendió en el suelo, preparando cama para la viuda y la invitó por señas á que se tendiese y durmiese. Luego añadió:

—Yo me retiraré para que quede su mercé á sus anchas, no sienta ruido y duerma tranquila y á gustó.

—Oye, hijo mío, no te vayas muy lejos, que tendré miedo si me dejas sola.

—Pues está bien. No me iré muy lejos.

Acostóse la viuda, pero se cuenta que no se durmió, aunque cerró los ojos y pareció dormida, y durmiendo, tan bonita ó más bonita que despierta.

Pasó más de una hora. Blasillo, desde el punto no muy distante á donde se había retirado, acudió de puntillas á ver si la viuda estaba aún durmiendo. La vió dormir, se detuvo inmóvil, mirando, mirando, reprimiendo el aliento, y se retiró para no despertarla. Siete ú ocho veces repitió Blasillo la

misma operación. No hacía más que ir y venir. Cada vez llegaba más cerca de la mujer dormida. La última vez, queriendo sin duda verla mejor y más despacio, se hincó de rodillas y se aproximó tanto á ella que, si hubiese estado despierta, según sospechamos, aunque no nos atrevemos á asegurarlo, hubiera sentido la respiración de Blasillo sobre su rostro y agitando los negros rizos de sus sienes, y hasta hubiera recelado que la boca de Blasillo iba al cabo á salvar la distancia cortísima que de la boca de ella la separaba.

Pero no hubo nada de esto. Blasillo se retiró de nuevo. Y entonces, en el supuesto siempre de que la viuda pudiera estar despierta y fingir que dormía, la viuda hubiera podido oir un tenue y larguísimo suspiro.

Al fin la viuda se recobró del sueño, fingido ó verdadero, volvió á montar en su mulo, aupada por el respetuoso Blasillo que la levantó en sus brazos, y en gran silencio y sin otra novedad que merezca referirse, llegó á Córdoba aquella misma noche.

La señá Nicolasa tuvo tan buena suerte y estuvo tan hábil, que en menos de cuatro días despachó cuanto en Córdoba tenía que hacer.

Blasillo, con sus mulos, la aguardó en una posada, según ella lo había exigido.

Y luego que ella lo dispuso, Blasillo la acompañó y la llevó desde Córdoba al lugar en la misma forma y manera en que hasta Córdoba había ido.

Hubo, no obstante, una notabilísima diferencia al volver.

La señá Nicolasa se mostró á la vuelta más entonada y seria que á la ida. Al merendar en el sotillo, á la margen del arroyo que promediaba el camino, habló poco. No recordó sus pasados recelos y temores, no los tuvo otra vez y no quiso dormir ó fingir que dormía.

Por esto y porque los mulos, atraídos por la querencia, parecían tener alas y picaban prodigiosamente, el viaje de vuelta fué mucho más rápido que el de ida, y pronto se encontraron en el lugar los dos viajeros.

Cuando al otro día fué la señá Nicolasa á ver al tío Blas para ajustar cuentas con él y pagarle, se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

—Estoy muy agradecida, tío Blas. Su nieto

de usted es un santo. Se ha portado muy bien conmigo. Me ha cuidado mucho y no me ha perdido el respeto. Estoy muy agradecida.

Lejos de mostrarse el tío Blas satisfecho de lo que la viuda le decía, la miró fosco y enojado y le dijo:

—Pues yo, señá Nicolasa, no estoy agradecido ni mucho menos. Lo tratado fué que el niño no había de perderle á usted el respeto y no se le ha perdido; pero no fué lo tratado que usted había de hacerle perder el juicio. Y usted se le ha hecho perder con mil retrecherías, de las que él no me ha hablado, pero de las que yo sospecho que usted se ha valido. El muchacho ha vuelto medio tonto. No come, ni duerme, ni habla, ni ríe. Está como si le hubieran dado cañazo. Si así paga usted que el chico no le perdiese el respeto, más le valiera habérsele perdido.

La desalmada viuda, en vez de afligirse al oir aquellas quejas y al saber la cruel transformación que se había realizado en Blasillo, no acertó á disimular su alegría y dijo al tío Blas.

—Tío Blas, yo me confieso culpada. He provocado á Blasillo. Prendada de él, he di-

cho y hecho diabluras procurando que me pierda el respeto. No me le ha perdido, pero en cambio yo he perdido el juicio por él, y ahora, aunque usted rabie y se enoje, me alegro de saber de boca de usted lo que yo sospechaba ya, que él también ha perdido el juicio por mí. Pero esto tiene fácil y pronto remedio. Si Blasillo me perdona los seis ó siete años que tengo más que él, y si no forma mala opinión de mí por lo desenvuelta que anduve en el sotillo, y si entiende, como entienden todos en el lugar, que nadie me ha tocado al pelo de la ropa sino mi difunto marido, que buen poso haya, acudamos al cura para que nos cure y para que sin perderme el respeto, él y yo recobremos el juicio que ambos hemos perdido. Aquí está mi mano. ¿Querrá Blasillo tomarla?

—¡Pues no ha de querer, señá Nicolasa, pues no ha de querer!

Y el tío Blas, muy contento, se desgañitaba gritando:

—¡Blasillo!... ¡Blasillo!... ven acá muchacho.

A las voces acudió Blasillo, que por dicha estaba en casa. El tío Blas le dijo:

—Mira hombre, aquí tienes á la señá Nicolasa. Hazme el favor y hazle el favor de ser

ahora menos respetuoso con ella que durante el viaje y plantificale media docena de besos en esa cara tan hermosa, donde ella está deseando que se los des. Si con esto le pierdes un poquito el respeto á la señá Nicolasa y cometes un pecado, ya el cura te absolverá, la absolverá á ella y os echará á ambos las bendiciones.

Blasillo no se hizo de rogar. Arremetió con la viuda, ya sin la menor timidez, le dió muchos más besos que los que el abuelo le recomendó que le diese, los recibió de ella en inmediato pago, y con el mismo brío y facilidad con que había levantado á la señá Nicolasa para subirla en el mulo, la levantó en el aire y la brincó y la chilló como preciada y queridísima prenda suya: La señá Nicolasa se reía de gusto, cerraba los ojos como si fuera á desmayarse y se alegraba de todo corazón de que Blasillo no le hubiese perdido el respeto, á fin de ser pronto toda de él con respeto y con todo.

*

INDICE

	Páginas.
INTRODUCCIÓN.	
Las gafas	1
Elocuencia vizcaína	3
Los santos de Francia	10
Fecundidad de la memoria	13
Conversión de un heterodoxo	15
Manifestaciones de duelo del Rey de Portugal	21
La Reina Madre	23
El Sr. Nichtverstehen	35
El famoso cantor Madureira	41
El portugués filólogo	43
El portugués que llegó á Cádiz	44
El gitano teólogo	45
El cocinero del Arzobispo	47
Quien no te conozca que te compre	51
El picador	56
Las indirectas del P. Cobos	60
El gloria Patri	66
Doña Bishodie	68
Tomando las once	69
El animal prodigioso	75
La Karaba	77
Las castañas	78